

La lana de la salamandra



En la antigüedad el amianto era usado con objetivos “mágicos” y “rituales”. Una creencia popular decía que el amianto podría ser la “lana de la salamandra”, el animal que podría desafiar al fuego sin sufrir daño. De la leyenda a la tragedia de Casale Monferrato pasan miles de muertos por amianto y una larga batalla por la justicia, batalla conducida por trabajadores y ciudadanos de esta pequeña comunidad que es fruto de un trabajo minucioso de recogida de datos realizado por el Inca CGIL para el reconocimiento de la enfermedad profesional.

La tragedia de Casale Monferrato, narrada magistralmente por Giampiero Rossi, forma parte de una epidemia y pandemia a nivel planetario con más de 100.000 muertes al año por cánceres debidos a la exposición al amianto. Una fibra que se está llevando por delante no sólo a quienes trabajaron con ella, sino a familiares y vecinos de fábricas, dando lugar a una nueva patología conocida como “mesotelioma familiar”. Y esto es lo que está ocurriendo entre las poblaciones de Ferrol, Asturias, Euskadi, Madrid, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Andalucía y en todos los países latinoamericanos a quienes va destinado este libro.

Giampiero Rossi (Milán, 1964) es periodista. Actualmente es redactor jefe del semanal “A” (Rizzoli- *Corriere della Sera*). Durante 17 años ha trabajado como cronista del diario *L’Unità*, donde se ha ocupado en profundidad de los temas ligados al mundo del trabajo, dirigiendo reportajes y estudios sobre las consideradas “muertes blancas” y sobre el problema del amianto. Es autor de *Mafia en Milán* (Editori Riuniti, 1996), escrito con Mario Portanova y Franco Stefanoni. Junto a Simone Spina ha escrito *Lo Spaccone*, la verdadera historia de Humberto Bossi (Editori Riuniti, 2003), y *El Boss de Chinatown*, la mafia china en Italia (Melampo Editore, 2008). En 2004, junto a Luigi Ferro, ha escrito *Las memorias de Adriano* (el verdadero), biografía del jugador brasileño Adriano Leite Ribeiro. En 2005 publica el volumen *Ka’tu*, sobre los indios de la foresta brasileña, y *La esperanza en el penal*, relato de una cárcel boliviana de menores, editados por la CGIL de Lombardía y por *L’Unità*. Con *La Lana de la salamandra*, la verdadera historia de la mortalidad en Casale Monferrato (Ediesse 2008) ha obtenido la distinción del Presidente de la República al premio “Piero Passetti”, cronista del año 2009. En 2010, siempre con Ediesse, ha publicado *El trabajo que enferma*, historia de las enfermedades profesionales.

La lana de la salamandra • Giampiero Rossi



EDICIONES GPS

La verdadera historia de la mortalidad por amianto en Casale Monferrato

Traducción y coordinación: Ángel Cárcoba

EDICIONES GPS

La lana de la salamandra

Título original: *La lana della salamandra: la vera storia della strage dell'amianto a Casale Monferrato*

1ª edición: julio de 2008

© Ediesse editorial

2ª edición en castellano revisada: abril de 2011

© Para esta edición Ediciones GPS

Promueve: Fundación 1º de Mayo y Secretaría Confederal de Salud Laboral de CCOO

Traducción y coordinación: Ángel Cárcoba

DL: M-14295-2011

ISBN: 978-84-9721-444-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Giampiero Rossi
La lana de la salamandra

La verdadera historia de la mortalidad por amianto
en Casale Monferrato

A Cloti
por infinitas razones

ÍNDICE

Prólogo

Pedro J. Linares 9

Presentación

Ángel Cárcoba Alonso 13

Antes

1. La familia 21

2. La fábrica 41

Después

3. La ciudad 71

4. El proceso 90

El porvenir

5. El futuro 111

Cronología 121

Agradecimientos 123

PRÓLOGO

Pedro J. Linares¹

Este libro relata la historia desgarradora de muchos hombres y mujeres, de delegados y dirigentes sindicales que han protagonizado una batalla constante por el derecho fundamental a la salud, en tiempos en que era impopular confrontar este derecho con la preservación del empleo.

La tragedia de los habitantes de Casale Monferrato, con miles de muertos por cáncer provocados por la exposición al amianto, es la misma tragedia que viven miles de personas en España y en multitud de países que trabajaron y trabajan en condiciones ambientales indignas.

La enfermedad y la muerte en el trabajo no son una maldición o una fatalidad que persiga a la clase trabajadora y al movimiento obrero. Hay unas causas (exposición al amianto) y unas consecuencias (enfermedades y cáncer).

La historia que aquí se relata nos muestra que podemos y debemos cambiar el curso de los acontecimientos, especialmente cuando están en juego derechos fundamentales de millones de trabajadores que cada día contribuyen al bienestar de la humanidad.

El proceso que está teniendo lugar en Turín contra la multinacional del amianto Eternit es un referente para todos aquellos que sufrimos idénticas situaciones. Comisiones Obreras (CCOO), con una larga historia de lucha contra el amianto, comprendió desde el principio la importancia de este proceso, haciendo un seguimiento de cada paso dado por los compañeros de Italia y participando activamente en diversos actos celebrados en Turín.

Por ello, en cuanto leímos el libro *La lana de la salamandra* nos pusimos en contacto con el autor, Giampiero Rossi, y con la edito-

////////////////////////////////////

¹ Pedro J. Linares es secretario confederal de Salud Laboral de CCOO.

rial Ediese (CGIL) para proponerles la traducción al castellano, con el objetivo de que sirva de herramienta a sindicatos, trabajadores y organizaciones sociales de los países de habla hispana que se enfrentan al drama de las enfermedades y muertes provocadas por el amianto. Vaya nuestro sincero agradecimiento, personal y en nombre de CCOO, al autor de este magnífico libro, a la editorial y al periódico *L'Unità*.

Se puede afirmar que no hay diferencias entre Eternit de Casale con el resto de fábricas de fibrocementos en cualquier parte del mundo. Es más, donde dice Eternit, en España debe leerse Uralita, Bazán, Renfe y Feve, Repsol, Casa, Jek Astlon, Altos Hornos, Ensidesa, etc. Uralita, por ejemplo, importó en régimen de monopolio más de tres millones de toneladas de amianto entre 1967-2000, lo que ha supuesto que estas fibras asesinas formen parte de nuestras vidas cotidianas.

La única diferencia es que el amianto llegó a España unos años más tarde que al resto de países europeos y sus consecuencias se están manifestando también más tarde, pero con la misma intensidad y gravedad. Probablemente estemos en el inicio del verdadero problema español, de nuestra particular epidemia del amianto, y conviene que todos, Gobiernos –central o autonómicos–, Administraciones y los distintos agentes sociales tomemos plena conciencia de ello.

A finales de los años 70 del pasado siglo, cuando en España nadie hablaba del amianto, CCOO se adelanta a la comunidad científica presentando a la opinión pública una serie de informes sobre los riesgos que comporta la exposición al amianto, exigiendo su prohibición ante el rechazo de los poderes públicos y del empresariado y la incomprensión de algunos trabajadores y trabajadoras para quienes la prioridad era el mantenimiento de los puestos de trabajo.

Para conseguir la prohibición CCOO desarrolló una serie de campañas e iniciativas institucionales entre 1996 y 2001, que culminaron con una concentración ante el Ministerio de Sanidad y Consumo el 28 de abril de 2001. El 7 de diciembre del mismo año se publicó la orden por la que se prohibía la comercialización y utilización del amianto en España.

En nuestro sindicato seguimos adelante con líneas de trabajo que permitan la toma de conciencia sobre el verdadero problema y su magnitud. Así en CCOO hemos trabajado por conseguir:

- Una transición justa hasta la prohibición definitiva que evitara impactos indeseados en el empleo.
- La prohibición de todo tipo de amianto.
- Registros históricos de empresas, de trabajadores y trabajadoras expuestos y afectados.
- Planes específicos de vigilancia de la salud.
- Planes de ayudas sociales y económicas a las víctimas.
- Control del amianto instalado.
- Control de transferencia de riesgos a terceros países.

El proceso judicial que actualmente tiene lugar en Turín contra los dueños de Eternit se ha convertido en el símbolo de una lucha que no debe detenerse, en el símbolo de las muchas luchas que aún están pendientes, de las batallas que vendrán y en las que el sindicato siempre estará junto a los trabajadores y sus familias.

La experiencia de Casale Monferrato debe servirnos de estímulo para mejor conocer y organizar una respuesta internacional al drama del amianto. Socializar los conocimientos con redes de expertos del sindicalismo, la judicatura, la medicina o la ciencia y promover iniciativas desde movimientos sociales debe contribuir para mejorar la necesaria reparación moral y judicial de todas las víctimas del amianto.

Es necesario, también, que la sociedad internacional asuma la creación de un Tribunal Penal Internacional que haga efectivo el principio de justicia universal para las cientos de miles de muertes provocadas por la codicia de una industria irresponsable.

Sólo queda reiterar nuestro agradecimiento a Giampiero Rossi por este libro que expresa de manera rigurosa y sensible la dramática realidad de una población, de una sociedad y sus distintos actores, expuesta al amianto y a su polvo blanco responsable de tanto sufrimiento y muerte.

Mayo de 2010.

PRESENTACIÓN

Ángel Cárcoba Alonso

Desde hace más de 60 años se tienen evidencias científicas sobre la relación entre exposición al amianto y el cáncer de pleura, de pulmón y peritoneo, además de otras patologías que causan la muerte a más de 100.000 personas al año en el mundo.

Si una epidemia se define como las enfermedades producidas dentro de un territorio concreto y en un periodo de tiempo limitado, una pandemia sería la forma de epidemia a escala planetaria. Y esto es lo que ocurre con el amianto, que se ha convertido en el principal factor de mortalidad por cáncer de origen laboral.

Las enfermedades y muertes por exposición al amianto forman parte de una epidemia y pandemia silenciadas, ocultadas por los poderes públicos, por Gobiernos anestesiados e influidos por el lobby industrial y financiero del amianto. Ambos son corresponsables de esta pandemia; los empresarios por acción directa y los Estados por no garantizar un bien superior como la salud y por haber permitido el uso de este mineral asesino a pesar de las evidencias científicas.

Mientras tanto las víctimas del amianto siguen librando intensas batallas en el campo judicial, político, mediático y científico con el objetivo de romper esa especie de conspiración del silencio y exigir justicia.

Desde España hasta India, desde Canadá hasta Brasil, varios millones de ciudadanos trabajadores de la construcción, del sector de fibrocementos, de la industria química, de la siderurgia, de astilleros y puertos navales, de papeleras, del sector ferroviario, de las centrales térmicas y nucleares..., han sido tocados por este drama que les conduce a la muerte. Y si la prohibición del amianto era necesaria y beneficiosa para la salud de los trabajadores europeos, más necesaria y beneficiosa es aún que dicha prohibición llegue urgentemente a Latinoamérica, Sudeste Asiático y África, así como a Canadá, Rusia y demás países productores.

Obreros, familiares de obreros, hijos de obreros, niños de los pueblos, mujeres, hombres, toda persona que se haya cruzado en su camino con el amianto es candidato a ser su víctima.

Son estas víctimas las que han roto el silencio en Brasil, Argentina, Chile, Perú, Francia, España, Italia, Reino Unido, Bélgica, Suiza y un sinnfín de países.

La historia que se narra en este libro de **Giampiero Rossi**, es la historia de las víctimas del amianto en una pequeña población del Piamonte italiano llamada Casale Monferrato, cerca de Turín, que ya es conocida a nivel mundial como referente en la lucha a seguir contra los responsables de tantas muertes y sufrimientos. Y dirigiendo esta lucha encontramos a una mujer, **Romana Blasotti**, que junto a sindicalistas de la CGIL como **Bruno Pesce** y **Nicola Ponderano** han sentado en el banquillo de los acusados a dos de las personas más ricas del mundo: Stephan Schmidheiny y el barón De Cartier, dueños de las empresas Eternit en el mundo, bajo la acusación de «desastre ambiental intencionado y omisión dolosa de normas de seguridad».

Este macroproceso se sigue con interés en todo el mundo. Por primera vez se enjuician las responsabilidades penales y civiles, extendiendo dichas responsabilidades a los principales accionistas, quienes deben responder con el conjunto del patrimonio de las empresas.

La lana de la salamandra muestra los dramas colectivos e individuales de una familia, de una fábrica de amianto-cemento compuesta, como todas, por directivos, ejecutivos, sindicalistas y trabajadores con todas sus contradicciones; la historia de una ciudad y sus gentes, del papel que juegan las partes de un proceso judicial (fiscal, abogados, jueces, víctimas, sindicatos, etcétera).

Giampiero Rossi reconstruye de forma paciente y con suma sensibilidad las particularidades de cada personaje que participa en la batalla de Casale, y que resume como «la estrategia del caracol». Un trabajo tenaz iniciado por el principal sindicato italiano que con-

sigue, a través de un proceso de concienciación, aglutinar a diversos colectivos de la sociedad civil como periodistas, médicos, abogados, jueces, políticos, ecologistas, de cara a conseguir la victoria frente al gigante mundial del amianto.

Como dice **Silvia de Bernardinis**, «*La lana de la salamandra* muestra la historia de Romana Blasotti, símbolo de lucha contra la fábrica cancerígena en Italia. Romana Blasotti perdió a su marido, a su hija, a su hermana, a una prima, a un sobrino y a muchos amigos por el amianto. La lana de la salamandra retrata la saga de trabajadores y trabajadoras, habitantes de una pequeña ciudad italiana, ciudadanos y ciudadanas simples, que con el apoyo de sindicalistas, periodistas, técnicos y científicos transformaron sus tragedias personales en una lucha colectiva».

El drama que aquí se relata nos muestra una nueva dimensión de la epidemia de cáncer a la que habrá que prestar mucha atención. Una revisión bibliográfica de casos en que dos a más miembros de una misma familia se ven afectados por las patologías asociadas a la exposición al amianto ha dado lugar a un nuevo cuadro denominado «mesotelioma familiar», al que habría que añadir también el de «mesotelioma vecinal».

Nos referimos a aquellos casos, cada vez más frecuentes, de afectación por mesotelioma en poblaciones sin la variable de exposición ocupacional.

Aunque ya en 1960 encontramos trabajos que relacionaban dicha neoplasia con la exposición al amianto (ver Wagner *et al.*), no es mucho lo que se ha avanzado en este sentido. Es más, algunos llegan a aventurar la hipótesis de una posible predisposición genética a padecer tales dolencias, lo que carece del mínimo apoyo metodológico y rigor científico. Cuando varios miembros de una familia mueren por intoxicación o ingesta de productos que contienen veneno, a nadie se le ocurre acudir a la predisposición genética como causa de dichas muertes.

Próximamente Francisco Báez² publicará un extenso trabajo sobre este tema en el que relata más de 40 trabajos sobre el mencionado «mesotelioma familiar», similares a la tragedia vivida por Romana Blasotti, contada de forma magistral por Giampiero Rossi, a quien conocí en Turín con motivo del encuentro internacional que allí tuvo lugar entre el 16 y el 18 de marzo de 2010. Nos impresionó a todos su sensibilidad, su forma de expresar literariamente este drama real, su entrega a la causa de las víctimas del trabajo en general y del amianto en particular.

Gracias, amigo Giampiero, por socializar tus conocimientos y permitir que *La lana de la salamandra* pueda difundirse en todos los países de habla hispana en los que el amianto forma parte de nuestras vidas y sirva de herramienta para continuar la lucha contra las Eternits actuales que siguen causando tanto horror y sufrimiento. Por eso este libro es también un alegato a favor de la prohibición mundial de todo tipo de fibras de amianto.

No hay razones económicas, ni éticas, ni sociales para seguir exponiendo a trabajadores y sus familias a unas fibras probadamente cancerígenas que les conduzcan a la muerte.

Sería necesario instalar un pedestal o mausoleo en cada ciudad o pueblo afectado por el amianto, en cada Casale repartido por el mundo, para que sirva de pétreo y mudo testimonio de tanta negligencia, de tanta impunidad, de tanto sufrimiento, de tantos silencios de unos y otros (empresas, gobiernos, medios de comunicación y parte de la comunidad científica).

El silencio se ha roto, ahora le toca hablar a las víctimas como han hecho en Casale Monferrato, con Romana Blasotti a la cabeza y contado por Giampiero Rossi a lo largo de estas páginas que tenéis en vuestras manos.

////////////////////////////////////

² Francisco Báez. «Amianto: el asesino en serie del crimen corporativo (mesotelioma familiar)». Un capítulo del libro *Amianto: un genocidio impune*, en fase de elaboración y de próxima publicación.

Finalmente quiero expresar mi agradecimiento a cuantos han colaborado en la traducción de este libro, especialmente a **María Soriano Ramonell**, **Óscar Bayona**, **Alfredo Menéndez** y **Francisco Puche** por su interés e identificación con las víctimas de este drama.

Ángel Cárcoba Alonso
Secretaría de Salud Laboral de Comisiones Obreras

Madrid, abril de 2010

Antes

1. La familia

Mario Pavesi no blasfemaba nunca. O, mejor dicho, cuando estaba solo o con los amigos lanzaba alguna imprecación al cielo, si las circunstancias lo justificaban. Pero en casa nunca. Aunque en cierta ocasión en su casa se le escapó un rosario completo de impropiedades que fue repetido inmediatamente por la pequeña voz de Ottavio, que le miraba por detrás de su constelación de pecas de color rojizo, divertido por ver a papá avergonzado. Así que no fue más allá de «¡boia fàus!»³ cuando, muchos años después, tocándose la espalda soltó un tímido «me duele aquí» en presencia de su esposa, Romana.

Aquel maldito dolor le sorprendía de improviso en el lado derecho a la altura, más o menos, de los riñones. Hacía casi dos años que ese dolor venía a envenenarle los hermosos días de campo, de voces del nieto, de su mujer, del hogar, de trabajos para los vecinos, de los niños, del sonido de las partidas de cartas en el bar. Y eso que era un buen momento. Llegó tarde el regalo de la jubilación a aquellos que, como él, habían disfrutado poco de la vida cuando eran unos niños. De hecho nunca había querido hablar de esas cosas. Mario Pavesi nunca había hablado en casa de aquello que afectase a sus sentimientos. Y ahora todo era diferente. Ahora su esposa, Romana, estaba siempre allí, primorosa, afable, cómplice, cuidando de él. Por supuesto, incluso con su mal genio, porque para entenderse le bastaba sólo una mirada. Mirada de ojos claros y vivos que transmitían serenidad, a Ottavio en primer lugar, a continuación a María Rosa y finalmente al pequeño Michele. La familia completa. El dinero no sobraba, aunque en casa no faltaba de nada. Y ahora Mario, conocido como el *Pavèis* por sus amigos, recordaba la vida sudorosa de la fábrica, el sufrimiento de una juventud durante la guerra compuesta por mil bocados secos, y los puntos determinantes de su trayectoria recuperados con precisión milimétrica y ordenados sobre la mesa hasta que le preguntó con severidad a su memoria infalible sobre las jugadas del destino.

////////////////////////////////////

³ El término «¡boia fàus!» es una expresión piamontesa equivalente a «¡maldita sea!».

Pero..., pero ahora, maldita sea, le visitaban con frecuencia aquellos dolores en la espalda, siempre iguales. Lo había comentado con sus amigos, con quienes jugaba a las cartas, con quienes voceaba, con quienes compartió el trabajo, a quienes hacía una señal para reducir el acelerador de su moto para escuchar las últimas noticias de la fábrica. Pero a ella nada, a Romana no le decía nada de aquella invisible picadura que llegaba puntual, cada día, a torturarle, quién sabe qué diablos tenía dentro de su cuerpo robusto e infatigable, y a envenenarle aquellos días de paz.

El oso

En realidad se había dado cuenta desde hacía algún tiempo de sus muecas de sufrimiento, de la mano que iba a la espalda buscando una imposible tregua con el desconocido dolor. Pero nunca le dijo nada porque sabía muy bien que para ciertas cosas, aunque los años le habían suavizado mucho, a Mario era mejor dejarlo solo. ¿Y quién podía pensar en aquel momento –y en un hombre tan fuerte, saludable, infatigable, generoso y transparente– que esa ridícula molestia en la espalda podría ser el anuncio de la inminente tragedia?

Por otra parte, a pesar de toda una vida compartida con él, Mario siempre fue un poco misterioso, impenetrable en sus verdaderas emociones. Lo sabía desde aquel domingo de abril de 1948, cuando le vio por primera vez mientras ella regresaba a casa y él salió del bar y se paró frente a ella fijándose en sus hermosos ojos azules, herencia indiscutible de su madre eslovena. De hecho, Romana Blasotti había llegado a Casale pocos meses antes desde Salóna de Isonzo, cedida a Yugoslavia después de la guerra y que hoy, convertida en Anhovo, forma parte de Eslovenia. Precisamente por este motivo papá Ottavio había llevado a su esposa y sus cinco hijos lejos, en dirección al Piamonte. Trabajó en Salonit, una fábrica de amianto manufacturado situada en los confines de las fronteras entre Austria, Italia y Yugoslavia. Y debido a que su hermano había encontrado un lugar en la fábrica del mismo grupo industrial abierta en 1906 en Casale Monferrato, la elección de la nueva ciudad fue casi automática. Ottavio Blasotti, sin embargo, terminó trabajando

en un taller mecánico. Sus hijas, aún jóvenes, fueron enviadas a prestar servicio doméstico en las casas de los ricos.

Cuando conoció a Mario, Romana acudía a visitar a sus padres aprovechando el día de descanso semanal. Contrariamente a lo acostumbrado no recorría ese camino acompañada de su hermana, circunstancia que animó al Pavèis. Hacía poco que había advertido la presencia de las chicas y en particular de una con el pelo rojo que le llamó la atención. Aprovechó para poner en suerte las maneras propias de la época, invitándola a pasear o al cine. Ella lo miró con timidez, en silencio, pero sonriente como siempre. Y luego se lanzó sin red: «Mira, tengo intenciones serias, de hecho me gustaría poder hablar con tu padre». Romana tenía 19 años, pocos estudios, pero muchas lecturas de las buenas. Había leído con entusiasmo *Guerra y paz* y ante la audacia de Mario en su respuesta hubo algo de la Natasha Rostova de Tolstoi: «Pero, ¿cómo puedo decir que sí, si ni siquiera le conozco?», dijo con un hilo de voz. Él no perdió el ánimo y rápidamente replicó: «Bueno, entonces empecemos a conocernos». Para empezar la acompañó un tramo de carretera.

Poco después Romana obtiene de su madre, que había aceptado las visitas de Mario a su casa, permiso para ir al cine con aquel joven casalese. «Fuimos a ver *Ninotchka*, porque me gustaba mucho Greta Garbo –recuerda–, pero luego me enteré que él ya la había visto». Mario era prisionero de la pasión por aquella muchacha. «Estoy seguro que las cosas irán bien entre nosotros –le dijo en una ocasión con seguridad y sin pensarlo–. Y ahora tuteémonos». Siete meses después, el 4 de noviembre de 1948, se casaron. Y el año siguiente fue memorable porque nació Ottavio Pavesi, su primer hijo.

En un par de años, Romana aprendió a ser mujer y madre. Siguió trabajando como empleada doméstica, sin perder ni un momento su espíritu alegre, el gusto por la risa, por las canciones que siempre tenía en sus labios. En cambio, Mario era diferente. Pacífico, sí, no era un mal tipo, pero muy reservado. Romana, que se crió en una especie de clan familiar enorme que seguía unido a pesar de la guerra y la emigración, atribuía la dureza de su marido a su historia familiar: el hecho de que el Pavèis, nacido en 1922, fuera huérfano

de padre desde los dieciséis años significaba que había tenido que tirar del carro desde muy niño, no sólo para mantenerse a sí mismo, sino también a su madre y sus hermanos menores. Y luego, durante la guerra mundial, le tocó un destino muy duro en el frente de los Balcanes, que dio lugar a su encarcelamiento en Yugoslavia hasta 1946, exactamente un año antes de conocer a la mujer de su vida.

Mario Pavesi pasó tanta necesidad que no pudo despreciar un empleo en una mina de cemento en Coniolo, no lejos de su Casale. Pero justo tras haber formado su familia, ampliada en 1954 por la llegada de la segunda hija, María Rosa, la mina cerró y no le quedó más remedio que buscar ayuda para entrar en Eternit, la fábrica de cemento producido con amianto, lo que era considerado el mejor empleo de la zona. «Como entrar a trabajar en un banco», dijo. Porque para los campesinos y los trabajadores de la zona de Casale, Eternit significaba seguridad, mejora económica e incluso cierto prestigio. Romana, recién llegada de su tierra, también solicitó un puesto en dicha fábrica pero no tuvo suerte. En 1957, sin embargo, se las arregló para ser contratada en una fábrica, trabajando a tres turnos, desplazándose siempre en bicicleta, mezclándose con una multitud sobre dos ruedas que se movía por las calles de la ciudad cada ocho horas.

Aunque no era el típico trabajador politizado y nunca se afilió a ningún partido, Mario pronto se distinguió por su conciencia y compromiso sindical, especialmente preocupado por mejorar las condiciones y el ambiente de trabajo. Tras algunos años consiguió máscaras de protección para él y para sus compañeros, ya que era evidente la presencia de demasiado polvo en el ambiente. Y así se convirtió en delegado del comité de empresa de Eternit. Para los compañeros de trabajo y amigos era un personaje, un punto de referencia, pero cuando regresaba a casa se convertía en un oso: cariñoso con los niños, pero siempre cerrado e introvertido.

Los años transcurrían entre el trabajo, las reuniones sindicales en aquella fábrica llena de polvo blanco, los hijos que crecían y la mujer siempre hiperactiva para sacar adelante el hogar y la familia. Hasta la jubilación deseada en enero de 1977. Aunque de todas for-

mas al Pavèis ya se le había diagnosticado una asbestosis, enfermedad respiratoria que la gran mayoría de los trabajadores contratados por Eternit contraían por la inhalación de las fibras de amianto que revoloteaban por toda la fábrica.

Le reconocieron 35 puntos de invalidez y esto le supuso el reconocimiento de las prestaciones otorgadas por el INAIL⁴ a quienes abandonaban un trabajo nocivo. Así que desde ese momento se dedicó a sus pasiones y, desde 1979, a su nieto Michele, hijo de María Rosa.

Todo iba bien hasta el mes de febrero de 1982. Al principio nadie, salvo Mario, hizo caso de los síntomas y dolores de espalda.

Romana lo observaba, pero él la fundía con la mirada cuando intuía que estaba a punto de decirle algo. «El oso» sólo hablaba con sus amigos, sus antiguos compañeros porque entre ellos circulaba el rumor sobre las enfermedades y muertes prematuras que se estaban produciendo entre los que habían trabajado en Eternit. Pero tenía sumo cuidado de no hacer comentarios en casa. Hasta el día en que en presencia de su esposa se le escapó de forma instintiva y un tanto vergonzosa una maldición típica piamontesa: «¡Boia fàus!, me duele aquí».

Ella aprovechó la oportunidad para convencer a Mario de acudir a la consulta del médico.

No fue fácil, pero finalmente el Pavèis lo hizo, probablemente animado por la perspectiva de obtener el reconocimiento de más puntos por su asbestosis. Por lo general, las enfermedades respiratorias causaban una gran preocupación en Casale, donde muchos habían aprendido a familiarizarse con los nombres de algunas enfermedades, sobre todo porque la propia Eternit –tras un duro enfrentamiento con el sindicato– había aceptado someter a sus empleados a un reconocimiento médico cada seis meses a bordo de una camioneta

////////////////////////////////////

⁴ Instituto Nacional para el Aseguramiento de Accidentes de Trabajo.

que se estacionaba delante de la fábrica. Pero cuando Mario se enfrentó a las radiografías de tórax que le habían realizado en el hospital de Alessandria, el diagnóstico fue diferente: mesotelioma pleural. Cáncer. Un tipo de tumor maligno e inexorable que se adhiere a la pleura, la membrana que recubre los pulmones, y que provoca metástasis en otros órganos y huesos.

A Mario la noticia no le pilló por sorpresa. En realidad, aunque nunca lo había contado en casa, había estado muchas veces en el hospital para visitar a sus antiguos compañeros afectados por esta maldita enfermedad.

Pero Romana no sabía nada. Únicamente a partir de ese día comenzó a prestar atención a los rumores que corrían por la ciudad sobre la salud de aquellos que habían trabajado en la fábrica. Sin embargo, fue ella la encargada de explicar todo a sus dos hijos, incluso del hecho de que se tratara de un tumor inoperable e incurable. En definitiva, una sentencia de muerte.

El vía crucis

La vida de la familia Pavesi cambió bruscamente. Comenzó una temporada de largo y doloroso peregrinaje de hospital en hospital en la zona de Alessandria, Vercelli, Casale, cargando con un fardo de carpetas de historias clínicas y placas que engordaba de semana en semana.

Evidentemente Mario tenía mucho miedo, pero todavía le quedaban la esperanza y la ilusión de escapar y salvarse de nuevo. Ya se las había apañado para escapar de los frentes de guerra de Grecia y Albania y más tarde del campo de prisioneros en Yugoslavia. ¿Por qué no podría volverlo a repetir? Quizás, quién sabe, la cirugía podría arrancar la inmundicia de sus pulmones.

Con este espíritu se presentaba a los ciclos continuos de quimioterapia. Su hija María Rosa seguía su evolución al detalle, solicitaba información a los médicos con meticulosidad, a veces con casi la misma destreza que un profesional. Ella le acompañó en su coche el

día que ingresó en «Borsalino», el antiguo hospital de Alessandria, donde los tejados eran de cemento-amianto y el pavimento era limpiado con serrín. Cuando le acomodaron en una habitación de nueve camas, Mario se encontró con un antiguo compañero de Eternit. También él estaba allí por el mismo motivo: mesotelioma pleural. Estaba un poco peor, con una acusada delgadez que confirmaba lo que temía.

Cada ciclo de quimioterapia le mantenía ocho días hospitalizado, tras lo que experimentaba cierta mejoría durante el mes siguiente. Sin embargo, los períodos en el hospital le suponían un enorme desgaste, sobre todo anímico. Ver a los compañeros en estado terminal o recibir la noticia de otros que no habían sobrevivido se hizo cada vez más penoso.

Pero en casa siempre trataba de eludir el asunto. Sólo una vez, cuando su esposa le sorprendió mirándose en el espejo y le preguntó: «¿He cambiado?». Era la primera vez que admitía estar enfermo, aunque de manera implícita, ante su mujer. Su esposa, por supuesto, sintió en todo momento el sufrimiento físico y compartió el desgarramiento interior de su Pavèis, pero también sabía que no tenía autorización para hablar abiertamente del problema. Hasta el punto de que para ella, después de tantos años, el recuerdo de aquel período constituye una mezcla de dolor y extraordinaria ironía: «Me pregunté muchas veces si, viendo que ya estaba enfermo y que yo no hacía nada, él debía de pensar que yo era totalmente estúpida al no darme cuenta de su estado». De hecho, en más de una ocasión María Rosa le sugirió el uso de gafas de sol para evitar que Mario notase que había estado llorando. Pero entre ellos dos las cosas siempre fueron así: se entendían sin hablar. Uno lo sabía todo del otro, produciéndose una silenciosa simbiosis.

La representación familiar continuó incluso cuando el vía crucis hospitalario se vio ampliado con otras estaciones. Romana estuvo al borde del colapso cuando la mirada de un médico del hospital de Vercelli le hizo entender sin una sombra de duda que no había nada que hacer para conmutar aquella condena a muerte. Pero el rictus de miedo tuvo que ser eliminado para dar paso a la ley del silencio

impuesta por el marido que, consciente de la situación, le llegó a decir a la vuelta al domicilio: «La próxima vez tú no vienes al hospital conmigo». El oso estaba enfermo, cada vez más grave, pero todavía no se daba por vencido. ¡*Boia fàus!*

El desenlace se iba acercando. De crisis en crisis, la extraordinaria fortaleza de Mario tuvo que rendirse a la enfermedad que estrangulaba sus pulmones, dentro de los cuales se iba acumulando el líquido que daba lugar a una fuente de dolores continuos. Los últimos cuarenta y cinco días de su vida fueron un suplicio constante, con Romana acompañándolo día y noche en el hospital. María Rosa quería seguir con detalle la progresión de la enfermedad de su padre. Un día, de regreso a casa, le confió a su madre: «He cambiado de idea, no quiero tener más hijos, porque no tiene sentido traer al mundo a una persona para hacerla vivir y que a continuación sea condenada a una muerte tan terrible». Su decisión no admite réplica. Igual que su padre.

Incluso Ottavio, aunque vivía en Turín, seguía todos los pasos de la enfermedad de su padre. En cuanto podía tomaba el coche y se reunía con la familia, siempre presente y discreto, a la manera de los Pavesi. Quería mucho a su padre, admiraba su humanidad, sobre todo por el terrible paréntesis de la guerra y la prisión, y le estaba muy agradecido porque sus esfuerzos le permitieron estudiar. Por todo ello no soportaba la injusticia de verle sufrir tanto.

La agonía del *Pavèis* se hacía cada vez más dura. Romana se sentía impotente durante las noches de vigilia junto al marido, viéndole retorcerse por la tos que le sacudía el pecho impidiéndole dormir. «¿Es que no se puede hacer nada?», se preguntaba destrozada.

La última noche fue terrible. Mario, a pesar de estar atiborrado de morfina, se encontraba muy agitado. Se arrancaba la mascarilla de oxígeno para volver a pedirla inmediatamente porque sin ella no podía respirar. Parecía una lucha espantosa contra fantasmas únicamente visibles para él, no así para el resto de personas presentes en la habitación del hospital. Los nervios de su esposa se desataron definitivamente cuando a una enfermera –siempre diligente y gene-

rosa— se le escapó un comentario que en ese momento a ella le resultó insoportable: «Pero, ¿cómo este hombre resiste todavía?» Le sonó como un insulto: «¿Cómo te atreves?» La escena se convirtió en la válvula de escape por la que descargar toda la ira y la desesperación que la consumían desde hacía meses, como si fueran otro cáncer. Pero enseguida comprendió que lo único que aquella mujer estaba diciendo era que el final había llegado, aunque ella no estuviera lista para aceptarlo.

Pero incluso Mario, allí en su cama, aparentemente consciente de todo lo que ocurría a su alrededor, entendía que su sufrimiento había llegado a la fase terminal. Esa mañana tuvo un gesto que Romana no olvidaría nunca. Ella se había quedado a espaldas de su cama para no molestar a las enfermeras que le efectuaban un electrocardiograma, de tal forma que aunque Mario no podía verla, sabía que se encontraba allí. En ese momento extendió su brazo hacia atrás, tendiendo su mano pálida a Romana. Esa fue su despedida. Poco después entró en un estado de coma del que ya nunca se recuperaría. Murió a las ocho de la tarde del 15 de mayo de 1983. Tenía 61 años.

En su homilía, el párroco de Ronzone, el barrio industrial y popular de Casale, recordó al Mario que todo el mundo había conocido: un hombre generoso y desinteresado hasta la inconsciencia. Y es así como Romana ha continuado recordando a su marido, el hombre al que amaba y admiraba sin reservas.

La maldición

Durante la despedida de Mario Pavesi la familia se vio acompañada de un pequeño grupo de amigos, colegas de trabajo de Eternit, vecinos y compañeros que habían leído el obituario colgado en los tablores de anuncios existentes a lo largo de las calles, como entonces era costumbre en las ciudades pequeñas. No fue un funeral especial.

En última instancia se trataba de una muerte más. Porque las personas mueren, incluso de enfermedades bastardas, pero todo entra siempre en la lógica que rige la vida en este extraño planeta. ¿A

quién le importaba, más allá del círculo de familiares y amigos, el trágico final del *Pavèis* y el sufrimiento insoportable de su mujer, Romana Blasotti?

Todo el mundo tiene algún muerto que llorar, que recordar u olvidar. La vida continúa. Incluso en Casale Monferrato.

La viuda de Mario se permitió, por fin, llorar las lágrimas que tuvo que reprimir en una larga lucha contra la naturaleza humana, pero aun así sufrió el impacto de esos meses de tensión hasta el punto de necesitar la administración de antidepresivos. Sin embargo, nunca dejó de sentirse viva, porque a su alrededor aún tenía a sus dos hijos, a un nieto que adoraba a sus hermanas y al amplio círculo del clan familiar, que como ella seguía hablando con acento del noreste, e incluso a nuevos amigos de Casale. Pero lo que Romana no podía imaginar era el destino que la palabra amianto y la empresa Eternit reservaban para ella.

En la ciudad circulaban rumores acerca del polvo que miles de trabajadores habían inhalado durante décadas en la fábrica y sobre su nocividad. Los cuadros sindicales de la CGIL⁵ en Eternit, sobre todo Bruno Pesce y Nicola Pondrano, habían impulsado algunas movilizaciones, casi quijotescas, para pedir garantías, vigilancia médica, medidas de protección y procesos de sustitución utilizando fibras alternativas al amianto. Poco a poco una alarma comenzó a extenderse, pero todavía se trataba de unos conocimientos superficiales e inespecíficos que no permitían intuir la terrible amenaza que se cernía en forma de nube blanca e impalpable. Y Romana Blasotti Pavesi no sospechaba que ella y su familia se convertirían en el símbolo de una tragedia colectiva.

El segundo golpe llegó seis años después de la muerte de Mario. Esta vez la víctima fue la hermana de Romana. Su nombre era Libera y se trataba de la tercera de las cinco hijas de Ottavio Blasotti, el antiguo trabajador de Salonit emigrado a Monferrato. Él también vivió en Casale, no lejos de la fábrica de Eternit. El mari-

////////////////////////////////////
⁵ Confederación General Italiana de Trabajadores.

do y el hijo trabajaban en la fábrica de tubos, en la que todavía usaban amianto.

Un día de 1989 llegó el primer síntoma de la insospechable dolencia: un dolor en la parte baja de la espalda. Se sometió a exámenes radiológicos convencida de que pondrían de manifiesto algún problema ginecológico. Sin embargo, el médico que examinó las placas no tenía ninguna duda. Se trataba de un mesotelioma pleural. Libera deseaba conocer enseguida los detalles de la enfermedad y la terapia, mostrando «el coraje de una leona», según el recuerdo de su hermana Romana. Libera siempre había sido envidiada en la familia por su innata capacidad para aprovechar lo mejor de cada situación: el mejor lugar para sentarse, el bocado más delicioso, la cama más cómoda, los mejores premios de la tómbola. Pero ya durante la enfermedad de Mario había demostrado ser una mujer capaz de hacer frente a la adversidad. Había sido la persona más cercana a Romana en los meses difíciles.

De nuevo se repetía la dolorosa rutina de los hospitales, la quimioterapia, el oxígeno, pero esta vez viviéndolo en primera persona. Casi de inmediato perdió todo el pelo, pero no perdió el ánimo: no renunció a su vida habitual con sus paseos por la tarde y haciendo acopio de una buena dosis de ironía cuestionaba el rigor de los médicos. Pero pronto llegó de forma inexorable al final del túnel. Una llamada telefónica por la noche informó a Romana que su hermana quería verla urgentemente en el hospital de Alessandria. Cuando Libera la vio, sonrió y le dijo concluyente: «Quiero morir en mi casa».

De esta manera, el marido y la hermana se fueron turnando en la administración de las dosis de morfina necesarias para aliviarla del dolor que progresivamente iba creciendo en su pecho. Después de una noche especialmente difícil, dijo con un hilo de voz: «Mañana a esta hora me habré ido». Dio instrucciones sobre la ropa que quería llevar en su entierro y se abandonó a las últimas horas de su vida. Al amanecer del día siguiente Romana se despertó sobresaltada. Comprobó la respiración de su hermana, que ya era prácticamente imperceptible. «Giuseppe... Libera se va», fue lo único que pudo

decir a aquel marido aturdido, desesperado, que se había dejado la vida por ella. Quince minutos después Libera Blasotti fallecía.

Tenía 59 años. Romana acababa de experimentar una segunda tragedia, otro ser querido que se desvanecía entre sus brazos por la misma maldita enfermedad. Fue entonces cuando decidió visitar a la trabajadora social de la Cámara del Trabajo⁶ de Casale Monferrato y allí descubrió que existía mucha más información acerca de aquellos tumores que afectaban a la gente de la zona. En 1988 se reunió con Bruno Pesce, el secretario de la CGIL de Casale desde 1979, y con Nicola Ponderano, el trabajador de Eternit que había sustituido a Mario en su papel como representante sindical en el comité de empresa, que además, ironías del destino, celebraba su cumpleaños el mismo día. Averiguó que ambos llevaban diez años tratando de recomponer el mosaico de muertes que estaban convencidos que se debían al polvo de amianto. Los sindicalistas escucharon su testimonio, respondieron a sus preguntas y le contaron lo que estaban haciendo. Y finalmente dejaron caer una propuesta: «Si creamos una asociación de familias de las víctimas, ¿estaría dispuesta a ser la presidenta?». No podía hacerse a la idea, ella, una empleada doméstica venida del último rincón de Italia, haciéndose cargo de una responsabilidad tan delicada. Al principio se resistió, pero la insistencia de Ponderano la convenció para ponerse a su disposición.

Las primeras reuniones convocadas por la recién nacida asociación fueron difíciles. A pesar de que ya existían acciones judiciales, había muchas personas que no compartían los planteamientos de los dos sindicalistas que establecían relaciones entre el amianto y el cáncer. Estaban acostumbradas a pensar que esta fábrica suponía el medio de vida para muchas familias. ¿Qué querían demostrar ahora estos «tocapelotas»? ¿Acaso era Eternit la culpable de que la gente muriese de cáncer?

////////////////////////////////////

⁶ La Camera del Lavoro o Cámara del Trabajo es la organización territorial de la CGIL y comprende a las diferentes sedes de las federaciones de este sindicato en todo el territorio italiano.

Desgraciadamente muchos entierros hubieron de celebrarse antes de que la ciudad se rindiese a la evidencia del desastre, que se extendió como una nube de fino polvo blanco. Incluso Romana Blasotti todavía debería pagar un precio adicional: para ella no había llegado el momento de abandonar el luto. La tregua concedida por la fibra asesina para su familia duró trece años. Mientras tanto, la epidemia de muerte continuaba cobrándose víctimas en Casale y Cavagnolo, otra localidad de la provincia de Turín en la que existía otra fábrica de Eternit, y ello a pesar de que periódicos y televisión habían comenzado a hacerse eco de la inquietante historia de los tumores en Monferrato.

Romana Blasotti comenzó a ser conocida en la ciudad como presidenta de la Asociación de Familiares de las Víctimas del Amianto. Esta tragedia había llevado a un ama de casa a desempeñar un papel casi político, en lugar de dedicarse a sus asuntos.

A partir de 2003, las razones de su actividad contra los señores del amianto se reforzaron notablemente. En primer lugar, como resultado de una noticia que provenía de su lugar de origen. Su prima Anna, a la que estaba muy unida desde la infancia, desarrolló un mesotelioma pleural. Como Mario, como Libera.

Pero Anna no vivía en Casale, por lo que aparentemente no podía relacionarse este caso con el tumor de otro miembro de la familia afectado por la maldición de Eternit. Sin embargo, en el lugar de origen de Anna también existía una fábrica. De hecho ella había vivido en las inmediaciones de una planta en Salonit, la filial de Eternit en la que habían trabajado el padre de Romana y otros muchos parientes. ¿De dónde, sino, provenía el polvo que había provocado el deterioro de sus pulmones?

Romana siguió a distancia la lenta agonía de su prima, para ella tan bien conocida. Sabía que la pobre mujer antes de morir ni siquiera era capaz de identificar qué parte de su cuerpo le ocasionaba más dolor. Pero su creciente ansiedad, su creciente ansia de rebelión, su ira, su dolor, su indignación, sufrieron el mismo año un posterior y dramático impulso: otro afectado por mesotelioma pleural en la familia, su sobrino Giorgio, el hijo de Libera.

Lo había visto nacer, de hecho ella asistió al parto. Lo había visto crecer y convertirse en un hombre, en un trabajador de una fábrica de caucho en la cual se trabajaba con amianto. Giorgio no trabajó en la fábrica durante mucho tiempo porque pronto logró abrir su pequeño negocio.

La enfermedad comenzó poco a poco, como en el resto de enfermos. Al principio permitiéndole la ilusión de una vida aparentemente normal. Después, sin previo aviso, alejándole, en el extremo del dolor y la terapia más agresiva, de la esperanza cada vez más tenue y acercándole el miedo a una muerte cada vez más palpable.

Romana se volcó con él a pesar del luto, ayudando en todo lo que podía, administrando inyecciones, cocinando, lavando la ropa, dando palabras de aliento a su sobrino y a su cuñado. Y aun así continuó asistiendo a las reuniones de la Asociación de Víctimas del Amianto, cada vez más numerosas, enojada por el escepticismo de su propia familia. «Es inútil», le dijo su cuñado. Pero ella le respondió de forma seca: «Por supuesto que si nadie se mueve nunca sucederá nada». Y pensaba en aquel polvo maldito que estaba escondido por todas partes y que en diciembre de ese año le arrebató a su sobrino.

En aquellos momentos de dolor recordó con consternación un mediodía de hacía muchos años, cuando ella y Mario habían llevado a la pequeña María Rosa a pasear alrededor de la planta de Eternit, donde se acumulaban montones de residuos que liberaban nubecillas de un polvo ahora tan conocido y temido. Era incluso agradable a la vista, ligero como el talco, fino como la arena de las playas tropicales.

Romana pensaba que todos ellos habían estado en contacto con el amianto y que la masacre podía continuar. Pero ahora, aunque endurcida y convencida de que había que estar preparados para lo peor, no se podía imaginar el quinto mazazo, el más doloroso.

La rebelión

El puñetazo en el estómago, el golpe definitivo, lo recibió una tarde tres meses después de la muerte de su sobrino. La noticia se la dio la propia María Rosa. Se presentó en casa con su hijo Michele y su hermano Ottavio, que siempre aparecía cuando era necesario.

Cuando Romana vio aparecer en la cocina, de forma inesperada, a sus tres familiares comenzó a inquietarse. Pero no podía imaginar la noticia que iba a conocer. «Siéntate abuela –la invitó Michele–, tenemos que decirte algo». Como un autómatas, Romana obedeció en silencio. Su hija, mirándola a los ojos y con una sonrisa forzada, no supo encontrar una fórmula más suave: «Madre, tengo mesotelioma». Ella, la mujer que ya había enterrado a cuatro afectados por aquella enfermedad, se mantuvo aparentemente impasible, como si le hubieran dicho cualquier trivialidad. «Pues sí que estamos bien», fue todo lo que alcanzó a contestar. Entonces fue María Rosa quien en contra de su consternación mostró optimismo: «Vamos a ir a América, quizás allí me operen; mamá, verás cómo lo conseguimos». Los dos hombres, Ottavio y Michele, intentaron disimular ante una situación tan dramática porque temían que Romana no pudiera soportar el golpe a sus setenta y cinco años. Sin embargo, ella permaneció impasible durante casi toda la reunión familiar.

Sólo cuando el hijo y el nieto se encaminaron hacia la puerta se abandonó en un intenso e interminable abrazo con María Rosa: «No te preocupes porque no te dejaré sola», susurró, acariciándola con la mano en la espalda. Entonces la puerta se cerró y se quedó sola. «No llores», se dijo a sí misma: «Y ahora, ¿qué hacemos?». Se preparó mentalmente para enfrentar un nuevo calvario. Esta vez el de su hija. María Rosa era una mujer de carácter fuerte, decidido, para nada pusilánime. Era la marca de fábrica de los Pavesi. Durante la lenta agonía de su padre había prometido que si alguna vez le tocaba sufrir una suerte semejante, no se esforzaría en intentar curarse ni perdería el tiempo en la tortura física y psicológica que supone el hecho de alimentar vanas ilusiones.

Pero ahora que el mismo destino había regresado a casa de los Pavesi parecía haber cambiado de idea: quería luchar, resistir el mal e incluso unirse a la batalla por la justicia iniciada por su madre y otras víctimas del amianto junto a un grupo de sindicalistas decididos. María Rosa nunca había preguntado a su madre acerca de las reuniones en las que Romana participaba en el papel protagonista de presidenta que nunca buscó. Para ella las palabras tumor, amianto o Eternit parecían no existir. Podemos imaginar, entonces, el estupor de su madre al recibir una carta certificada dirigida a la Asociación de Familiares de Víctimas del Amianto con la solicitud expresa de leerla en público durante una asamblea. Estaba escrita de un tirón, sin perder demasiado tiempo en sopesar sus palabras. Este es el texto:

«Pensé que mi familia había pagado lo suficiente por lo que se refiere al mesotelioma. Mi padre murió en 1983, más tarde una tía materna en diciembre de 2003. Mi primo de 50 años, hijo de mi tía. Sin embargo, no es suficiente...»

El primero de marzo pasado me tomé un día libre para ir a esquiar, hermosos paisajes, pistas en un estado óptimo y una tonta caída.

Durante seis días tuve un dolor intercostal fuerte, así que el sábado por la tarde acudí a urgencias para que me vieran. Algo habitual, cosas de rutina.

Encontré amigos en radiología y estuve curioseando las radiografías al contraluz. Resultaba evidente, incluso para una profana como yo, al ver el pulmón izquierdo completamente blanco... Irónicamente, incluso donde me duele.

En unos días estaba sentada frente a un médico que me leía un diagnóstico: “epiteliomorfo, mesotelioma maligno”. Me quedé helada, siempre he querido estar informada de todo lo que me afectaba.

El dolor punzante por la desesperación de mi hijo era más fuerte que el mío. El recuerdo siempre vivo del atroz sufrimiento de mi padre siempre me ha hecho decir que NUNCA me curaré.

Pero no, he cambiado de opinión, voy a hacer todo lo posible por Michele, por mí, y por quienes sean tan desafortunados como yo.

No, no me da vergüenza decirle a todos: ESTOY INDIGNADA. Me pregunto si voy a ganar.

Pavesi, María Rosa.

Casalesa de nacimiento.

Quinta de 1954.»

Una simple carta. Pero muy importante en esta historia.

Porque desde ese día algo cambió en Casale Monferrato.

Estas palabras fueron la chispa, el detonante de una rebelión que hasta entonces había sido sofocada en unos hogares marcados por el duelo, pero que ahora parecía madura, lista para canalizar un río trazado con paciencia inquebrantable por los sindicalistas que habían abierto el frente. La indignación gritada por María Rosa Pavesi en letras mayúsculas, su reivindicación orgullosa de pertenecer a esa ciudad, a esa comunidad, su ira, su dolor mesurado tocaron las fibras de tantos que quizás por resignación implícita habían permanecido siempre en silencio.

Ya antes del inicio, aquella asamblea de 2003 se intuía diferente a las otras. La noticia de que la enfermedad había afectado también a la hija de Mario Pavesi despertó de inmediato la angustia. El pensamiento estaba puesto en la madre, todos estaban convencidos de que ese día Romana, su presidenta, no asistiría a la reunión. Sin embargo, llegó puntual e inmediatamente después del informe introductorio de Bruno Pesce pidió intervenir y leer la carta en un ambiente de emoción intensa. En el salón, abarrotado como nunca, se veían muchos ojos húmedos y las lágrimas se escaparon también en la mesa de la presidencia, abogados incluidos.

El cáncer, sin embargo, siguió haciendo su odioso trabajo, asediando los pulmones de María Rosa hasta el punto de poner en cuestión la determinación sin límites de esta mujer. Ella sabía lo que le quedaba de vida, aunque esperaba equivocarse: «Mamá, ¿qué piensas tú?», le dijo un día sin previo aviso. «¿Crees que podré salir de esta?» Romana Blasotti Pavesi sintió que se le venía el mundo encima.

Acostumbrada a la honestidad, para ella mentir constituía un delito, un crimen, una cobardía, una traición. Pero en aquel momento decidió pasar por alto aquello que para su familia era una norma: «Por lo menos tres años», dijo disimulando su malestar. Y constató, con gran dolor, que su hija quería creer aquella mentira. Esta mujer fuerte aún quería tener esperanzas a pesar del horror de una enfermedad ya tan familiar y contra la que aún deseaba luchar. Aunque insistió airadamente en alejar a las personas que pretendían mostrar su solidaridad. Resistió hasta el final con el mismo recio carácter de su padre, Mario.

También ella se adentró en el infierno de los viajes en coche por los hospitales del norte de Italia para recibir los ciclos de quimioterapia que fueron presentados como «novedosos», dejándole al menos un atisbo de esperanza. Y ella, María Rosa, siempre marcando de cerca a los médicos para saber de ellos hasta la última gota de la cruel verdad. Su único consuelo era mantener su cabellera rubia de la que tanto se enorgullecía, así como de sus bellas piernas, que de joven habían desesperado a sus padres hasta el punto de haberla prohibido salir con faldas cortas. Pero el panorama de sus constantes vitales iba empeorando inexorablemente: sufría enormes problemas de coagulación sanguínea y sus pulmones se ahogaban en el exceso de líquido producido que se iba acumulando. Sus días estuvieron marcados por los ciclos de quimioterapia y por un número desproporcionadamente alto de inyecciones, a veces muy próximas entre sí. La madre se preguntaba si no le harían daño tantas medicinas inyectadas en su cuerpo, pero luego, en un momento de despiadada lucidez, se respondía que ya nada podría hacerle más daño a su hija, ya había empezado a morir delante de sus ojos. Un día, viendo que María Rosa estaba particularmente deprimida, trató de animarla un poco: «Vamos, vamos, ánimo y fuerza», aventuró a decir. Pero la

respuesta que recibió fue de rabia: «Querría verte a ti en mi lugar». Otro golpe al corazón.

Con el avance del verano crecía la sensación de que el final se acercaba. Con el aumento de las inyecciones, ahora María Rosa necesitaba ayuda incluso para poder dormir un poco. Las crisis y los dolores la mantenían postrada en la cama, pero ella se negaba siempre que podía. Las atenciones de su madre eran constantes, resistiéndose a caer en momentos de debilidad. Ni una sola vez se permitió llorar delante de la hija, sino que trataba de estar siempre a su lado, incluso en la noche, verificando de cerca que su respiración fuera regular. Hasta el día –era 25 de agosto de 2003– en el que había leído en esos dos grandes ojos, para ella bellísimos e inolvidables, que María Rosa se estaba agotando. Tras una noche difícil tenía mucho sueño, y continuaba adormecida cuando fuera ya atardecía. Romana le propuso comer algo: «María Rosa, hay pollo como te gusta a ti, ¿te apetece?» «Sí, mamá». Pero mientras la ayudaba a levantarse, Romana vio en los ojos de su hija una mirada antinatural, parecía muy diferente. Se volvió hacia su madre con gran dulzura. «En todos aquellos meses nunca había tenido la sensación de que necesitara tanto mi presencia como estaba sucediendo aquella mañana –recuerda Romana–, y aquel cambio no me gustaba nada».

Avisó a su médico, y vino la enfermera que asistía a María Rosa en su domicilio y poco después telefoneó a su nieto: «Es mejor que vengas con tu madre», dijo controlando su voz para producir el tono más neutro posible. Michele llegó en unos pocos minutos, junto con su padre, Franco, y su tío, el inevitable Ottavio.

María Rosa hizo un gran esfuerzo para mantenerse despierta en la cama el tiempo suficiente para conseguir abrazar a aquel muchacho pecoso, su hijo. Fue un abrazo muy fuerte.

Luego cayó en un sueño de dolor. Todos se mantuvieron a su lado hasta el último aliento.

La rabia y el dolor

La noticia de la muerte de María Rosa Pavesi, la hija de Romana Blasotti Pavesi, causó una gran conmoción en todo Casale. Y rabia. Muchos en la ciudad se mostraron sorprendidos por la tragedia de esa familia. En parte porque Romana se había convertido en un personaje y en parte porque muchos habían vivido o vivían en ese momento la agonía de un enfermo de mesotelioma pleural en la casa. «Porque yo no soy la única que ha perdido tantos seres queridos –repite siempre ella–. Lamentablemente son muchas las familias destruidas como la mía y que ahora claman justicia».

Las demostraciones de afecto y de dolor eran infinitas. Romana, exhausta y agotada por el dolor, no lloró mucho. Todavía, pasados muchos años, le angustia recordarlo. Pero entonces el único pensamiento que realmente importaba era buscar justicia por la masacre de sufrimiento y muerte que había paralizado a muchas otras familias en la ciudad. Pero justicia, ¿para qué? ¿Por la trágica fatalidad que había llevado a tantas personas a morir del mismo mal en un radio de pocos kilómetros? No, porque en ese momento en Casale todos aquellos que en alguna ocasión pretendieron ignorar la tragedia ahora sabían quién estaba detrás de la anómala estadística de mesotelioma pleural en Monferrato. Un nombre que resonaba casi como una maldición: Eternit. Una tras otra, las pruebas reunidas por aquellos dos obstinados sindicalistas habían hecho visible la realidad de ese infierno. Y la señora Romana había reconstruido todo lo que durante casi un siglo había sucedido en aquella fábrica maldita. Cosas que ella nunca había conocido antes, porque su Mario lo había mantenido en secreto. Por amor.

2. La fábrica

«¿Qué has venido a hacer aquí? ¿También tú has venido a morir? ¿A tu edad?» Aunque el tono de la voz se esforzaba en ser irónico, no fue una bienvenida cordial lo que el viejo obrero gruñó al joven recién llegado. Así fue recibido Nicola Pondrano, un joven vercellese de mirada intensa. «Marengo», se presentó el anciano de forma seca, mirándole perplejo de arriba abajo. El joven no podía entender en ese momento el verdadero sentido de aquella aspereza. Estaba demasiado ocupado en adaptarse al ambiente. El antro en que se encontraba, en el departamento de «molinos», parecía horrible, triste, oscuro, lleno de materia prima acumulada, con el viejo Marengo comiendo tranquilamente el bocadillo sentado sobre una pila de sacos de amianto. Pondrano quedó impresionado, aunque para él debía ser un buen día.

Era el 11 de noviembre de 1974 y él había encontrado un buen trabajo. Quien obtuviera un puesto de trabajo en Eternit era considerado un afortunado. Por ello había acogido con satisfacción trasladarse de Vercelli, a 25 kilómetros entre los campos de arroz, para hacer frente a una vida que ahora giraba en torno a tres turnos, incluyendo las noches y las madrugadas. Se trabajaba de cuatro de la mañana al mediodía, desde el mediodía hasta las ocho de la tarde, y de ocho a cuatro de la mañana. Horario absurdo en otros lugares, pero no en Casale, donde al menos el 60 por ciento de los trabajadores provenía del campo y con aquel sistema de turnos podrían aun encontrar tiempo para atender a sus campos. Entrar en aquella fábrica significaba tener un salario garantizado. En lugar de asociarlo con la muerte, siempre se había dicho que aquello era un seguro de vida, con la garantía de que llegaría el día de disfrutar de la jubilación con una buena pensión y, quizás, habiendo podido comprar la propia casa. «Cuando en el 55 comencé a trabajar, elegí como médico al doctor Sampietro, que tenía la consulta cerca de la fábrica –recuerda, por ejemplo, Anna María Giovanola, empleada de la fábrica de amianto-cemento hasta su cierre en 1986– y cuando le dije que había entrado en Eternit me respondió que para un trabajador era como un empleo fijo en la banca. Un puesto seguro y con un buen salario, me dijo el médico. Y después murió de mesotelioma».

En resumen, antes que el peligro del amianto fuera reconocido, trabajar en Eternit significaba para muchas familias que aquel bendito establecimiento de vía Oggero, desde que se decidió su instalación en Casale, había cambiado la suerte de generaciones enteras de antiguos agricultores.

¿Dónde estarán las trufas?

La fábrica se instaló en 1906 e inició la producción doce meses después, en los primeros años del siglo, cuando una planta de este tipo era el mayor exponente de progreso. La Schweizerische Eternitwerke AG era una sociedad joven, ambiciosa, en rápida expansión. La había fundado en 1903 un hombre de negocios suizo llamado Alois Steinmann, que quería transformar en producción industrial la patente del austríaco Ludwig Hatschek, creador en 1901 de una fórmula de amianto-cemento que había bautizado como eternit, inspirándose en el latín «aeternitas». Y ello debido a que aquel material –creado mediante la adición de un pequeño porcentaje de amianto a una mezcla de agua y cemento– se consideraba resistente a ultranza, indestructible. En definitiva, eterno.

Amianto o asbesto es en realidad un término derivado del griego: significa inmaculado, incorruptible, perpetuo, inextinguible. Bajo este nombre se agrupan numerosos silicatos hidratados de diversa composición química, de estructura microcristalina y de aspecto fibroso: los más comunes son la valiosa crocidolita, llamada «amianto azul», y el crisotilo o amianto serpentina, también conocido como «amianto blanco», abundante en la cantera piemontesa de Balangero. Se trata de minerales presentes en la naturaleza que tienen la propiedad de descomponerse en fibras finas pero muy densas, lo que les convierte en un material altamente resistente desde el punto de vista mecánico, pero al mismo tiempo flexible. Además tiene una sorprendente resistencia térmica, al menos hasta los 500 grados y, si se mezcla con otras sustancias, incluso a temperaturas superiores. También es resistente a la acción de agentes químicos y biológicos, a la abrasión y el desgaste. En definitiva, una bendición para la industria, con miles de aplicaciones posibles: tubos, hojas y láminas de asbesto-cemento, azulejos para el pavimento, embra-

gues, frenos y productos de fricción, juntas de estanqueidad, filtros para bebidas, ropa, mantas, guantes antiincendio, paneles y aislamientos térmicos y de sonido, pinturas, revestimientos, yesos, alfombras, azulejos, macetas, sillas de playa y muchas más.

El versátil mineral era utilizado en tiempos remotos: los persas y los romanos envolvían los cadáveres para cremarlos obteniendo una ceniza más clara, considerada más pura. Plinio el Viejo en su obra *Naturalis historia* ya nos habla del amianto. Más tarde los vikingos y los habitantes del imperio de Catai –cuenta Marco Polo en el *Milione*– hacían uso de él. Según una antigua creencia el amianto no era otra cosa que la lana de la salamandra, esto es, del pequeño anfibio del que se creía (erróneamente) con la cualidad de atravesar el fuego sin daño. En suma, había algo mágico en aquella fibra, conocida desde la noche de los tiempos y ahora transfigurada en posibles aplicaciones industriales.

Al inicio del siglo XX, Steinmann intuyó que aquel material podía acompañar el desarrollo vertiginoso del nuevo siglo procurando óptimos beneficios a quienes lo introdujeran en el mercado. Es decir, su Eternit, la fábrica que erigió en Niederurnen, en el cantón de Glaris, a unos sesenta kilómetros al sur de Zúrich. En el transcurso de un par de años el éxito de aquella intuición fue evidente, hasta el punto de que se instalaron dos nuevas líneas de producción que ofrecieron una gama cada vez más amplia de objetos destinados a los mercados de todo el mundo. Incluso el propio rey de Siam, hoy Tailandia, ordenó la compra de tejas Eternit. En resumen, el amianto fue un éxito rotundo y Eternit continuó creciendo y haciendo negocios –para responder a la incesante demanda de manufacturas siempre nuevas– abriendo nuevas plantas lejos del cantón de Glaris. Fue en el curso de ese proceso de expansión cuando se produjo su asentamiento en Casale, una zona agrícola, de trufas, de viñedos de Barbera, de Freisa y de Grignolino que, junto a las galletas «Krumiri Rossi», gozaban de una reputación más allá de los confines de Monferrato. La planta se extendía sobre una superficie de 94.000 metros cuadrados. La propiedad era inicialmente de una sociedad de Génova, la Eternit Pietra Artificiale Società Anonima, creada por el ingeniero Adolfo Mazza, un empresario que había

comprendido el potencial de aquel negocio y había comprado la licencia al suizo para producirlo en Italia, eligiendo una zona de vocación cementera. Una tradición económica de largo aliento, hasta tal punto que durante la Segunda Guerra Mundial Casale fue conocida como «la ciudad blanca» y los aviones aliados nunca fueron capaces de destruir su gran puente sobre el río Po porque una constante nube de polvo impedía ver su posición a los bombarderos. Para muchos agricultores la nueva fábrica, con unas dimensiones nunca vistas en la zona, se ofrecía como una oportunidad totalmente novedosa. Abrió nuevos escenarios, la perspectiva de un bienestar impensable: un sueldo todos los meses, que se unía a lo producido en el campo por el resto de la familia. La llegada de Eternit fue un acontecimiento saludado con gran entusiasmo y desencadenó una carrera en busca de mano de obra que duró casi ochenta años. El crecimiento de la sucursal italiana fue meteórico: a partir de 1913, con las instalaciones para elaborar tuberías de conductos a presión, se lograron varias patentes adaptadas a la gran factoría de Monferrato.

Mientras tanto en Suiza, a partir de los años veinte, la familia Schmidheiny va adquiriendo un papel cada vez más importante en la cúpula de Eternit AG, primero a través del patriarca Ernst, más adelante por mediación de su hijo Max, quien se unió al consejo de administración en 1933 con tan sólo 24 años. La de los Schmidheiny será, desde entonces, la dinastía que ligará su nombre a Eternit y a la mayor parte del amianto elaborado en todo el mundo. En Casale con el paso del tiempo aquel apellido sonará a algo siniestro, al enemigo. Porque desde 1973 el control de la fábrica de amianto-cemento en Italia pasó de la familia Mazza, apoyada desde la posguerra por el belga De Cartier de Marchienne, a Schmidheiny, que adquirió un papel preponderante.

De hecho, en la ciudad de Monferrato las plantas fueron dos: el depósito de la Plaza de Armas y la fábrica de vía Oggero, a la que se le había asignado la producción de manufacturas de fibrocemento: losas, chimeneas y el famoso ondulado, utilizado durante décadas para cubiertas en innumerables edificios. Hasta 1980, es decir durante setenta años, todo el suministro de materia prima –el amian-

to en bruto proveniente de las minas de África, Rusia, Canadá, Brasil y la cantera Balangero— llegaba en tren, en su mayoría desde el puerto de Génova. Desde la estación era trasladado en carros y camiones hasta los departamentos de producción de vía Oggero, a dos pasos del centro de Casale. Los productos acabados hacían el camino inverso, hasta que el transporte por carretera fue reduciendo el protagonismo del ferrocarril. Las calles entonces eran un constante ir y venir de camiones cuyos volquetes esparcían por el aire impalpables nubes de polvo blanco y ligero que pronto se convirtió en algo muy familiar en Casale. Durante el día y la noche, cada ocho horas, la otra imagen que caracterizaba a la ciudad era la riada de bicicletas conducidas por hombres de mono azul y mujeres de pañuelo en la cabeza. Siempre se lo ponían los obreros de Eternit para no terminar con el cabello completamente blanco.

Por otra parte, los convoyes que llegaban llenos de sacos de amianto debían ser descargados manualmente, a fuerza de brazos, para luego depositarlos sobre carretillas y distribuirlos por los diferentes departamentos de elaboración. A continuación con un «tridente», similar a una horca, repetían los gestos de sus padres los agricultores, trataban aquellas fibras minerales como si fueran heno para empacar, paja seca o estiércol en los campos. El amianto se acumulaba en silos muy altos, llenos hasta el borde. Los trabajadores encargados de los silos debían abrir una puerta que estaba a la altura de un hombre y sacarlo, utilizando la horca, como si fuera una madeja. En ese punto, la masa fibrosa salía de golpe con una fuerza capaz de hacer caer al suelo a una persona. La técnica, por lo tanto, consistía en extraer velozmente la primera madeja y luego alejarse rápidamente a una distancia segura. Posteriormente debían adentrarse en la nube de polvo para retornar a su puesto y reiniciar la carga que se enviaba de nuevo al proceso de fabricación.

Luego estaban los que trabajaban con las máquinas que actuaban como cardadoras de lana con la función de esponjar y suavizar el amianto en bruto para facilitar su mezcla con el cemento. Posteriormente, utilizando unos ventiladores se introducía en una gran sala a través de tubos de gran tamaño. Y una vez que este local estaba lleno, los empleados entraban y de nuevo, a fuerza de brazos

y utilizando las horcas, depositaban el amianto semielaborado en carros. Todo en medio de una densa niebla microscópica, impalpable, de fibras finas de este material tan valioso que se aplicaba en todo el mundo y daba empleo a miles de personas. Y con el crecimiento de la automatización del proceso también aumentó la cantidad de amianto tratado.

En algunos departamentos se instalaron filtros y aspiradores muy rudimentarios para reducir la concentración de polvo, pero estas medidas no mejoraron de manera significativa las condiciones ambientales, que se caracterizaban por la presencia constante de densas nubes de minúsculas fibras. Incluso los viñedos de los alrededores eran blanqueados por la dispersión en la atmósfera del polvo de Eternit. A los obreros destinados a trabajar en un contacto más estrecho con la materia prima la empresa les reconocía una pequeña indemnización en el salario, unas pocas liras que servían como incentivo por sumergirse un día tras otro durante ocho horas en aquel polvo. Pero en aquel tiempo la vida era así en todas las fábricas, no sólo para los trabajadores de Monferrato. Todavía no había arraigado la cultura de la salud en el trabajo, ni el interés del trabajador por un entorno de trabajo más cómodo y saludable. Pero en Eternit la mejora de las condiciones no avanzó de manera importante ni entonces, ni en años más cercanos a los actuales, cuando la industria había asumido algunos de esos principios, ni incluso cuando los mismos trabajadores en Casale comenzaron a preocuparse por el riesgo del polvo que respiraban, apoyados por algunos sindicalistas valientes que presentaron demandas muy precisas.

La sospecha

De hecho, algo extraño le sucedía a los trabajadores de Eternit: morían. Ciertamente, tarde o temprano todo el mundo tiene que dejar este valle de lágrimas; así es el ciclo de la vida y nunca ha habido manera de cambiarlo. Pero entre los empleados de la multinacional suiza sucedía algo muy particular: casi todos sufrían una forma de trastorno respiratorio que les provocaba tos constante y un alto número terminaba sus días precozmente, sin tiempo para disfrutar de su merecida jubilación, después de una enfermedad pul-

monar mortal. Casi todos los que trabajaron en la cardadora, por elegir un puesto, habían muerto antes de cobrar la pensión, algunos muy jóvenes. Sin embargo, nunca nadie les había advertido de que se trataba de una actividad peligrosa... ¿Qué demonios estaba sucediendo en Casale? Había algo en esa fábrica, en ese polvo, que no funcionaba bien. No podía ser casual que los trabajadores estuvieran muriendo tan jóvenes. ¿Y por qué otros individuos que no tenían nada que ver con la fábrica, habían muerto de la misma enfermedad que aniquilaba sus pulmones?

Sin embargo tuvieron que pasar años antes de que los trabajadores de Eternit plantearan reivindicaciones explícitas. A Italia todavía no había llegado el momento de las luchas de los trabajadores. En esas condiciones, durante más de medio siglo, la empresa dispuso de «recursos humanos» a voluntad. Pero cuando el movimiento sindical estuvo preparado para que su mensaje llegara a todos los puestos de trabajo de Italia las cosas cambiaron, también en Casale Monferrato. Uno de los primeros en «tocarle las pelotas a los patrones» fue Mario Pavesi, que una vez elegido miembro del comité de empresa había comenzado a exigir máscaras, filtros, ventiladores y todo aquello que, al menos en apariencia, podría proteger a los trabajadores contra aquella polvareda invasora y omnipresente. En aquel tiempo nadie pensaba que el amianto podía matar, pero que producía daño estaba claro, porque la asbestosis, la tos seca e irremediable, la tenían prácticamente todos. El INAIL, entre tanto, reconoció el primer caso de asbestosis contraída por un empleado de Eternit en 1947. Pero lo máximo que se conseguía era el reconocimiento parcial de discapacidad, y únicamente después de haber desarrollado la enfermedad por encima de cierto umbral. A los más afortunados (y menos tocapelotas) se les trasladó a departamentos con menos polvo. «Sabíamos que el polvo hacía daño –reconocía Giampaolo Bernardi, trabajador de Eternit desde el 62 al 86, antes de morir de mesotelioma pleural– porque hubo quien lo preguntó y se lo reconocieron. Ciertamente, había muchos que admitían que les faltaba el aliento, pero que causara la muerte no, no lo sabíamos. Nadie nos lo había dicho. Ni siquiera cuando nos reuníamos con la dirección nos advirtieron que trabajar allí comportara un riesgo. De hecho, cuando alguien se quejaba porque tenía problemas para res-

pirar le respondían que fumara menos». Y en las zonas donde se habían instalado filtros rudimentarios, el riesgo de amianto no se le había reconocido a nadie.

Desde los años cincuenta las iniciativas sindicales colocaron casi siempre el asunto de la salud ambiental en el centro de sus reivindicaciones, pero todavía de manera muy confusa y sobre todo con el objetivo de conseguir indemnizaciones económicas suplementarias para las tareas que se consideraban más peligrosas. Cuando Mario era delegado sindical todavía se hacía difícil trasladar a la empresa una tabla reivindicativa, ya que los propios trabajadores tenían miedo de alzar la voz, de chocarse contra un muro, porque todos ellos tenían familias que esperaban un salario en el hogar. Además, los directivos sabían perfectamente cómo actuar para dividirles, con el viejo pero eficaz método del palo y la zanahoria. Existía un departamento utilizado para castigar rebautizado por todos, obreros y directivos, como el «Kremlin». Estaba prácticamente a nivel del canal que corría junto a la planta y albergaba la maquinaria para el acabado de los tubos: había multitud de tornos a la altura de un hombre y contaba con unos techos muy bajos. Casi todos los que trabajaron allí murieron antes de los sesenta años. Era habitual que el departamento de personal ubicara en el Kremlin a los activistas sindicales y a los rebeldes de todo tipo cuando se convertían en una molestia. Y por encima de todos, a los afiliados de la CGIL.

Quien callaba la boca, sin embargo, siempre podía esperar una mejor consideración, un puesto de trabajo más seguro o una remuneración más elevada. Así lo cuenta Remo Barbano, empleado de Eternit desde 1957 hasta el cierre del establecimiento: «Las relaciones con la dirección eran a cara de perro, si se obtenía algo era con las uñas. Un día que ya no aguantaba más, fui y les di ocho días. A la mañana siguiente me habían destinado a la sección de plásticos. Así me habrían despedido en una sección en la que no habría tenido derecho a indemnización».

Ni siquiera cuando ya era evidente que, sin ninguna duda, aquella niebla fibrosa provocaba graves problemas respiratorios, la cúpula del coloso que utilizaba la patente suiza modificó su estrategia. Un

día, por ejemplo, después de un examen médico que había revelado la presencia de polvo en sus pulmones, Giampaolo Bernardi se presentó al jefe de personal. Se encargaba del mantenimiento de los filtros, es decir, de cambiar las membranas que deberían detener las fibras sueltas de polvo de amianto, un trabajo que le obligaba a mantener un contacto muy estrecho con montones de polvo. «Tengo treinta y seis años, tres niños pequeños, me gustaría verlos crecer un poco antes de morirme –dijo al director–, no pido que se me traslade inmediatamente, pero ¿se podría asignar a otro trabajador, para que yo le enseñase y aprendiera en seis meses o un año, yo me retirara de ese puesto, él me sustituyera y a su vez él fuera sustituido por otro después de cuatro o cinco años? ¿Por qué este trabajo tiene que conllevar la muerte? Ya tengo el 21 por ciento de polvo en los pulmones, ¿hasta dónde llegaré?». La respuesta que recibió fue breve y concisa: «Bernardi, ya sabe dónde está la puerta».

Este era el clima que prevalecía en Eternit. Pero ni siquiera este régimen cuartelero podía evitar el malestar de los trabajadores, atrapados entre el miedo a perder sus puestos de trabajo y el terror a perder la salud que se puso de manifiesto en aquel período. En 1961, por ejemplo, una gran movilización sindical, basada precisamente en la cuestión del ambiente de trabajo, desembocó en el bloqueo del puente sobre el río Po, con fuertes enfrentamientos con las fuerzas de seguridad y detenciones en masa de los trabajadores.

Pero posteriormente todo volvió a ser como antes. La empresa siempre tendía a minimizar los riesgos para la salud, o incluso a negar la existencia de un ambiente con presencia de polvo. «En una ocasión, el jefe de personal bajó al Kremlin y dijo que no había polvo allí dentro –relata todavía Anna María Giovanola–, recuerdo que llevaba un sombrero negro de fieltro. Un trabajador le quitó el sombrero de la cabeza y lo puso sobre una máquina. Luego dijo: “Ven a recogerlo dentro de ocho o nueve días y veremos si aquí no hay polvo”. No lo volvimos a ver más por ahí abajo. Después supimos que él también murió a causa de mesotelioma».

No era cosa fácil renunciar a aquel salario para probar en otra parte, porque, como recuerda Ferruccio Gabba, empleado de 1945 a 1958,

«si solicitabas un puesto en otra fábrica, lo primero que preguntaban era dónde habías trabajado antes. Y si decías que habías trabajado en Eternit fruncían el ceño». Nadie confiaba en el verdadero estado de salud de los trabajadores «empolvados».

Y pensar que él, Gabba, había deseado tanto entrar en aquella maldita fábrica. «Cuando todavía trabajaba en las canteras, pasaba delante de la fábrica y me decía: “Estos sí que son afortunados”. Luego fui contratado y empecé a pensar que tal vez era mejor trabajar en la mina a ciento cincuenta metros de profundidad...»

«El tumor de Casale»

Pasaban los años, los trabajadores seguían enfermando y era cada vez más habitual entre los que habían trabajado en Eternit que murieran de una forma de cáncer que alguien comenzó a denominar como «el tumor de Casale». En ese punto estaba claro, incluso en ausencia de un estudio epidemiológico riguroso, que existía un nexo de unión muy estrecho entre el polvo de la fábrica y todas aquellas enfermedades pulmonares y muertes. No pasaba una semana, de hecho, sin que en los muros frente a la fábrica apareciera una nueva esquila de funeral por la muerte de un antiguo trabajador de Eternit. Era imposible evitarlo, ya que estaba vigente la tradición de realizar una colecta entre los trabajadores para pagar una corona de flores.

Fue fundamentalmente a partir de los años setenta cuando se asumió que trabajar allí también podía costar la vida. Y varios de los directivos, que en un principio negaban el nexo causal entre el amianto y el cáncer, comenzaron a preocuparse, especialmente cuando constataron que la muerte no siempre hacía distinciones entre los de mono azul y los de cuello blanco. El mesotelioma, de hecho, acabó con un exgerente de la fábrica que había tenido la pésima idea de vivir en la fábrica, y posteriormente con muchos otros cuadros y directivos de Eternit Casale.

Era el momento oportuno para la gran toma de conciencia, coincidiendo con la elección del joven Nicola Ponderano como «portavoz del comité de empresa». Desde el punto de vista de la dirección, el

departamento de personal –que normalmente jugaba con las nuevas contrataciones para eliminar a los «sujetos» sindicalizados o politizados– había cometido un clamoroso error permitiendo que el estricto idealista, que siempre vestía un loden verde independientemente de la estación del año, fuera uno de los elegidos para formarse como jefe de turno. Ponderano había mamado la política desde edad temprana: su madre, perseguida en los tiempos del fascismo, había muerto cuando él tenía sólo cuatro años, dejándolo al cuidado de un tío que había sido comandante partisano y que, en lugar de llevarlo con él al bar, se lo llevaba a diario a la Cámara del Trabajo de Vercelli. Si hubieran conocido este currículum, probablemente los responsables de la selección de personal de Eternit no se hubieran sorprendido al constatar que en enero de 1975, es decir, apenas dos meses después de su admisión, Nicola Ponderano ya había sido elegido para el comité de empresa. Y el inicio de su mandato coincidió con un hito importante en la batalla sindical en materia de salud de los trabajadores: de la tendencia de monetarización de cada riesgo identificado se pasó a la exigencia de eliminar las situaciones consideradas peligrosas. Para trazar el primer surco de esta nueva orientación sindical fue necesaria la aportación, antes de la llegada de la última hornada de jóvenes, del padre Bernardino Zanella, un cura-obrero que venía de otras experiencias en empresas con problemas de nocividad ambiental y que había propuesto una investigación sobre las condiciones de trabajo y los ciclos de producción de la fábrica. «Él fue a pedirme, antes de nada, que diéramos una vuelta por los departamentos para ver cuál era la situación allí dentro». Y sobre aquella base nació una comisión sindical que tenía el cometido de ocuparse exclusivamente de las condiciones ambientales, y de la cual Ponderano se convirtió en el portavoz. Había mucho trabajo por hacer porque hasta entonces nadie había afrontado la cuestión de la salud en la fábrica de forma sistemática. Así, la comisión estableció rápidamente la costumbre de imponer a los representantes de la empresa una reunión cada lunes.

Para apoyar desde el exterior al joven y batallador comité de empresa de 1979 estaba el secretario de la Cámara del Trabajo de Casale Monferrato: Bruno Pesce, hombre afable, de maneras siempre amables, pero que tras su cortesía y paciencia ocultaba una determina-

ción muy cercana a la terquedad. Pesce tenía un conocimiento personal del amianto; cuando tenía 14 años comenzó a trabajar como «garsunì», es decir, como mozo de almacén en una de las muchas empresas de orfebrería de Valenza, su ciudad natal. Su formación política (su padre, después de haber resistido a los alemanes con su batallón en Yugoslavia, fue encarcelado en Alemania) lo llevó inmediatamente al compromiso sindical con la misma rapidez, propia de su paciente tenacidad, que le permitió obtener resultados históricos para aquel mundillo. Pesce, de hecho, se convirtió en el primer secretario de la liga de orfebres con la cual, entre 1964 y 1970, dirigió las luchas que llevaron al primer convenio de ámbito nacional para los artesanos del sector. Más tarde, poco antes de incorporarse a la CGIL Casale y después de una experiencia con los trabajadores del metal, organizó la batalla para obtener, en Valenza, la primera mesa intersectorial para un gran número de trabajadores eventuales y la creación de una escuela-taller para todos los jóvenes aprendices. En esos años conoció a Mario Scaiola –primer secretario de la Cámara del Trabajo y posterior director del INCA⁷ de la provincia de Alessandria–, a quien hay que considerar el precursor de todas las batallas por el reconocimiento de las enfermedades relacionadas con el amianto, y posteriormente su trayectoria sindical le llevó a la secretaría de la CGIL de Casale.

Así, en 1979, con Pesce a la cabeza del principal sindicato y Ponderano en el corazón del comité de empresa de Eternit, la batalla por la salud se incrementó de manera espectacular, gracias a continuas asambleas, reivindicaciones y a una investigación ambiental científicamente rigurosa, conquistada tras una huelga de 87 horas. El estudio fue encargado a la Clínica del Trabajo de Pavía y se prolongó durante cuarenta días, siempre con la presencia de dos o tres delegados sindicales encargados de proporcionar orientaciones y sugerencias a los técnicos, basadas en su conocimiento directo del polvo de aquella fábrica y de los lugares de donde procedía y donde se acumulaba. Para los propios representantes de los trabajadores aquella fue la ocasión para tomar conciencia en primera persona de

////////////////////////////////////

⁷ Instituto Nacional Confederado de Asistencia, patronato de asistencia de la CGIL.

ciertas situaciones de sufrimiento, hasta entonces conocidas sólo por rumores. Entrar en ciertos departamentos era un choque: sacos despanzurrados y tirados por cualquier sitio, filtros completamente bloqueados por las fibras de amianto, polvo acumulado en cada rincón, hombres cubiertos por aquella sutil pátina blanca y fina que parecían fantasmas saliendo del plató de una película de terror de serie B. Sin embargo, los resultados de la investigación científica no fueron muy satisfactorios para los trabajadores, que de hecho cuestionaron algunos datos que consideraban que eran producto de manipulaciones, como, por ejemplo, la limpieza general efectuada fuera del programa y los permisos de descanso concedidos a departamentos enteros durante esos cuarenta días. Los verdaderos puntos de conflicto no emergieron y los efectos concretos se limitaron a pequeños cambios en los ciclos de producción para reducir la concentración de polvo y, sobre todo, a un deterioro de las relaciones del sindicato con la empresa, que introdujo algunos elementos de chantaje con el objetivo de dividir el frente obrero. Primero con la cancelación de la considerada «indemnización del polvo», es decir, cerca de 24.000 liras al mes reconocidas en la nómina de los trabajadores más expuestos al riesgo, después con la amenaza de eliminar la tradición de dar a todos los empleados un litro de aceite de oliva al mes. Un movimiento que, en efecto, creó algún dolor de cabeza a los representantes sindicales. «Me presenté en una asamblea con 780 personas –recuerda Ponderano– y si no me pegaron, les faltó poco».

A finales de los setenta, sin embargo, cada vez era más evidente que la empresa se encontraba muy incómoda con la comisión ambiental que Ponderano dirigía junto a Sergio Minato, que también era delegado de la CGIL. Los directivos de Eternit intentaron contrarrestar los efectos de la actividad sindical, compuesta de reivindicaciones, huelgas y continuas denuncias a la Inspección de Trabajo. Un movimiento asombroso y torpe por parte de la empresa fue la institución del SIL, el servicio de higiene en el trabajo que, como primera medida, distribuyó un boletín informativo para la protección de la salud de los trabajadores que concluía con un anuncio bien visible: «Recuerde que fumar es malo». La respuesta fueron dos horas de huelga.

Si bien la empresa no cedía ni un milímetro en el frente ambiental y ponía en práctica nuevas tácticas para debilitar al adversario, promocionando a quienes no molestaban (también lo intentaron con Ponderano: «¿Sabe que usted tiene el perfil adecuado para entrar en el SIL?»), en aquel momento —a finales de los setenta— la inquietud por la protección de la salud se había extendido de un pequeño grupo de trabajadores sindicalizados a la mayoría de los empleados de Eternit. Más aún, encontró un renovado vigor cuando una nueva investigación requerida por la propia empresa redujo a dos los departamentos en los que se reconocía la existencia de un suplemento por exposición a riesgos ambientales. Un movimiento sorpresivo, llevado a cabo con gran rapidez y sigilo, con el apoyo de la patronal local y que desplazó al sindicato. Pero sólo se trataba del primer golpe bajo. El otro se produjo en el momento en el cual Nicola Ponderano acababa de ser requerido por Pesce para la dirección local del INCA de Casale, con el objetivo de impulsar la implicación del sindicato en la protección individual de los trabajadores. Pero el intento de sofocar definitivamente a los «revoltosos» se había revelado como la espoleta que daría lugar a una revuelta destinada a prolongarse durante décadas.

Era marzo de 1981 cuando, a eso de las nueve de la mañana, Ponderano se enteraba por una llamada telefónica que Eternit había decidido despedir al menos a 120 empleados utilizando el recurso de la dimisión incentivada con premios ad personam. En realidad, las cifras ofrecidas a los candidatos para el despido eran más bien modestas, en algunos casos ridículas: de 600.000 a 1.200.000 liras. Y añadiéndole una posterior y humillante condición: para conseguir aquel magro incentivo los 120 trabajadores tendrían que dimitir y renunciar a presentar ante el INAIL la solicitud de reconocimiento de la llamada «renta de paso», es decir, la indemnización para aquellos que habían tenido que lidiar con el amianto. Sin contar que Eternit había obtenido del INAIL la eliminación de la prima adicional por el amianto, gracias a la declaración de «salubridad» de todos los ambientes de trabajo. En resumen, una losa sobre la lucha sindical fatigosamente construida en aquellos años en torno al polvo de Eternit.

Nada más enterarse de la audaz iniciativa de la empresa, Ponderano corrió a buscar a Bruno Pesce, en ese momento secretario de la Cámara del Trabajo de Casale y, a la vez, decidido partidario desde hacía mucho tiempo de hacer del amianto un punto central de la acción sindical. Los dos se miraron durante unos segundos interminables, buscando el uno en el otro el atisbo de una idea, de una posible vía de escape de aquella trampa. Rompieron el silencio soltando algunas maldiciones en dialecto, referidas sobre todo a las madres de los directores de Eternit. Luego fue Pesce quien pronunció la afirmación que, además de abrir una larga campaña sindical, civil y política, cambió también su vida: «No podemos dejar que se salgan con la suya —dijo a propósito de la ofensiva de la empresa—, si no reaccionamos inmediatamente es como darles la razón y como reconocer que el amianto no es peligroso, que nadie puede enfermar por ese polvo...» Evidente. Pero, ¿cómo parar un proceso que ya se había iniciado? En ese mismo momento, seguramente, algunos trabajadores ya estaban aceptando la convincente propuesta del jefe de personal que los acompañaría hasta la puerta de la fábrica con un poco de dinero en la mano a cambio de un par de firmas aparentemente inocuas. Para los dos sindicalistas, por tanto, decidir la apertura de un nuevo y amplio frente de lucha significaba impugnar aquel procedimiento, pero para ello primero debían convencer uno por uno a los trabajadores interesados.

Ni era una tarea que se pudiera realizar sin gran esfuerzo ni se trataba de una decisión fácil de tomar, porque dentro del sindicato, no sólo en otras organizaciones sino también en la propia CGIL, existían divisiones, sensibilidades y estrategias diferentes: los que, como el INCA, consideraban que la batalla por el medio ambiente y la salud era la piedra angular de la acción sindical, y los que insistían en considerar la defensa de los puestos de trabajo como primer e imprescindible objetivo. A fin de cuentas aquella fábrica seguía dando trabajo a un millar de personas, no pocas para una ciudad de provincias. Pesce y Ponderano, sin embargo, estaban convencidos de que la lucha por la salud de los trabajadores en Eternit no podía ser abandonada en esa circunstancia, frente al primer envite real de la empresa, ni se podía abrir una especie de negociación jugando con los pulmones de los padres de familia y de los trabajadores jóvenes.

Pero ambos eran conscientes que la decisión de impugnar los despidos de la empresa significaba tener que cambiar la mentalidad de cada uno de aquellos trabajadores, afrontar las posiciones contrarias de los otros sindicatos y la perplejidad más que evidente entre algunos miembros del comité de empresa. En definitiva, significaba tener que remar a contracorriente, aprovechar el hecho de que la respuesta que conjugaba salud y el empleo era la reconversión productiva y, también, elevando el punto de mira, ampliar el frente de la batalla contra el amianto incorporando a los ciudadanos de Casale mediante una campaña de información. En resumen, un esfuerzo ciclópeo, una montaña por escalar. Y para decidir si se acometía semejante empresa no había mucho tiempo. Esa misma mañana algunos trabajadores tenían previsto firmar los documentos que les ponían ante las narices los directivos de Eternit. Y entonces fue el instinto de ambos sindicalistas el que encontró el medio para proporcionar un cauce de participación que convocó a miles de personas y a las más altas esferas políticas, económicas y judiciales, condicionando sus vidas al menos para el siguiente cuarto de siglo.

Erin Brockovich en Monferrato

Bruno Pesce golpeó la mesa y saltó como un resorte. «Tenemos que ir a buscarlos y explicarles lo que está pasando», dijo hurgando en los montones de papeles que llenaban su escritorio y alargando instintivamente la otra mano hacia el teléfono. Ponderano y él ya habían decidido ponerse en contacto, uno por uno, con los 120 candidatos seleccionados para renunciar a trabajar en Eternit con el fin de convencerlos para que rechazasen la propuesta de la empresa, explicando que se trataba de una estafa. Al igual que la ahora legendaria Erin Brockovich, un símbolo de la lucha de clases estadounidense, inmortalizada en el cine por Julia Roberts, Bruno y Nicola, aunque ambos decididamente menos agraciados, se arrojaron de cabeza a una misión imposible. Ponderano corrió a la fábrica para interceptar a unos pocos trabajadores; a continuación ambos se encargaron de convocar inmediatamente a decenas de trabajadores en la Cámara del Trabajo, se citaron en los bares donde se bebía demasiado café y vino; al final de aquella misma mañana la lista reunía a 77. A todos les habían prometido que en el sindicato se estaba trabajando

para encontrar la manera de que se les pagase todo lo que se les debía. Porque mientras tanto habían descubierto, por ejemplo, que Eternit había logrado obtener una suspensión de la obligación de pagar las primas adicionales por el riesgo por amianto gracias a esa misma investigación ambiental realizada por su cuenta, en la que existían evidentes e inaceptables disparidades en el tratamiento de diferentes trabajadores de un mismo departamento. En suma, no había necesidad de expertos o de abogados para entender que la empresa se estaba burlando de la sensatez, del esfuerzo, del riesgo, de la salud y de la dignidad de cientos de hombres y mujeres que habían escupido su fatiga en las nubes de polvo venenoso de la fábrica de vía Oggero. Una vez que los trabajadores se enfrentaban a esta realidad no dudaban en reconocer el fundamento de los análisis de los dos sindicalistas. Tanto es así que, únicamente mediante el boca a boca, a mediodía había otros 14 trabajadores en las oficinas de la CGIL para acordar una reacción común a la inaceptable propuesta de la empresa.

En este punto, Pesce y Ponderano tenían de su lado al 70 por ciento de los trabajadores invitados a marcharse de la empresa, pero no bastaba. No era una cuestión de mayoría relativa o absoluta, sino de lanzarse de cabeza a una batalla administrativa, jurídica y política que estuviera en condiciones de recoger el apoyo público de Casale Monferrato, la ciudad que durante ochenta años, hasta entonces, era conocida por Eternit, hasta el punto de ser prácticamente el símbolo de la ciudad, más que las trufas, más que el «Krumiri Rossi», más que los vinos de Freisa, de Grignolino y Barbera. Ahora se trataba de informar a todos los ciudadanos de la peligrosidad del amianto y de los riesgos para la salud de todos ellos, incluidos los no empleados de la fábrica, a causa del polvo emitido constantemente a la atmósfera. Era 1982, el año en que murió, entre tantos otros, Mario Pavesi y, si bien no existían aún datos epidemiológicos precisos, sacar a la luz los cientos de casos de enfermedad pulmonar y de muerte debidos a la inhalación de fibras de amianto tuvo un fuerte impacto en la conciencia de muchos casaleses. Datos que un par de años más tarde comenzaron a aparecer en la prensa, acompañados de entrevistas y duras declaraciones, con las mismas palabras simples que los dos sindicalistas y los que habían decidido acompañar-

los en esa campaña quijotesca utilizaban en cada octavilla, en cada asamblea, para decir que la gente se moría por el amianto. De su parte tenían, desgraciadamente, los números (130 muertes sólo en 1984 y una incidencia de enfermedades pulmonares veinte veces superior a la media nacional) y las esquelas de los antiguos empleados de Eternit que se superponían unas a otras rápidamente sobre las tapias cercanas a la fábrica, pero en el otro plato de la balanza estaba el millar de familias para las que la fábrica todavía constituía su medio de subsistencia. Muchos trabajadores, por lo tanto, se colocaron instintivamente contra los dos promotores de la revuelta antiamianto.

Pero Pesce y Ponderano, es decir la CGIL y el INCA, siguieron adelante con determinación y con esas pizcas de imaginación y fantasía necesarias para superar la resistencia de ciertas barreras. Decidieron, por ejemplo, que era necesario llevar sus protestas a Roma, a las puertas de la dirección general del INAIL. Y así, una noche, partieron en autobús con treinta y seis trabajadores de Eternit enfermos de asbestosis pulmonar para bloquear las entradas al Instituto Nacional para el Aseguramiento de Accidentes de Trabajo. Mostraban un gran cartel firmado por dos centenares de afectados por cuadros graves de insuficiencia respiratoria que no podían desplazarse.

Por la mañana, en Roma, llegaron para apoyarles incluso los líderes sindicales confederales y del INCA nacional, dispuestos a establecer una mediación con la dirección del INAIL. Pero los casaleses no quisieron entrar en razón: «Hemos hecho 600 kilómetros, hemos pasado las últimas horas de la noche aquí delante, hemos venido a hablar por nosotros mismos». En realidad, la incursión en Roma servía para dar relevancia a la verdadera batalla, la de los primeros ochenta casos de solicitud de indemnización por daños a la salud causados por el amianto de Eternit, una iniciativa que desató un gran interés entre la opinión pública de Monferrato, ya que si a aquellos primeros ochenta trabajadores se les daba la razón, se trataría del reconocimiento oficial de que aquel polvo maldito estaba matando a la gente. Y como en la fábrica de vía Oggero se había iniciado un rápido proceso de jubilación, el número de candidatos

potenciales a la enfermedad y a la indemnización aumentaba de mes en mes, contribuyendo a difundir la conciencia de ostentar ciertos derechos que hasta ese momento sólo habían sido asumidos por unos pocos que habían decidido alinearse con los dos sindicalistas. Y al poco tiempo llegó la clave para remover el miedo, la rabia y la sed de justicia en muchas otras víctimas potenciales del polvo mineral: un informe científico, esta vez llevado a cabo de acuerdo con todas las normas, solicitado por un tribunal de asuntos civiles –en el ámbito de una causa presentada en 1981–, para determinar la existencia de riesgos por amianto en varios departamentos de Eternit.

El informe fue realizado por el profesor Salvini, del Instituto de Medicina del Trabajo de la Universidad de Pavía, que sorprendió –de hecho, inicialmente decepcionó– a todos porque se presentó a las puertas de Eternit sin ningún tipo de maquinaria o equipo científico, tan sólo con una bolsa normal de la que sacó un cepillo ordinario. Una comitiva de directivos y delegados sindicales seguía la inspección dándose codazos, observando en un silencio lleno de perplejidad, mientras que pincel en mano se iba deteniendo aquí y allá por todos los departamentos, introduciendo las muestras de polvo en los correspondientes recipientes sobre los que inmediatamente escribía las coordenadas del punto de recogida. Para la ocasión, la fábrica había sido literalmente «lustrada» como se hace para una visita importante, hasta el punto que Pondrano, que asistía en calidad de representante de la CGIL, se quedó atónito y no podía reconocer los lugares donde había trabajado durante tanto tiempo.

Pero en esta ocasión la limpieza extraordinaria no fue suficiente para impedir que el muestreo proporcionara unos resultados aterradores. El informe final, en efecto, confirmó de manera dramática el fundamento de las quejas de los sindicalistas: la presencia de fibras de amianto en todos los departamentos alcanzaba tales valores que al profesor Salvini no le quedó más remedio que poner por escrito no sólo que existían factores de morbimortalidad ambiental, sino que también el nivel de peligrosidad era tal que le obligaba a transmitir los resultados de su investigación científica a la Procuraduría de la República, para que se procediese a la correspondiente determinación de las responsabilidades sobre la seguridad en los entor-

nos de trabajo en el interior de la factoría. Afirmaciones muy reflexionadas, que dieron alas al cada vez más nutrido frente de «revoltosos», que al poco tiempo lograron un segundo e importante resultado: la victoria, tras un fallo de la Corte de Casación, en la primera causa por resarcimiento de daños ocasionados por exposición al amianto de Eternit. Un triunfo de sus razones que de inmediato hizo hincapié en la organización de una primera e importante conferencia sobre estas cuestiones, promovida por el INCA y la Cámara del Trabajo.

Era 1984 y todo Casale Monferrato se dio de bruces contra una realidad, que hasta ahora sólo se sospechaba, se temía y se susurraba, construida sobre la asbestosis, la silicosis pulmonar, las bronconeumopatías por silicatos y, especialmente, sobre el mesotelioma pleural. Es más, otro estudio fue aún más allá y ofreció a los casaleses un mapa detallado de los vientos y los efectos que éstos producían trasladando el polvo a su paso por las calles de la ciudad. Demostró que en algunas calles del centro, por ejemplo en vía Roma, se creaba una especie de canalización del aire y, en consecuencia, del flujo de la nube blanca liberada por la vecina fábrica. Y, casualmente, en vía Roma habían vivido siete personas que murieron de aquel maldito tumor. Ese estudio tuvo en especial consideración el proceso de fragmentación de manufacturas de amianto, provenientes de la factoría napolitana de Bagnoli, que Eternit desarrollaba a cielo abierto en el patio de la fábrica, para poder reciclar aquel material. Y como las concentraciones más elevadas de polvo también se detectaban en las calles recorridas regularmente por los vehículos que, sin ningún tipo de protección, transportaban esos materiales fragmentados. La primera conquista sería del movimiento antiamianto fue el cubrimiento de aquellos camiones que durante décadas se habían paseado dispersando nubes blancas y mortales hasta los tejados de las casas que bordeaban su recorrido.

Comenzaron a llover sobre Casale informaciones, noticias, documentos esclarecedores: desde el libro editado en Suiza *La fibra que mata*, hasta los textos científicos de investigadores como Irving Selikoff que en ese momento eran los más adelantados en el mundo en materia de amianto y que ya habían determinado claramente que

aquella fibra era letal para la salud humana. En suma, ahora no bastaba con repasar con una mirada diferente el pasado reciente de muchas familias, el final de tantas vidas, a partir de la de Luigi Poletti, fallecido en 1978, el primero que se relacionó con el mesotelioma pleural y no genéricamente con un tumor pulmonar como había venido ocurriendo durante tanto tiempo. Ya no se limitaban simplemente a decir que «el polvo enferma». En esa época, en la ciudad se tenía cada vez más claro que «el polvo mata». En resumen, ya no se trataba de la lana de salamandra, el amianto ya se había revelado como un veneno.

Los buzos y los fantasmas

Si antes constituía un velado e inconfesable temor que anidaba en el pensamiento de tantos trabajadores de Eternit, desde ese momento se convirtió en el terror más presente en sus vidas. Poco a poco los obreros, así como el resto de empleados y ejecutivos, descubrieron cuántos gestos cotidianos y lugares habían devenido peligrosos, dentro y fuera de esa fábrica. Aprendieron incluso que el uso de aire comprimido para realizar la limpieza a fondo en las instalaciones comportaba unos tremendos riesgos, porque en realidad las partículas letales para sus pulmones se dispersaban aún más, flotando en el ambiente durante días y días antes de depositarse en el suelo. Una fibra de amianto liberada a un metro de altura, de hecho, puede tardar hasta 24 horas en tocar el suelo. Así alguno, más asustado y menos fatalista que otros, corrió a protegerse como pudo y como le sugirió su fantasía. El más famoso de todos, precisamente por esa manía de protegerse del polvo que lo rodeaba cada día en el trabajo, era Evasio Coppo, un obrero de Eternit que inventó y construyó un sistema, tan ingenioso como rudimentario y burdo, para aislarse del ambiente circundante: además de llevar constantemente una máscara que le cubría boca y nariz, trabajaba con bolsas de plástico bloqueadas con elásticos que se cerraban herméticamente (por lo menos, él así lo creía) en mangas, cuello y parte inferior de los pantalones. Pondrano, del que era muy amigo, le dijo en broma que parecía «un buzo» y él contestó, sin dejar de sonreír, que se había casado tarde, que tenía un niño pequeño y que quería protegerse para verlo crecer.

Desgraciadamente, su meticulosa prudencia se reveló inútil: Evasio Coppo murió joven a causa de mesotelioma pleural. Había descubierto que estaba enfermo después de una caída casual en bicicleta: el dolor persistente en su costado no era consecuencia del batacazo de la caída, sino del cáncer que se hacía presente.

Otro trabajador destinado a permanecer imborrable en la memoria de los compañeros y los sindicalistas que participaron en la lucha contra el amianto era Giovanni Demicheli, uno de los más involucrados en las protestas y en cualquier iniciativa desarrollada para conseguir más protección y que no dudó en formar parte de aquel primer grupo de ochenta que presentó una demanda para obtener una indemnización por daños. En 1983 se sintió enfermo –la última etapa de la asbestosis– y su estado se deterioró rápidamente. Incluso durante su dolorosa enfermedad se comportó como en los días de lucha en la fábrica: «Quiero ir a declarar», insistía a quien lo visitaba y le informaba de las novedades del proceso. Y, en efecto, su entrada en camilla en la sala del juzgado fue un momento muy dramático en aquel juicio. Su testimonio, más allá de lo que dijo ese día, dejó una profunda huella en Casale. También porque era la última cosa que Demicheli había logrado hacer en este mundo: murió cinco días después. Por asfixia.

Pero fuera del círculo de trabajadores y de sus familias, para la sociedad civil de Casale todavía era difícil de acoger como del todo cierta aquella hipótesis demasiado inquietante para ser aceptada: la idea de que incluso corría peligro la vida de aquellos que jamás habían puesto un pie en el interior de Eternit. Contribuyó a agitar las conciencias la muerte de un profesor de escuela primaria, el maestro Bertolotti, uno de los primeros afectados por mesotelioma pleural a pesar de no haber tenido ninguna relación con la fábrica de amianto-cemento. Pero hacer oídos sordos a la realidad era también consecuencia, por otra parte aterradorizante, de saberse rodeado de aquella fibra asesina. El uso de productos de Eternit estaba muy extendido en todo el mundo, aún más en Casale, donde muchos se habían beneficiado del material desechado que la empresa generosamente ponía a disposición de todos los ciudadanos. Ahora, algunas personas comenzaron a darse cuenta de que estos regalos eran

el caballo de Troya que acarrea el peligro de muerte al interior de los muros de sus casas, a sus techos, a las aceras, a los jardines que constituían el marco de la vida cotidiana de sus seres queridos. Nicola Ponderano nunca olvidará a los amigos que, a sabiendas de que ahora estaba dedicado a tiempo completo en la lucha contra la fibra asesina, le invitaban a sus casas ensalzando las virtudes y las ventajas prácticas de su cubierta y sus jardineras de eternit⁸. También porque en ese preciso momento aquella familia tenía un hijo ingresado en el hospital a causa de un agravamiento por un mesotelioma.

Pero poco a poco, lamentablemente, también la ciudadanía no obrera descubrió estar contaminada por el polvo de Eternit. No había un bloque de edificios en el que no viviera un paciente con cáncer, eran muy pocas las familias que no tenían un pariente en el hospital y no había médico que no tuviera que realizar de vez en cuando este terrible diagnóstico. Desde el momento en que, por desgracia, se vieron confirmados progresivamente sus temores, el sindicato se ofreció a los trabajadores y a sus familias como punto de referencia sanitaria. A partir de 1978 el patronato INCA-CGIL de Casale Monferrato contaba con la participación de una joven licenciada en Medicina, Daniela Degiovanni, quien atendió, uno tras otro, a prácticamente todos los trabajadores de la fábrica de amianto-cemento, primero como médico del patronato, posteriormente como oncóloga hospitalaria: hombres y mujeres con treinta o cuarenta años de trabajo a sus espaldas y con los pulmones jóvenes y ya maltrechos de los que sufrían de asbestosis o silicosis. En resumen, había mucho que hacer y, joven y apasionada como era, la doctora Degiovanni se sintió inmediatamente comprometida en esa actividad. Y el encuentro con Nicola Ponderano y Bruno Pesce no hizo más que acelerar el proceso emocional que hizo que la cuestión del amianto y de Eternit se convirtiera en el tema central de su vida profesional.

Sin embargo, el punto de partida para un médico sin experiencia y con ansias de desarrollar un verdadero servicio para sus pacientes

////////////////////////////////////

⁸ Denominación comercial del producto manufacturado, equivalente al término «uralita» en España.

era más bien desolador: en aquel periodo el INAIL era todavía un organismo impenetrable, ciego y sordo a las solicitudes o indicaciones del patronato. No se reconocía prácticamente nada y los cuadros de enfermedades profesionales estaban tan restringidos que no comprendían ni el mesotelioma pleural ni el cáncer de pulmón. Pero incluso los médicos de cabecera y de los hospitales de la zona, acostumbrados a enfrentarse a pacientes con estos síntomas recurrentes, eran desconocedores de la existencia de enfermedades de origen laboral de este tipo. En el diagnóstico de hospitalización o de baja se reflejaba, como mucho, una «bronquitis crónica mal curada».

La amargura por este cuadro clínico, a los ojos de Daniela Degiovanni, que tenía un gran deseo de hacer lo que fuera necesario, de aplicar su formación científica y su entusiasmo juvenil para modificar esa realidad, para revertir la injusticia, explotó cuando en 1982 puso por primera vez sus pies en la fábrica que desde hacía cuatro años era la fuente de su trabajo diario y el motivo de sufrimiento de tantos trabajadores que pasaban por su consulta. La ocasión para franquear aquellas verjas inviolables fue una investigación periodística y el espectáculo que se desplegó ante los ojos de la joven médico fue realmente desolador: el polvo estaba diseminado por todas partes; «lo sentías encima», recuerda todavía. Obreros que no sólo respiraban sino que incluso lo comían junto a sus bocadillos que, si eran llamados por cualquier motivo por un superior, eran depositados en algún rincón para luego ser recogidos con las manos y llevados a la boca, ya cubiertos de una fina capa de polvo.

Daniela quedó impactada por cuanto vio allí dentro y comprendió que era indispensable intentar superar el muro del INAIL para proporcionar a aquellos obreros al menos el reconocimiento de las enfermedades profesionales a las que se veían brutalmente expuestos. Comenzó una batalla médico-legal sin tregua, llegando a numerosos enfrentamientos que dieron lugar a litigios judiciales. Y cuando, en el plazo de sólo dos meses, se les negó a tres trabajadores con mesotelioma el reconocimiento de enfermedad profesional, la combativa doctora creyó que era demasiado, que había llegado el tiempo de romper con tanta demora y que había que pasar

a utilizar «armas no convencionales». Sabiendo que incluso dentro del INAIL algo empezaba a resquebrajarse —el comité que había rechazado las tres demandas no se manifestó de manera unánime—, pensó que antes de iniciar los procesos judiciales se debía hacer pública aquella situación para tratar de remover un poco las aguas. En 1987, ella misma escribió a varios periódicos, de l'Unità a Il Manifesto, de La Repubblica a La Stampa, relatando cuanto había visto, cómo vivían y morían aquellos obreros y la injusticia que suponía la denegación del derecho a recibir una indemnización económica por los daños irreparables para su salud. Y en efecto, en el INAIL saltaron las alarmas: por primera vez la dirección general decidió contactar con el INCA y con la doctora Degiovanni. Había caído un muro: la doctora continuó su acción integrando las prácticas con todos los informes de las pruebas realizadas en los pulmones devastados. En los tres casos se constató la presencia de fibras de amianto y, sobre todo, el nexo de causalidad con el mesotelioma. Un punto de inflexión histórico para los trabajadores afectados por el polvo de amianto, ya que desde aquel momento el INAIL no volvió a rechazar a priori un reconocimiento de esas enfermedades profesionales e, incluso, amplió el obsoleto listado de las mismas.

La revuelta de Liliput

Ahora los diques habían saltado por los aires; el muro de silencio y de miedo al coloso que había proporcionado el trabajo, el bienestar e incluso el prestigio en Casale se estaba resquebrajando. Quedaba meridianamente claro que la fábrica no había llegado para hacer beneficencia y que si algo habían hecho los casaleses era contribuir con su trabajo para hacer ganar «un buen beneficio» a los propietarios. A lo que había que añadir que en los últimos años habían reducido el número de empleados, y se habían incrementado las horas en los expedientes de regulación de empleo, lo que era una señal inequívoca del progresivo desinterés empresarial por aquella vieja factoría italiana. Ya se había interrumpido definitivamente el flujo continuo de empleados de Italia hacia la casa madre de Niederurnen u otras plantas en el mundo, pero continuaban, por necesidades de organización de personal, desplazándolos hacia el establecimiento

de Cavagnolo Saca, en la provincia de Turín, otra sede piamontesa de Eternit que desde 1982 quedó bajo el control de los administradores que gestionaban el complejo de Casale.

En 1983, la plantilla de la fábrica de vía Oggero se reducía a 500 veteranos, pero aunque la producción continuara disminuyendo, aquello seguía siendo su trabajo, su fuente de subsistencia. Así que, aunque ya se hablaba abiertamente en cada esquina de Casale de la amenaza mortal del polvo blanco, el tema del cierre de Eternit seguía siendo un tabú. Incluso en el interno del sindicato el debate persistía, en ocasiones de forma muy tormentosa. Pero a pesar de todo, Bruno Pesce no dudó en situar a la CGIL de Casale Monferrato a favor de la reconversión y, por tanto, del cierre de la que entonces era una fábrica más peligrosa que útil; ya no se trataba del lugar donde se ofrecían las oportunidades de una vida mejor a muchas familias, sino de un lugar de muerte.

A pesar de lo embarazoso de la situación, Pesce y la CGIL coincidían de forma involuntaria con Eternit quien consideraba que, tras casi un siglo de explotación a pleno rendimiento de la fábrica, había llegado el momento de deshacerse de ella. A petición de las empresas involucradas, en junio de 1986 el tribunal de Génova declaró la quiebra de la rama de aquello que en el pasado se había convertido en un imperio industrial helvético y belga. Pero el verdadero final no había llegado todavía porque inmediatamente después de la orden judicial la filial francesa del grupo se ofreció a reabrir la fábrica, mediante un contrato de arrendamiento, y a reiniciar la producción de losas de fibrocemento. Entonces todavía quedaban 350 desempleados y los sindicatos del sector aceptaron la solicitud de Eternit Francia para negociar las condiciones de trabajo, poniendo toda la atención en todas las medidas posibles para protegerse del polvo. Sin embargo, la Cámara del Trabajo de Casale reiteró su negativa: la producción sólo podría reanudarse utilizando materiales que no contuvieran amianto.

Mientras tanto, el impulso de la demanda popular por la seguridad del medio ambiente y la salud siguió aumentando, incluso en la ciudad. Fuera de la fábrica surgieron comités, una sección de

Legambiente⁹, asociaciones y grupos de ciudadanos que exigieron la intervención de las autoridades sanitarias para comenzar la recuperación de los suelos, que por entonces se consideraban envenenados durante un siglo de polvo.

Incluso si Eternit decidía cerrar, todavía quedaba alguien dispuesto a reabrirla. Pero la losa llegó un año después, el 2 de diciembre de 1987, con una ordenanza del alcalde de Casale Monferrato, Ricardo Coppo, que por primera vez en Europa sancionaba «la prohibición, con efecto inmediato, de la utilización de losas de cemento-amianto y otros artículos de amianto en las construcciones de cualquier tipo en el municipio; la prohibición de la utilización para cualquier uso de los materiales, así como de residuos de procesos de producción, que contengan fibras de amianto; que en caso de retirada y eliminación de materiales que contengan fibras de amianto las empresas ejecutoras de la obra deberán atenerse a las prescripciones técnico-sanitarias que hayan sido dispuestas por la autoridad competente».

Tres disposiciones claras, revolucionarias, sacrosantas, que dictaban la última palabra sobre cualquier posible actividad de Eternit en Casale Monferrato. Se iniciaba una nueva fase: después de ochenta y un años de daños, era hora de poner manos a la obra y de intentar recuperar unas condiciones de normalidad. Una ciudad entera reclamaba seguridad, pero también justicia y verdad. Y continuaban produciéndose nuevas muertes a las que llorar.

////////////////////////////////////
⁹ Organización ecologista italiana.

Después

3. La ciudad

En Casale Monferrato, el nuevo siglo comienza cuando aún no ha terminado el viejo milenio. Comienza el 16 de febrero de 1989 en la sala atestada de gente del cine Politeama, donde se ha organizado una reunión con el título, ingenuo pero elocuente, de «No al amianto». Aquí se encuentran los sindicalistas locales y los familiares de las víctimas, los primeros que han decidido convertirse en vanguardia de una batalla que a otros les parece imposible; y en los manifiestos, además, están escritos los nombres de los dirigentes sindicales locales, regionales y nacionales que la CGIL y el INCA han querido implicar, junto a científicos y médicos, en una iniciativa que supondrá un giro en la manera de afrontar el tema del amianto en Italia, tal y como quedará demostrado en la siguiente década. La reunión se clausura por el secretario confederal de la CGIL, Fausto Vigevani, que con sus palabras lanza un mensaje político que hasta ese momento no se daba por descontado: el sindicato italiano, de hecho, apoya plenamente las propuestas de «esta pequeña Cámara del Trabajo», dice Vigevani, y la CGIL, la CISL y la UIL se comprometen a organizar una plataforma nacional por la prohibición del amianto de nuestro país, así como a proteger a los trabajadores expuestos. Efectivamente, en agosto de 1989, los tres sindicatos nacionales presentan esta petición al Gobierno.

En suma, desde el 16 de febrero de 1989, algo muy importante ha cambiado en la actitud del sindicato y en la cultura de una ciudad entera, Casale, que ya se ha dado cuenta de que el mesotelioma no se limita a herir y matar a los obreros de Eternit, sino que también provoca estragos lejos de los muros de la fábrica y afecta a ciudadanos que nunca se acercaron por vía Oggero.

Basta. No más polvo arrojado al aire desde todos los rincones de la fábrica, desde el almacén, por la descarga de materiales defectuosos. Eternit ya no está. Lleva cerrada tres años, quebró y no volverá a abrir, porque nadie la quiere y porque sus mismos dueños no sabrían qué hacer con una fábrica que sólo puede producir esos «buenos» productos elaborados con amianto, que se vendían tan bien en los mercados internacionales. Pero el juego ha terminado,

las reglas se han roto. O, mejor, se ha extendido la sospecha de que alguien ha hecho trampas. Ahora en Casale es tiempo de balance, incluida la triste cuenta de muertos y enfermos, es tiempo de reacción, de respuestas, de «hacer algo» para evitar que la estela de lutos prosiga y que la enfermedad entre en más casas y destruya otras familias. Pero también es hora de «hacer algo» porque «no es justo», porque «alguno debe pagar», debe responder por un desastre aún por valorar, porque «se debe hacer justicia». El riachuelo que en un principio sólo se alimentaba de las solitarias energías de Bruno Pesce, Nicola Pondrano, Romana Blasotti y pocos más, ahora se ha convertido en un torrente arrollador, impulsado por la rabia y el dolor de toda una ciudad.

Existe también un miedo nuevo, en una situación irreal, dominada por la frustración de generaciones enteras crecidas en el escenario del polvo, con los ritmos marcados por los turnos de la fábrica, y que ahora se descubren huérfanos y viudas de Eternit, por culpa de Eternit. La ciudad, en suma, tiene que pasar cuentas con una tragedia cuya dimensión real no ha terminado de descubrir. Nadie podría decir cuántos han perdido la vida por culpa del amianto, pero, sin duda, sus implicaciones científicas y médicas son ya de dominio público. Y revelan una verdad que resulta aún más terrorífica.

Ahora, menos quien no quiere enterarse, en todo Casale se sabe bien cómo se forman estos malditos tumores en los pulmones. Las fibras del amianto inhaladas –tanto por los trabajadores de Eternit como por los ciudadanos que se encuentran en contacto con este material omnipresente e indestructible– se depositan en los pulmones y con el tiempo, a través del drenaje linfático del propio pulmón, alcanzan la pleura. El tiempo que tardan en llegar depende del tipo de fibra: cuanto más helicoidal y apuntada sea la forma de estas partículas filamentosas, más rápido será su movimiento dentro del aparato respiratorio, donde terminan provocando daños mortales.

Los primeros síntomas de que se está formando un mesotelioma son tan sutiles como el polvo que los ha provocado, por lo que resulta prácticamente imposible descubrirlo a tiempo. Al principio sólo se siente un ligero dolor en el tórax o, lo que es más habitual, se respi-

ra con dificultad. Cuando las molestias llegan al punto de tener que ir al médico y, por lo tanto, de realizar una radiografía, se advierten por fin las irregularidades en la pleura. Pero a estas alturas, cuando los síntomas se han manifestado con tanta evidencia, la enfermedad ya se encuentra en fase avanzada: el cáncer ha trabajado durante años y resulta muy complicado enfrentarse quirúrgicamente a una formación fibrosa muy compacta. Así, la neoplasia crece casi sin freno hasta que provoca una insuficiencia respiratoria, el deterioro progresivo de los pulmones, de los órganos intratorácicos e intestinales, hasta causar la muerte. Porque si un ser humano no puede respirar, se muere.

Desde que se manifiestan las primeras molestias graves hasta la muerte transcurre un año. Es una secuencia inexorable por la que han pasado cientos de antiguos trabajadores de Eternit y ciudadanos de Casale. Es un tumor, por lo tanto, particularmente canalla: tarda en manifestarse, pero mata con rapidez. No necesita extenderse mucho para provocar la muerte del paciente, señalan los médicos; no se aprecian diferencias en el crecimiento o en la salud entre quien ha estado expuesto al amianto y quien no, ni entre jóvenes y ancianos. Y, por este largo período de incubación, resulta previsible que la masacre no haya terminado en absoluto y que lo peor esté aún por llegar. Las estadísticas epidemiológicas europeas indican que la curva del mesotelioma por amianto no empezará a descender hasta el año 2020; y no sucederá únicamente en Casale Monferrato —donde las salas de oncología están siempre atestadas—, sino en todos los países del mundo, en los cuales, mientras tanto, el amianto ha sido prohibido, pero sólo después de que haya arrojado sus fibras asesinas al aire y a los pulmones de la gente.

Veneno por ley

Esta dolorosa conciencia es lo que aglutina nuevas fuerzas en torno al núcleo duro del frente contra el amianto de Casale. El eje compuesto por la Cámara del Trabajo, el INCA y la Asociación de Familiares de las Víctimas, mientras tanto, se va reforzando con el esfuerzo de otras asociaciones y de un creciente número de ecologistas, médicos, políticos y miembros de la Administración pública

que, aunque entonces no lo sabían, contribuirán a mantener viva la llama de una batalla destinada a prolongarse durante años. De la unión de las fuerzas desplegadas en esta batalla surge el Comité Conflicto del Amianto, cuya coordinación se confía a Bruno Pesce cuando se jubila, en el año 1995, y delega la dirección de la Cámara del Trabajo en Adriano Marchegiani.

La iniciativa que, de todas maneras, siguen enarbolando Pesce y Ponderano se desarrolla –con objetivos ambiciosos– en distintos frentes. La primera meta es conseguir la completa prohibición de la producción y del empleo de productos que contengan amianto. Al mismo tiempo, sin embargo, hay que prevenir, porque en Casale hay muchos antiguos trabajadores de Eternit y muchos ciudadanos conscientes de que ya han respirado este polvo nefasto. Son personas que viven con el miedo de sentir un día, de repente, un pequeño dolor en la espalda, el primer síntoma de una muerte inminente. Y, sobre todo, resulta necesario ofrecer compensaciones sociales, es decir, una pensión adecuada, a los trabajadores de la empresa asesina en función del tiempo que han estado expuestos al amianto. En tercer lugar, teniendo en cuenta el considerable envenenamiento de buena parte del territorio, es igual de urgente elaborar un plan de saneamiento y ayuda para los lugares más contaminados; y, de forma progresiva, para todos los edificios –desde asilos a hospitales– cuyas estructuras contengan este fibrocemento, tan utilizado durante casi un siglo en Casale. Por último, hay que definir un horizonte nuevo en la estrategia sanitaria. Si es aquí donde se está extendiendo, lenta pero inexorablemente, la epidemia del mesotelioma –dicen los sindicalistas y los familiares de las víctimas–, entonces es conveniente que sea justo aquí, en Casale Monferrato, donde se constituya un centro de observación e investigación oncológica de alcance nacional.

En realidad, un «observatorio sobre tumores» ya existe en el Piamonte; pero se trata de una iniciativa de un magistrado de Turín, Raffaele Guariniello, que, a raíz de sus frecuentes investigaciones relacionadas con temas de salud en ambientes laborales, tuvo la intuición de basarlas en un control más exhaustivo y constante de algunas patologías presentes en el territorio.

Más allá de esto, algunos años después, el nombre de Guariniello reapareció con fuerza en el centro de la batalla de los casaleses contra el amianto. Es en esta etapa cuando, además de la CGIL, el INCA y la FILLEA (la federación sindical de la construcción) —que desde las organizaciones generales no han escatimado esfuerzos en apoyar la batalla conducida por los sindicalistas casaleses, incluso a pesar de algunos momentos delicados, como el de la no reapertura de Eternit—, se suman los políticos, aunque sólo de la izquierda, que se acercan al grupo que desde Monferrato realiza propuestas concretas y advierte a todo el país sobre una cuestión aterradora. Porque el amianto no está sólo en Casale, sino por toda Italia, por toda Europa, por no hablar de otros continentes donde se continúa extrayendo a costa de un sinfín de vidas humanas.

El apoyo político resulta fundamental en este momento, cuando Pesce y Pondrano pisan el acelerador para conseguir que la Seguridad Social reconozca los años de exposición al amianto para los trabajadores de Eternit. Entre finales de la década de los años ochenta y principios de los noventa, se pierde la cuenta de los viajes a Roma para protestar. El guión se repite con una regularidad obsesiva:

—Habría que organizar otra buena sentada en Roma —dice Bruno Pesce con su perenne aspecto angelical, que, en realidad, es sobre todo apariencia.

—¿Otra vez? —responde desesperado Giampaolo Bernardi, delegado sindical desde que trabajaba en la fábrica y que aún sigue siendo una referencia para los antiguos compañeros.

Cada vez que desde la Cámara del Trabajo llega la petición de organizar los autobuses para la capital, le toca a él y a otros veteranos contactar uno por uno con todos los compañeros y convocar una asamblea para explicar la situación de una batalla que parece estancada. Después, como poco, una docena de veces en menos de dos años, hacia las diez de la noche se organiza una pequeña caravana de coches hacia Alessandria, donde se coge el tren nocturno para Roma.

A la mañana siguiente se repite de nuevo el tour capitolino: Ministerio de Trabajo, Montecitorio (la Cámara), el Palazzo Madama (el Senado), el Palazzo Chigi... enarbolando pancartas y carteles en los que se muestran, siempre al día, las cifras del «caso Eternit»: el número de desempleados, de enfermos, de muertos. De protesta en protesta, el número de manifestantes va creciendo. En ayuda de los casaleses, además de parlamentarios y sindicalistas nacionales, llegan también trabajadores de otras zonas y fábricas en las que la producción con amianto ha sembrado su cosecha de muerte: desde Cerdeña, Bagnoli, Mondovì y Cuneo, desde Balangero. Esta batalla también les interesa. Es más, luego se descubrió que afectaba a un número extraordinario de ciudadanos italianos, tal y como demostraron con el tiempo las cientos de miles de demandas presentadas para conseguir una indemnización por la exposición al amianto.

En Roma, en nombre de la Fililea CGIL nacional, es Romeo Lazzaroni quien se ocupa de la organización logística de las iniciativas. Y, sabiendo bien que el simple coste del viaje ya supone un sacrificio para una pequeña Cámara del Trabajo, en todas las ocasiones se preocupa de que a los manifestantes no les falte una comida, que vaya si es apreciada. Todo se repetía una y otra vez, parecía que no había salida, a pesar de que desde los palacios de la política llegaban señales cada vez más alentadoras. Pero la tenacidad de los casaleses y el compromiso de la CGIL, la CISL y la UIL nacionales al final se vieron recompensados: en Italia se prohíbe el amianto en 1992 y el INPS (Instituto Nacional de Previsión) tiene que aceptar las demandas de jubilación de los antiguos trabajadores de Eternit, reconociéndoles un 50 por ciento más en la contribución a la Seguridad Social por los períodos en los que han trabajado expuestos al riesgo del amianto.

¿Alegría, fiesta, satisfacción? No, porque un nuevo imprevisto aleja la meta: una de las últimas bombas del presidente de la República, Francesco Cossiga, cae como un jarro de agua fría. No firma en seguida la ley con la excusa de que falta cobertura financiera. Es una noticia que provoca una gran decepción en Casale. Pero es martes, día de mercado, aún no han terminado los reproches contra el pre-

sidente cuando la Cámara del Trabajo ya ha propuesto coger los megáfonos y bajar a los puestos de piazza Castello para recoger firmas por la inmediata implementación de la nueva ley. En pocos minutos se recogen cientos de firmas.

Comienzan de nuevo las peregrinaciones a Roma, hasta que el 27 de marzo de 1992 se pone en marcha la nueva ley a todos los efectos. Ya sólo hay que esperar un año para resolver los detalles administrativos. Paradójicamente, a pesar de su justo derecho, los primeros trabajadores en beneficiarse son los de la cantera de Balangero, los más escépticos y menos colaboradores. Casale Monferrato aún tiene que esperar hasta el 1 de julio de 1993 para ver los primeros resultados.

Es un momento fundamental, ya que es la primera victoria tangible que llega a casa desde que había comenzado la lucha contra el coloso industrial, contra el vacío legal italiano y contra el escepticismo que reinaba entre los propios casaleses masacrados por el polvo asesino. Y es también la justa recompensa a la acción comenzada en 1981, con la fábrica aún abierta, cuando los dos sindicalistas impulsores de la batalla civil persiguieron y convencieron, uno por uno, a 88 trabajadores para que renunciaran a la indemnización de Eternit y emprendieran el camino legal con el objetivo de que el INAIL, después de la sentencia del Supremo de 1987, reconociera la *rendita di passaggio* (una prestación que se otorga a los enfermos de silicosis o asbestosis con una incapacidad inferior al 80 por ciento). Sin embargo, en realidad, conllevaba mucho más este texto de ley, un tanto ilegible. Conllevaba la prohibición definitiva del amianto en Italia. Después de que, cinco años antes, el alcalde de Casale estableciera de facto que en su territorio no podía utilizarse la fibra asesina, ahora una ley de la República Italiana lo sancionaba, negro sobre blanco. Un pulso, una campaña lanzada con el simple objetivo de que fueran reconocidos unos derechos sindicales, se había propagado mucho más allá de su frontera original para convertirse en el frente más adelantado de la lucha por la salud en los centros de trabajo, así como de la salud medioambiental en relación con la contaminación por amianto. Porque ahora casi nadie dudaba ya de su peligrosidad. Y, luego, llegó aquella ley del Estado a establecer-

lo definitivamente. La Ley 257 de 1992, efectivamente, prohíbe todos los productos que contienen amianto y veda su extracción, importación, comercialización y su fabricación.

Es más, también establecía un programa de cese productivo, que debía haber concluido el 28 de abril de 1994 como plazo máximo; aunque, lamentablemente, no fue respetado y se quedó en un gesto simbólico. Sin embargo, la misma ley regulaba el proceso de cese, definiendo incluso los criterios de financiación para las empresas interesadas en la reconversión productiva, así como las ayudas sociales para los trabajadores del sector. Y, además, también contemplaba disposiciones específicas para el control de las empresas involucradas en la elaboración, mantenimiento, saneamiento y eliminación del amianto, incluido un registro especial en el que deben inscribirse todos los que quieren trabajar en el proceso de la eliminación del amianto.

La Ley 257 también presta atención prioritaria al problema del amianto en las estructuras de los edificios, definiendo como situaciones de mayor riesgo aquellas en las que el amianto se encuentra suelto o ligado en matriz friable. Los propietarios de los inmuebles tienen la obligación de notificar a la USL (Unità Sanitaria Locale) la presencia de amianto en matriz friable, y, si lo consideran oportuno, las regiones tienen el poder de solicitar la retirada de esos materiales con los gastos a cargo de los propietarios.

Aún hay más cuestiones en este texto, pues también contempla, finalmente, una ordenanza del Ministerio de Sanidad de 1986 que, con retraso, recogía una directiva europea referente a las primeras limitaciones a la admisión y al empleo de crocidolita, es decir, de una clase de amianto muy empleado en los puestos de trabajo industriales de Italia. Ahora, aunque sea algo tarde, se toman en consideración toda la gama de problemas que provocan estas fibras minerales cancerígenas, desde la salud de los trabajadores hasta la protección del medio ambiente. Ya era hora.

Pero, al mismo tiempo, se produjo también cierta amargura, puesto que los representantes de las comisiones parlamentarias, antes de la

aprobación del texto definitivo, sugirieron sin ambages que se debía renunciar a la creación de un fondo nacional para las víctimas del amianto. De lo contrario –dicen– ¡quién sabe cuándo podremos votar esta ley!

Es una verdadera lástima, porque se trata de una ayuda que los casaleses consideran fundamental, sobre todo, para los ciudadanos que han enfermado por causas ajenas al trabajo y que, por lo tanto, no pueden acceder a las ayudas del INAIL. De todas maneras, para Pesce, Pondrano y los demás estandartes del creciente movimiento contra el amianto de Casale es una señal positiva y estimulante. Mientras tanto, a la par de su protesta, se lanzan otras desde otras localidades de Italia donde el polvo ha causado estragos: Monfalcone, Bagnoli, La Spezia, Taranto, Broni y muchos otros lugares donde se ha trabajado con la fibra asesina y que ahora están pagando una factura mortal.

Los huérfanos de la justicia

En Casale ya se habían establecido las condiciones para proseguir la batalla y plantearse objetivos más ambiciosos, inimaginables pocos años atrás. En este momento es la propia ley la que establece que ellos –obreros, sindicalistas, mujeres, hijos– tenían razón cuando decían que esa «porquería» era puro veneno, que hacía daño, que mataba a su gente. Sin embargo, en ocasiones, no es suficiente con que haya sido dada la razón, porque en Casale se sigue muriendo por el amianto, cada vez hay más personas enfermas y sigue creciendo la lista de los mesoteliomas diagnosticados por los médicos: porque la fábrica, aunque parada, sigue ahí con su cargamento letal; porque cada rincón de la ciudad y de cada casa está empapado de esa fibra mortal que los directivos de la fábrica ofrecían de regalo a los casaleses, dejando a su disposición en un depósito al descubierto los productos defectuosos y rotos, así como los sacos de cemento de amianto, que luego se emplearon para reforzar techos, aceras, escaleras, muros y un largo etcétera desde los campos cultivados a las casas de la ciudad. En suma, ¿quién se ocupará, ahora, de hacer justicia a los muertos? ¿Cómo se conseguirá limpiar del territorio este mineral que acecha por doquier? ¿Quién curará, y con qué

medios, a todos los nuevos enfermos que, mes a mes, se suman a esta lista que no para de crecer de los «tumores de Casale»?

Desde hacía algún tiempo, los sindicalistas que aglutinaban el pequeño, pero cada vez más numeroso, movimiento ciudadano contra el amianto contaban también con la ayuda de algunos abogados, dado que era evidente que la problemática legal iba a ser un eje fundamental de cualquier iniciativa. La primera en ofrecer su ayuda fue Bianca Guidetti Serra, una abogada de Turín que, desde hace tiempo, combina su profesión con el compromiso civil y político. Con la fuerza heredada de su experiencia partisana, no tarda en presentarse voluntaria cuando se trata de defender a sindicalistas y trabajadores de acusaciones «de calle», es decir, de lo que queda tras una manifestación. Y siguió con este contencioso durante mucho tiempo, hasta los procesos contra la empresa.

Luego llega el abogado Sergio Bonetto. Además de la experiencia forense, este abogado, con perilla y el acento característico de Turín, también trae consigo un pasado de estrecha colaboración con la CGIL, siempre por asistencia legal, y un traumático encuentro previo con el amianto.

—Era el 1 de mayo de 1980 —recuerda con una mirada que nos lleva al pasado— y fui a Balangero, donde había una cantera de amianto, para asistir al mitin de la CGIL. En la plaza no había nadie escuchando, porque estaban disgustados con la CGIL, que había pedido el cierre de la mina.

Son tiempos difíciles, en los que el director de la mina se toma la molestia de mostrar, orgulloso, al abogado y los sindicalistas el museo del amianto que ha querido levantar en ese lugar donde la tierra muestra una herida abismal.

—No es verdad que el amianto haga daño —dice el responsable de la cantera. Lo dice sonriendo, porque aún no sabe que dentro de un año también él habrá muerto de un mesotelioma pléurico y ni se le pasa por la cabeza que su familia se encontrará entre las que piden una compensación por daños a la empresa.

El comando de abogados que acompañan al grupo de Casale, con el tiempo, va en aumento. Del despacho de Guidetti Serra llega el apoyo de la abogada Anna Fussari y del de Bonetto viene Bruno Lasagno; de Alessandria se presenta el abogado Oberdan Forlenza y de Génova, Paolo Pissarello. Ninguno de ellos ha pasado nunca una factura.

Efectivamente, era más que necesario contar con abogados en Casale Monferrato y alrededores, porque hay que resolver en las salas de la justicia un problema que ya va más allá de lo sindical, pero que aún no se ha convertido en una cuestión totalmente política. Algunas leyes regulaban el peligro del trabajo en situaciones de exposición al polvo y a porquerías varias, pero no a la utilización de esa maldita fibra mineral. Fue precisamente sobre la base de esas leyes cuando en 1993 se dictó una primera sentencia de reconocimiento judicial, casi al mismo tiempo que la legislación sobre el amianto. Pero hubo que esperar hasta 1997 para que el Tribunal Supremo confirmase la condena a seis dirigentes de la rama italiana de Eternit, aunque fue por una sola muerte y con penas muy leves.

El tribunal de Casale Monferrato ya había admitido la responsabilidad de los directivos por homicidio culposo de los trabajadores de la fábrica y, en particular, por la «ausencia o insuficiente o tardía adopción de soluciones técnicas apropiadas para la reducción, aspiración y contención del polvo de amianto presente en todos los departamentos del establecimiento, lo que había originado las enfermedades del amianto»; así como la responsabilidad, de relevancia penal, de «no haber informado a los trabajadores de los riesgos que suponía el trabajo que estaban desempeñando, teniendo en cuenta, además, la estructura del ciclo productivo vigente en la empresa hasta 1974» y, finalmente, «haber encargado a trabajadores con reconocidas enfermedades profesionales, las mismas tareas que ejercían antes, en las mismas condiciones que habían provocado que la contrajeran».

A los que dirigían la fábrica de vía Oggero, en suma, se les acusa de «no haber atendido a las condiciones de salud y seguridad en el tra-

bajo establecidas por ley». Los jueces precisan las responsabilidades individuales de cada administrador y directivo que se ha sucedido a cargo de Eternit del Piamonte, sobre todo para el período previo a 1978, que fue el momento de mayor transformación de la fábrica con una disminución importante del nivel de polvo en el ambiente. Sin embargo, antes de este proceso, esos directivos tenían el deber, «no cumplido», de tener en cuenta el impacto que podía suponer el exceso de concentración de polvo en la atmósfera. Y no pueden argumentar que no lo sabían, porque –como se lee en la sentencia–, la Inspección de Trabajo había sancionado a la empresa en varias ocasiones por esta situación. Valga lo mismo para el presidente y los altos directivos del holding italiano con sede en Génova, porque las actas de los consejos de administración permitían a cualquier persona, y sobre todo a los altos cargos, saber que existía una situación de riesgo. Durante la apelación, sin embargo, se caen decenas de imputaciones, por prescripción (en un principio, las partes perjudicadas eran 1.700 entre herederos y enfermos), a causa del reconocimiento de atenuantes genéricos.

Se mantiene en pie sólo un caso, el de Evasio Coppo «el Buzo», el trabajador que había intentado lo imposible para protegerse de ese polvo que veía como un enemigo. Junto a la mujer y al hijo, entre las partes civiles, se encuentran también los sindicatos, el Ayuntamiento de Casale y el INAIL, que, después de haber tardado en reconocer el mesotelioma como una enfermedad laboral, quería tomar represalias contra Eternit por las indemnizaciones que había tenido que reconocer a los trabajadores expuestos al amianto. La sentencia de condena se retrasó hasta su confirmación definitiva por el Tribunal Supremo en 1997, para gran consternación de quien esperaba que se hiciera justicia.

Aunque el camino hasta este proceso fue largo y extenuante, aunque los abogados tuvieron que aguantar horas y horas de antecámara en la fiscalía de la República, en la que reinaba, cuanto menos, el más completo escepticismo sobre la posibilidad de que se celebrase nunca un juicio con los directivos de Eternit sentados en el banquillo de los acusados, valió la pena que fueran escuchados decenas de testimonios de viudas, huérfanos, enfermos y supervivientes de la

fábrica, así como la búsqueda de documentos y peritajes. Ahora es el Tribunal Supremo quien dictamina que alguien se ha equivocado, también de cara a la ley, al permitir que hombres y mujeres entren cada día, durante años y años, en esa fábrica arriesgando así su vida. Pero, ¿es suficiente? ¿Y son esos directivos los verdaderos y únicos responsables de lo que ha sucedido en Casale Monferrato desde 1906 hasta 1978? ¿Por qué el calendario y la mira de la justicia deben detenerse en esa fecha y esos objetivos?

El camarero y la panadera

Hay muchas dudas y cuestiones por resolver que siguen impulsando las asambleas contra el amianto; a lo que se suman las cuentas, los hechos de una realidad ineludible, porque se trata de enfermos y muertos. La actividad del patronato INCA-CGIL, gracias a la acción conjunta de Nicola Ponderano y la doctora Degiovanni, permite presentar, entre 1979 y 1986, más de 800 denuncias por enfermedad laboral por parte de los antiguos trabajadores de Eternit, originando así el mayor contencioso médico, legal y judicial jamás afrontado por el INAIL de Piamonte, con resultados positivos en el 65 por ciento de los casos.

El listado de patologías es siempre el mismo, de la asbestosis a los tipos de tumores bien conocidos en la ciudad. Pero es la señal, admitiendo que aún fuera necesaria, de que el polvo de la fábrica suiza realmente nunca ha dejado de cumplir su trabajo asesino de forma lenta e inexorable. Es más, probablemente es hacia finales de la década de los noventa cuando la epidemia de enfermedades provocadas por el amianto alcanzó el pico de la previsión estadística: de 20 a 25 casos nuevos al año, los mesoteliomas llegan sin tardanza a una media en torno a los 40 / 45 diagnósticos anuales. Y por lo menos tres cuartas partes de estos casos son de personas que nunca han trabajado en Eternit y que han estado expuestas a las fibras de amianto, presumiblemente, en otra época bien lejana.

Así enferma, por ejemplo, Egle Lupano, que vivía cerca del depósito donde se descargaban los sacos, abiertos, llenos de amianto. Ella, nacida en 1939, tendría unos siete u ocho años cuando iba a jugar

justo en aquel lugar y, pasados más de cuarenta años, en 1982, le diagnostican una asbestosis. Se la descubrieron por casualidad, mientras estaba internada en el hospital de Pavía por una pequeña intervención quirúrgica. Las placas torácicas de la señora Lupano asustan a los médicos, que concluyen que se trata de un tumor y le realizan un examen tras otro.

—No conseguían entender cómo era posible que los resultados señalaran varias metástasis mientras me veían con relativa buena salud —dice recordando—. Luego llegó el profesor Moncalvo, vio las placas y, sin saber nada de mí, dijo: esta señora, seguro que viene de Casale. Así, me preguntó si había trabajado en Eternit y me dijeron que mi enfermedad era muy habitual entre los trabajadores del amianto.

Con el pasar de los años, Egle Lupano acude, para su disgusto, a varios hospitales, donde le confirman el diagnóstico de asbestosis y le dan un informe para aclarar cualquier duda al respecto que pudieran tener los médicos que, en un futuro, observaran estas placas imposibles. Le piden también que les deje mostrar sus radiografías a los estudiantes y, lo peor, le explican que es una enfermedad incurable y que irá empeorando lentamente. Pero en su caso, además del daño físico, hay una burla: aunque le resultará muy complicado encontrar un trabajo compatible con esa minusvalía respiratoria, la señora Lupano no puede llamar a la puerta del INAIL para pedir un subsidio por invalidez parcial, dado que su asbestosis no es resultado del trabajo. A fin de cuentas, ella no ha respirado polvo de amianto trabajando, sino jugando. Sin embargo, al polvo le da igual el trabajo que realizan las mujeres y los hombres de Casale. Sencillamente, viaja por el aire de la ciudad y se introduce sutilmente, invisible e inodoro, en las vías respiratorias.

El gran problema es que basta poquísimos polvos para matar, incluso aunque haya transcurrido mucho tiempo. Es por esto por lo que, en el curso de los años, enferma y muere María Pastorino, la panadera que trabajaba en un local adyacente a la fábrica, donde los trabajadores acudían famélicos durante el cambio de turno; por esto enferma y muere Guglielmo Cavalli, antiguo secretario de la Cámara del

Trabajo, así como Piercarlo Busto, empleado en un banco, que muere a los 33 años «por culpa del amianto», como reza el manifiesto fúnebre pegado por las paredes de la ciudad; por esto enferma y muere Gianna Gonnella, agente de seguros. Y muere también de un mesotelioma Paolo Ferraris, consejero regional y promotor de la primera financiación para el trabajo de saneamiento. Son sólo unos pocos ejemplos, entre muchos, de personas que jamás pisaron la fábrica. La única causa que provocó su muerte por mesotelioma fue vivir en Casale Monferrato, una ciudad hermosa pero «infectada», contaminada, envenenada por las fibras del amianto. Y la lista de las víctimas del polvo, es decir, de Eternit, crece sin tregua cada semana. El camarero de piazza Castello, el antiguo empleado de la empresa suiza, el policía municipal Lorenzo Ferruti, la concejala de Medio Ambiente del Ayuntamiento Luisa Minazzi, fundadora de la sección local de la asociación Legambiente y muy comprometida con la batalla contra el cáncer de Casale. Fue ella misma quien comunicó públicamente la noticia, amarga, de que estaba enferma: pero quiero seguir luchando hasta el final, dijo, inclusive ahora, en la búsqueda de un tratamiento contra el mesotelioma, porque hay que dar esperanzas a todo el mundo.

En cada asamblea que se convoca para informar a los ciudadanos sobre los progresos del «conflicto del amianto» se dirigen las miradas hacia la última víctima, hacia el nuevo enfermo del que se ha tenido noticia. Y él, o ella, durante un día, sin darse cuenta, se convierte en el protagonista y le embarga esa incontrolable y amarga euforia de quien se sabe en el centro de atención, pensando con optimismo que podrá conseguirlo, que podrá derrotar a esta enfermedad tan cotidiana ya en la ciudad.

Con discreción o con estruendo, susurradas entre los vecinos o anunciadas a gritos en los periódicos o las asambleas, salen a la luz todas las historias que habían permanecido silenciadas tras los muros domésticos. El sufrimiento y el luto de las familias se convierten en patrimonio, mejor dicho, en la carga de un colectivo que, a su pesar, tiene que enfrentarse con esta realidad. Siempre son reuniones serenas, quizás a causa de la naturaleza piamontesa, quizás porque la colectivización del dolor está funcionando. Sin embargo,

la situación es tan dura que, incluso, va modificando el humor de muchas personas: una investigación de la Universidad de Turín demuestra, de hecho, que en Casale aumentaron los síndromes depresivos y los trastornos anímicos durante estos años.

Resulta paradigmático el caso de una secretaria del abogado Bonetto, que sigue uno tras otro los expedientes de las muchas víctimas del amianto que pasan por el despacho. Aunque se trata de trabajo, aunque, en cierta manera, está acostumbrada a tratar con asuntos que en ocasiones son desagradables, consciente del drama humano de estas personas, sigue indirectamente la evolución de su enfermedad a través de los certificados, las llamadas para anular citas y los certificados de defunción. Llega un momento que por involucrarse emocionalmente necesita tomarse un período de descanso.

Es un resumen dramático, en suma, que empieza sobre todo con los más de 2.000 casos de enfermedades laborales relacionadas con el amianto que hay sólo en Casale, a los que hay que sumar otras cifras de las demás localidades de la «zona Eternit», como la cantera de Balangero, Cavagnolo, donde había una fábrica de Eternit, y otros sitios de Italia, como Bagnoli y Reggio Emilia. Es un escenario en el que los promotores de la demanda ya no se enfrentan sólo a Eternit, sino también a distintos niveles institucionales y políticos. Los objetivos prioritarios deben ser la restauración de condiciones de salud para los casaleses y mejorar la prestación médica y científica, en la medida de lo posible, para quien ya ha sido alcanzado por el polvo. La lucha, por lo tanto, se convierte en una «batalla sin cuartel», y se convierte en una de las consignas de las asambleas, con unos objetivos tan claros y ambiciosos como legítimos. En Italia, por otra parte, los tumores de origen profesional matan, cuanto menos, mil personas al año, y los mesoteliomas, en particular, han aumentado entre los años 70 y finales de los 90 un 15 por ciento anual. Por lo tanto, entre los primeros asuntos del orden del día está el saneamiento del territorio por las toneladas de amianto esparcidas por doquier. El objetivo es conseguir un Monferrato «desamiantizado», lo cual implica elaborar leyes y partidas presupuestarias *ad hoc*.

El primer paso es limpiar los edificios públicos y, después, elaborar un plan para las viviendas privadas. Con el impulso del grupo de Casale se disparan actuaciones legislativas que implementan financiaciones públicas completas para eliminar el «polvillo», es decir, los materiales más friables y, por ende, los más peligrosos y parciales, hasta el 50 por ciento de los costes para las cubiertas de amianto. El plan de saneamiento territorial prevé también un servicio de recogida, a solicitud de comités e instituciones creadas ex profeso para eliminar el amianto, después de que —a finales de los años 90— el Ayuntamiento hubiera puesto en marcha un servicio de recogida y eliminación gratuito para los ciudadanos que querían librarse de todos los materiales peligrosos que tenían en casa.

El otro gran objetivo urgente es la atención médica directa a quien ya ha enfermado, así como a toda la población en riesgo potencial por la simple exposición al amianto. El enemigo número uno, la pesadilla, la amenaza, se cierne sobre todos. Es el mesotelioma. Y para la lucha contra el tumor mortal, cuyo nombre resulta tan familiar en Monferrato, se necesitan nuevas herramientas que sean capaces de asegurar la prevención, los diagnósticos, el tratamiento, la investigación y la asistencia médica. Casale pide el equipo suficiente para hacer frente a esta emergencia; la ciudad quiere poder dar respuestas a las necesidades causadas por la epidemia de cáncer por amianto, es decir, centros de investigación epidemiológica, biológica, genética y todo aquello que sirva para devolver la normalidad a un lugar que Eternit ha sembrado de muerte. El grupo de sindicalistas que encabeza «el conflicto del amianto» pide que se potencie y racionalice —de una vez— el servicio oncológico del hospital de la ciudad, así como los servicios de neumología, diagnóstico y resonancia magnética y otros servicios médicos repartidos en el territorio comprendido entre Novara, Alessandria y Valenza. El objetivo —que puede parecer ambicioso, pero que, en realidad, resulta absolutamente coherente con lo absurdo de la situación— es que sea justo aquí, en estas ciudades que de otra manera habrían permanecido en el anonimato, donde se localice la vanguardia, el centro de operaciones, la atalaya de la guerra contra el mesotelioma. Es un proyecto que necesita una coordinación estrecha entre las distintas instituciones sanitarias, los centros de investigación científica y la

Administración. Piensan en todos los impulsores de la rebelión de Casale, tienen una propuesta que hacer para cada detalle de esta transformación que dicta la necesidad. Pero, sobre todo, tienen muy claro lo que necesitan con más premura: una atención médica eficaz, útil, humanizada, reforzada con servicios de atención social en los domicilios, los cuales deben servir de sostén a las familias de los millares –sí, ya son millares– de personas afectadas por patologías provocadas por la existencia de fibras de amianto en cada bocanada de aire.

Cuidado con esos dos

Durante toda la década de los años 90 se organizan en la ciudad congresos, asambleas, debates, reuniones y encuentros a todos los niveles sobre el problema del amianto. De Casale salen una tras otra apelaciones y delegaciones tanto hacia Roma como hacia las ciudades europeas que sufren el mismo cáncer provocado por el polvo venenoso. Se organizan exposiciones –con instalaciones tan interesantes como «las cápsulas de la memoria»– y obras de teatro, se producen películas y libros sobre el monstruoso asunto de Eternit y empiezan a tomar cuerpo los dossiers de prensa, porque, aunque sea a cuentagotas, los periódicos han comenzado a tratar el caso de una ciudad ahogada por el amianto. Aquí nacen peticiones, propuestas de ley y sugerencias para que se destinen recursos de las partidas presupuestarias. Detrás de cada iniciativa están siempre las mismas personas: Pesce, Ponderano y, de vez en cuando, el técnico o el político que es capaz de aportar buenas ideas a estos dos casaleses infatigables.

Se entra así en el nuevo milenio. A estas alturas, después de haber llevado a buen puerto el contencioso más grande y comprometido de la historia del INAIL por el reconocimiento del perjuicio padecido por los trabajadores de Eternit, después de haber conquistado la Ley 257 de 1992, que prohibía el amianto, estando aún abierto el frente por la compensación de la quiebra de la marca suiza, delante del tribunal de Génova, los dos sindicalistas, junto con los abogados que desde hacía un cuarto de siglo compartían el pan cotidiano del dolor como estímulo de la batalla civil, se preparan para lanzar el

golpe más clamoroso, el más difícil, el más ambicioso y provocador, el movimiento capaz de encender nuevos focos sobre el problema: un nuevo proceso contra Eternit. Pero ya no es contra una entidad abstracta y unos pocos directivos anónimos. No, esta vez el objetivo es gigantesco, poderoso, peligroso y, quizás, inalcanzable: el objetivo de los liliputienses de Monferrato ahora se dirige contra los dueños mismos del coloso suizo, los herederos del imperio Schmidheiny, que desde principios de los años 70 han asumido el control del grupo Eternit y, por lo tanto, también de las empresas que tiene repartidas por el mundo, y su socio belga, el barón De Cartier de Marchienne. Ahora se concentran sobre ellos las graves acusaciones de una ciudad entera, se les responsabiliza de cientos de muertes, de masacrar familias, de diezmar generaciones, de vidas no vividas y sufrimientos prolongados. Es esto lo que se prepara entre la Cámara del Trabajo de Casale, un par de despachos de abogados de Turín y el Salón Tartara de piazza Castello: una combinación de ingredientes humanos, económicos, jurídicos, científicos, técnicos y mediáticos que genera la imagen manida, pero eficaz, del «proceso del siglo».

4. El proceso

La ofensiva que no parecía posible, el desafío que se pensaba destinado a quedarse preso entre las frases más fuertes de los diálogos amargos y ofendidos, empieza formalmente el 22 de diciembre de 2004. Turín está completamente sumergida en el frenesí típico de la semana que precede a la Navidad, apenas perturbada por una pequeña manifestación promovida por el INCA y animada por una decena de personas llegadas desde Casale —a la cabeza Romana Blasotti Pavesi—, también desde Nápoles.

A mitad de la mañana, un grupito compuesto de abogados y sindicalistas se reúne para tomar café en un bar frente al Palacio de Justicia. Su actitud es mesurada; las risas que responden a las bromas que por turnos hacen allí en medio de un corro, son contenidas y ostentosas al mismo tiempo. Es como si una mezcla de euforia e inquietud hubiese abrazado a todo el mundo. Luego, todas las miradas se concentran sobre el abogado con bigote que hace un amplio gesto con la muñeca izquierda para mirar la hora. «Venga, vamos», indicando con la cabeza un lugar impreciso pero que parecía estar bien claro para todo el grupo. El abogado Sergio Bonetto se encamina con paso decidido hacia el ascensor central, seguido de forma dispersa por los compañeros Anna Fusari, Paolo Pisarello, Oberdan Forlenza y por el abogado de INCA, Massimo di Celmo. Con ellos está la pareja que nunca falta, Pesce-Pondrano, y el secretario general de la CGIL del Piemonte, Vincenzo Scudiere. A todo el mundo ha llegado el mensaje alentador y el apoyo incondicional de la abogada de primera hora, Bianca Guidetti Serra.

Los abogados portan sus inseparables carteras con mucho cuidado, como si esta vez no contuvieran papeles sino huevos, cristales y quizá incluso explosivos. Salen hasta la quinta planta del ala del palacio que alberga los despachos de la fiscalía de la República. Tienen una cita que esperan desde hace una decena de años, con un centenar de personas. Van a la Cancillería para presentar su denuncia, que resume en 56 páginas toda el hambre de justicia, todo el sufrimiento, todo lo que un territorio y sus habitantes han soportado durante más de ochenta años. Están enumerados los daños sufri-

dos, las causas que los han provocado y, también, los nombres de los culpables de todo esto. Grandes nombres altisonantes, impronunciabiles más allá de las dificultades implícitas en la fonética teutónica. Son los nombres de los dueños de Eternit, de los herederos del imperio construido sobre el amianto. En aquel primero, casi temerario acto judicial aparecen los nombres de los propietarios del coloso mundial de Eternit.

Los hermanos suizos Thomas y Stephan Schmidheiny y el barón belga Louis de Cartier de Marchienne. Es decir, los herederos de los dueños del amianto, gente riquísima y muy poderosa de dinastías que alcanzan generaciones por lo menos durante tres siglos. Pero en contra de ellos ahora el pueblo de Casale Monferrato promueve formalmente una acusación muy grave: aquellos señores sabían lo que hacían, conocían que el amianto dañaba la salud, sabían que estaban matando, pero decidieron deliberadamente y conscientemente no reconvertir de inmediato la peligrosa producción.

Prefirieron, en nombre del beneficio, retrasar por lo menos veinte años la eliminación de la conveniente pero mortal materia prima. Serían ellos por lo tanto, según el frente de las víctimas, los responsables de tantas muertes, de innumerables enfermedades y de las que todavía están por manifestarse a causa de los daños al medio ambiente, envenenado por el amianto. Y en aquellas 56 páginas, resumiendo, los abogados cuentan esta historia de venenos, de cinismo homicida, de decisiones que se han mantenido escondidas y de la complicidad a nivel altísimo en el interior de los discretos confines helvéticos. Todo se decidía en Suiza y entonces las responsabilidades se tienen que atribuir a los vértices máximos de Eternit. Precisamente, los dos millonarios herederos del imperio Schmidheiny y el noble De Cartier, representantes de unas dinastías emparentadas con la casa real de Bélgica.

¿Pero quiénes son los Schmidheiny del tercer milenio? Thomas y Stephan son dos riquísimos señores sesentones, hombres de éxito, ligados a los más importantes poderes económicos y políticos del planeta, que siempre siguieron la regla de su padre, Max: invertir continuamente el dinero, en cualquier lugar, desde Nicaragua

hasta el Monferrato. Así se multiplica un patrimonio ya de por sí considerable.

Stephan Schmidheiny está muy metido en los salones internacionales más importantes: representante de la ONU para el desarrollo sostenible, consejero de Bill Clinton, docente de globalización en algunas Universidades pontificias, dos licenciaturas honoris causa en EEUU, fundador del Consejo Mundial por el Desarrollo Sostenible, creador de Swatch, accionista de UBS y de Nestlé, filántropo pluripremiado con 1,5 millones de dólares dados en beneficencia, ha heredado con 26 años la dirección del grupo Eternit, ramificado en 72 países. Pero una vez cerrado el capítulo amianto y cemento habla sobre todo de naturaleza y defensa del medio ambiente con tono de campesino de otros tiempos y escribe libros con mensajes más cercanos al movimiento antiglobalización que a los ambientes que frecuenta habitualmente.

¿El amianto? Claro, es consciente, pero no toma ni siquiera en consideración la hipótesis de haber tenido la mínima responsabilidad en los estragos provocados por el polvo liberado de sus fábricas. Es más, se siente casi un héroe en la batalla en contra del mineral asesino («matador»): «Cuando miro atrás y me doy cuenta de las víctimas causadas por el amianto –escribe en su defensa– me consuela el hecho de haberme mantenido firme en la decisión de interrumpir la producción de este mineral». Sí, eso es lo que dice de sí mismo, apuntando con el índice en contra del resto del mundo, gobiernos e industrias que no se han dado cuenta como él de aquellos peligros y no hicieron nada para evitar lo peor.

El hermano Thomas, dos años mayor, todavía es titular de la primera industria cementera del mundo, Holcim, y da vueltas por el mundo con su hermana para una serie de fabulosas exposiciones de arte itinerantes, gran pasión de la familia, se dedica al turismo y a sus viñedos en Suiza, al fin y al cabo otro bucólico, y también «muy reservado», según tradición de los millonarios y de los suizos.

Se cuenta que ha ido más veces a visitar Casale Monferrato, aun sin dejar de afirmar que él no tenía nada que ver con el hecho terrible

que había pasado entre aquellas colinas. Y de hecho, constataría personalmente que la situación no era «normal» sino efectivamente «tóxica».

El barón Louis de Cartier de Marchienne, llamado a responder de los daños del amianto junto con los dos hermanos helvéticos, desciende de una familia importante de nobles y diplomáticos al servicio del rey Leopoldo y reconocido con la Orden de la Corona de Bélgica. Él es un hombre de negocios que en los años sesenta se ha sentado en la cúspide de Eternit, que controla por medio de la sociedad Etex. Luego, desde el principio de los setenta cede gran parte de su peso en las empresas del amianto a su socio suizo, pero mantiene de todas formas una importante participación, teniendo en cuenta su potencial económico y político no parece casual el hecho de que en Bélgica, su país, el uso del amianto haya sido definitivamente prohibido sólo en 1998.

Mucho más que fatalidad

Antes de llegar a cumplir el paso judicial más atrevido y esperado, el comité de denuncia del amianto de Casale Monferrato ha reunido un imponente archivo de informaciones, sobre todo gracias al minucioso trabajo desarrollado por el INCA en su función de preparación de las prácticas para el reconocimiento de las enfermedades profesionales. Y es exactamente a partir de la gran cantidad de información que se mueven las acusaciones ahora dirigidas a los jefes máximos del gigante industrial. «Varios elementos surgidos en el curso de las entrevistas con las víctimas –se lee en la primeras páginas del memorial de 2004–, es decir recabados de documentos afortunadamente encontrados o de publicaciones extranjeras, llevan a los representantes a pensar que la mayor parte de las patologías y de los fallecimientos sean el fruto de una estrategia de la empresa conscientemente adoptada a partir de los años setenta y que tiende a retrasar, tal vez con instrumentos bastante desarrollados, la finalización y la prohibición a nivel internacional de las producciones de manufacturas en amianto». La acusación –gravísima– es por lo tanto que mientras ya era evidente, por lo menos desde los años 70, que aquel polvo era mortal para la salud humana, la cúpula de

Eternit había «materialmente operado para distorsionar y ocultar informaciones y conocimientos, siguiendo en ejercicio las actividades industriales que difundían gravísimas patologías». En resumidas cuentas, «comportamientos de inaudita gravedad y de segura relevancia penal».

A la denuncia de los casaleses se asocian también las víctimas –extrabajadores y simples ciudadanos que nunca entraron en uno de los establecimientos del grupo suizo– de las demás sedes Eternit en Italia: Bagnoli (Nápoles), Siracusa, Rubiera (Reggio Emilia), Balangero (la cantera en la zona turinesa) y por supuesto la cercana Cavagnolo (también en la provincia de Turín). Dado que la documentada convicción es que en todas las fábricas del mundo, y seguramente en Italia, se aplicaban rígidamente las órdenes emanadas desde la sede central suiza, incluido aquello de complicar la existencia a los sindicalistas, magistrados, periodistas y curiosos de todo tipo. Un trabajo de chinos permitió reconstruir también los procesos de toma de decisión con exactitud suficiente para afirmar que entre 1970 y 1986, años del cierre y de la quiebra de la rama italiana, las estrategias y las políticas que interesaban también en los centros productivos italianos se cumplieron a nivel centralizado por Eternit AG, que tiene su sede Niederurnen.

«La dirección suiza intervenía directamente en todas las decisiones acerca de la gestión de las empresas controladas sirviéndose de centros de asesoría médico-científica. Partiendo siempre de la dirección suiza –se lee más adelante en el memorial– llegaban todas las indicaciones técnico-productivas necesarias para el normal funcionamiento de los establecimientos, que eran constantemente controlados en la producción y en el medio ambiente». También en base a los testimonios ofrecidos públicamente por algunos directivos de la misma Eternit, a partir de los años 70 se adoptaría, según la denuncia, «una estrategia a nivel mundial que llevó al grupo a reconvertir con la máxima lentitud posible sus producciones en amianto en otras actividades menos arriesgadas».

En esta reconstrucción acusatoria adquiere un peso decididamente mayor una vieja praxis adoptada por la empresa en Casale

Monferrato, en Cavagnolo y en los demás establecimientos italianos: aquella de regalar a dependientes y ciudadanos materiales sobrantes. «De esa forma –escriben los abogados que representan a las víctimas del amianto– contribuyeron también por medio de la trituración y distribución de material defectuoso transformado en grava a una dispersión sobre el territorio de material cancerígeno, cuya utilización se veía incrementada por la gratuidad de la oferta».

«El frecuentísimo caso de utilización impropia de material Eternit sobrante para cubrir caminos vecinales o patios o para la cubierta artesanal de ambientes habitados ha sido de hecho animado por la misma compañía, que quizás pensaba que la difusión amplia de sus productos, a bajo o ningún costo, constituía la mejor garantía acerca de un consentimiento de la población y de los trabajadores hacia su modo de producir». Ahora que están convencidos de poder demostrar que los máximos dirigentes del coloso del cemento-amianto sabían de la nocividad de las sustancias que trataban, recordar estos detalles de las políticas empresariales pone en evidencia una especie de ulterior y deliberado delito.

Y no sería el único, si se continúa leyendo la historia de Eternit: «La empresa, entre otras cosas afirmadas por los abogados en sus denuncias, nunca proporcionó ni a sus dependientes, ni a los trabajadores empleados en actividades de transporte de los materiales información acerca de la específica peligrosidad de los productos, ni igualmente proporcionó nunca alguno de los medios específicos de protección individual, llegando a permitir el transporte de materiales sobre medios descubiertos y obligando a los dependientes al lavado de los uniformes de trabajo en su propio domicilio, de hecho animándoles a circular fuera del establecimiento llevando la ropa de trabajo siempre impregnada del polvo del amianto», y llegado a este punto se añade el hecho de que «las materias primas y los productos acabados siempre se conservaron en el interior de los establecimientos en áreas expuestas a la acción de los agentes atmosféricos (en particular al viento), en grado de determinar su dispersión en el ambiente circundante». Y es ejemplar con respecto a esto el caso de tuberías que nunca han sido limpiadas de los polvos generados por

el pulido y dejadas en un primer momento al aire libre y luego cargadas sobre camiones destapados.

En fin, un desastre. Una secuencia de comportamiento que, siempre partiendo de la hipótesis acusatoria de la consciencia de los riesgos ligados al amianto, proyecta sobre los hombres que estaban a cargo de Eternit una luz realmente inquietante. Y razones para apuntar con el dedo sobre los máximos niveles, es decir, sobre los mismos propietarios de la multinacional, las hay. Resulta en efecto que las políticas empresariales en materia de seguridad y medio ambiente no estaban «determinadas con autonomía por los dirigentes italianos de las sociedades del Grupo Eternit Italia» sino que provenían, como las directrices económicas y financieras, de sujetos extranjeros que siempre gestionaron la producción del amianto en Italia como una simple parcela de una producción mundial centralmente dirigida, en cuanto a las líneas esenciales, por la sociedad Eternit AG con sede en Niederurnen. Y teniendo que asignar nombres y apellidos a cada responsabilidad vemos que el círculo acusatorio se ciñe alrededor de los dos herederos ya más que adultos de la familia Schmidheiny, que a partir de los primeros años 70 tomaron el control casi total del grupo.

Eternit sólo hay una

Es la misma historia oficial de Eternit la que ofrece a los denunciantes algunas importantes confirmaciones a propósito de la verdadera cadena de mando que desde alguna oficina suiza movió los hilos que produjeron sus polvorientos y nefastos efectos entre las colinas de Monferrato, a lo largo de las orillas del Po, en la llanura reggiana, en el golfo de Nápoles, en Sicilia y en muchos otros puntos del mundo desde 1923 en adelante. De hecho, el papel de la familia Schmidheiny en la gestión del grupo Eternit cada vez fue mayor. Hasta llegar a tomar un control casi absoluto a partir de 1972, cuando –según las reconstrucciones llevadas a cabo gracias a mastodónticas pericias judiciales dispuestas por la fiscalía– la gestión operativa pasa del «grupo belga» de los socios al grupo suizo. Es decir, a los Schmidheiny cuyo control –según lo que reconstruirían las pericias ordenadas por la fiscalía de Turín– es a partir de aquel momen-

to más capilar que aquella ejercitada por los belgas. Además, la familia Schmidheiny sigue suscribiendo aumentos de capital de Eternit SPA, aun cuando los demás socios se niegan a hacerlo y así ve rápidamente crecer su cuota del capital social.

Ningún miembro de la familia en aquella época asume directamente cargos en la empresa pero, sin embargo, la empresa se transforma en una entidad controlada por el grupo suizo que conduce a los Schmidheiny. Y no se trata solamente de trazar estrategias industriales o líneas financieras, porque en realidad emergen pruebas específicas de la ingerencia de la casa madre suiza en las decisiones de Eternit SPA en relación a la obtención de financiación, a efectuar las inversiones en maquinarias e instalaciones, a la política sindical, a la política de gestión del riesgo del amianto. Es decir, a los nudos sensibles de la catástrofe que se abatió sobre Casale Monferrato.

A la hora de tomar las riendas de la multinacional es especialmente Stephan Schmidheiny, uno de los dos hijos de Max y nieto del patriarca Ernst, quien en 1975, con sólo 28 años, asume el cargo de administrador delegado de Eternit AG. No es una época «inocua» desde el punto de vista del tipo de producciones, teniendo en cuenta que es a partir del año siguiente cuando se introduce en los mercados la lámina ondulada a presión, un éxito clamoroso a nivel mundial para Eternit, que consigue vender sus productos también (aunque no sobre todo) a los estratos más pobres de la población: es suficiente mirar cualquier poblado de chabolas para constatar la difusión de las coberturas en cemento-amianto forjadas en los establecimientos del coloso helvético.

El gran cambio, por lo menos a nivel teórico, llega en 1978, cuando Stephan Schmidheiny llega a ser presidente del consejo de administración y, con ocasión del 75 aniversario de la empresa familiar, declara la decisión de dejar en suspenso la fabricación de productos que contienen amianto. La versión oficial contada con grandilocuencia por una publicación editada por la misma multinacional no dice el porqué y el cómo se había madurado una decisión de ese tipo. Sin embargo, eliminar el amianto no es sin duda un paso que cuente poco para un coloso industrial que precisamente construyó

sobre aquel mineral fortunas inmensas que perduraban por siglos y atravesaban los océanos. Evidentemente también sobre las mesas de Niederurnen llegaron los partes médicos y textos de derecho de medio mundo que explican claramente que aquella fibra mata. Pero eso no se encuentra en la publicación oficial. Lo que la hagiografía de Eternit cuenta es más bien la sorprendente rapidez –sólo cuatro años– con la que los laboratorios suizos consiguen desarrollar «una mezcla de fibras que se puede integrar en el proceso de producción en el acto». A tal punto que, se lee, «en 1984 el 50 por ciento de la producción ya se puede entregar libre de amianto». De esa forma, después de que en 1989 Thomas Schmidheiny retomara todo el capital accionario y la presidencia del consejo de administración de su hermano Stephan, «en 1994 la era del amianto llega a su final» porque «ha sido fabricado el último tubo que contiene amianto». ¡Viva! Se puede celebrar serenamente el siglo de Eternit; en 2003, con alegre jornada de «puertas abiertas», llegó el nuevo milenio, olvidemos el novecientos.

Todo esto cuenta la historia del grupo suizo. Pero también esta versión es una fuente de pruebas de las responsabilidades que los casaleses atribuyen a la cúpula de Eternit. Efectivamente, además de diferentes indicios ulteriores sobre la centralidad de las decisiones a partir del momento de inicio de algunas producciones en todos los establecimientos, existe la confirmación negro sobre blanco del hecho de que «sólo en 1978 se inicia efectivamente una política de abandono progresivo del amianto, material que todavía en 1984 estaba presente en el 50 por ciento de la producción de Eternit y que se abandonó definitivamente sólo en 1994». Otro dato de hecho es la cadena de mando, que en último análisis lleva a un consejo de administración en el cual se suceden los herederos Schmidheiny.

La reconstrucción de los abogados del pleito del amianto de Casale insiste además sobre algunos elementos que llevan a pensar que fuera allí arriba, en la sede central helvética, donde se tomaban todas las decisiones importantes desde los tiempos en los que el amianto llegaba por toneladas a Monferrato, y hasta el cierre del establecimiento piemontés, cuando ya la ciudad había empezado a contar los muertos por las enfermedades relacionadas con aquel

maldito polvo. En efecto, recuerda la denuncia, muchos trabajadores italianos fueron enviados a lugares en el extranjero que no tenían ninguna relación con Eternit Italia, «lo que hace suponer la existencia en Eternit AG de un centro de gestión de los recursos humanos del grupo». Y lo mismo pasaba en otros países y siempre después de una formación en la sede central. Además, el jefe del grupo suizo organizaba cursos de formación permanente técnica en Niederurnen, donde entre otras cosas se decidía la misma actividad productiva y financiera de los establecimientos italianos, así como desde allí llegaron siempre las indicaciones acerca de las tecnologías productivas y de gestión. En el plano organizativo era una sociedad creada a propósito, llamada sugerentemente Amiantus, que gestionaba «todas las informaciones relacionadas con el perfil tecnológico de la producción». Más centralizado así...

Pero hay algo más: «El grupo utilizaba para la gestión de las actividades productivas de las sociedades participadas —se lee otra vez en el acta de acusación popular presentada en 2004— estructuras superpuestas como el Asbest Institut de Neus (Suiza), constituido y financiado por Eternit AG y durante años dirigido por el doctor Robock con el fin de controlar la producción en todos los países y facilitar indicaciones técnicas que permitieran la continuidad de las producciones que contenían amianto, incluso en presencia de intervenciones legislativas o denuncias administrativas de Estados individuales que tendían a limitar o controlar la emisión de polvo de amianto.

En resumen, una fábrica de ideas técnico-jurídicas que tenía que ofrecer instrucciones para intentar saltarse las normas que en cada país podían obstaculizar la actividad industrial relacionada con aquella fibra mineral que ya estaba en el punto de mira de los médicos y de las instituciones de medio mundo. Y de hecho al Dr. Robock le tocaban continuos viajes a diferentes establecimientos de los cuales sacaba elementos útiles para elaborar después «verdaderas prescripciones acerca de los niveles de contaminación aceptables», y también «manuales “de defensa” a los cuales los dirigentes de los establecimientos individuales tenían que referirse en caso de contestaciones por parte de organismos públicos u órganos de prensa relativos a la peligrosidad de las producciones».

El mismo instituto trabaja mucho para promover u organizar, entre los años 70 y los 80, congresos científicos internacionales, algunos también en el politécnico de Turín, es decir a dos pasos de las localidades contaminadas por el polvo, con el propósito de sostener la tesis de la posibilidad técnica de seguir sin riesgos en la producción de manufacturas que contienen amianto adoptando técnicas específicas, una especie de catequesis que vale mucho dinero y que parece evidentemente orientada, en años en los que ya estaba generalmente reconocido el efecto cancerígeno de la inhalación de fibras de amianto, «a la difusión del conocimiento científico, consintiendo de esta forma en una planificación para el abandono, en un período de quince años, de producciones cuyas consecuencias mortales eran perfectamente conocidas por todos los operadores del sector».

Esto denuncia la CGIL y el INCA, la Cámara del Trabajo y la Asociación de Familiares de las Víctimas en su memorial. Y a propósito del nivel de información acerca de la peligrosidad de aquel material fibroso y de normas de prevención añaden: «Es suficiente pensar que las directrices de la Comunidad Económica Europea, CEE, para la prohibición del amianto se remontan a 1981 y los conocimientos científicos que llevaron a la elaboración de tales normas estaban difundidos en los ambientes especializados desde los años 60». Una acusación pesada como una losa, entonces, que por una especie de némesis se basa mucho en las afirmaciones de los acusados mismos. Como la de Stephan Schmidheiny, en una entrevista en el diario nicaragüense *La Prensa*, el 13 de octubre de 2003: «*Cuando yo tenía 27 años heredé el imperio del amianto-cemento más grande del mundo –revela– y no tardé en darme cuenta de que se trataba tanto de una maldición como de una oportunidad. Abandoné el amianto en el momento adecuado –llega a decir–. Como mi fuerza en el mercado me concedía el tiempo de desarrollar nuevas tecnologías, eliminé el amianto de mis productos, creando nuevos productos de fibrocemento. En algunos casos vendí las empresas o las cerré. Esto me permitió una diversificación activa de las producciones*». Por tanto, concluye: «*Sin duda el destino me sonrió y bendijo mis nuevos proyectos, y ahora soy varias veces más rico que cuando heredé la fortuna de mi padre*».

Palabras petulantes, que entraron directamente en las denuncias de los casaleses, porque demasiados hechos parecían no confirmar aquellos tiempos «adecuados», muchas veces abanderados por el señor del amianto. Por ejemplo, Schmidheiny no explica cómo ha sido posible obtener del SUVA¹⁰, ente público suizo, que se puede comparar con nuestro INAIL, la certificación de «no peligrosidad de procesos productivos», luego aplicados en todos los establecimientos Eternit del mundo, relativa a la producción de manufacturas que contenían amianto. En el memorial de 2004 se llega también más lejos: «La prestigiosa certificación –se lee otra vez a propósito del SUVA–, obtenida con métodos desconocidos por los exponentes pero evidentemente en contraste con los científicos de la época, consintió, con el aplazamiento de la prohibición de las manufacturas en amianto, una difusión a nivel planetario con el efecto que los expuestos por las zonas de Cabagnolo y Casale Monferrato pueden desgraciadamente documentar con el largo elenco de fallecimientos, elenco destinado, dada la larga latencia de las patologías por amianto, a incrementarse durante muchos años».

Dudas pesadas como losas, por lo tanto. A las cuales se añaden aquellas que ya afloran también más allá de los Alpes:

«En realidad, la *glasnost* de la que se reviste Eternit –escribe Stefano Guerra en un artículo publicado en Suiza en 2004 y adjunto a la denuncia de los sindicalistas piemonteses– es una espesa cortina de humo detrás de la cual la empresa desde hace años oculta datos e informaciones imprescindibles para comprender totalmente, por un lado, el significado y la imagen real de su trágica herencia y, por otro, las razones de la falta de responsabilidad hacia los extrabajadores. En lugar de vanagloriarse de jugar el “papel pionero” a nivel mundial en la reconversión del amianto-cemento al fibrocemento –continúa el duro artículo–, Eternit debería explicar por qué la decisión de abandonar el mineral cancerígeno se tomó más de diez años después de que la relación entre fibras de amianto y meso-

////////////////////////////////////

¹⁰ El organismo más importante de aseguramiento de accidentes en Suiza que sustituyó al antiguo INSAI: Instituto Nacional Suizo de Previsión Social contra los accidentes de trabajo.

telioma había sido demostrada de forma inequívoca, especialmente con la publicación de los estudios del Dr. Irving Selikoff en el *Journal of the American Medical Association* en 1964 y, además, la empresa de Niederurnen debería incluso explicar los motivos por los cuales el proceso de reconversión ha durado casi veinte años». Por tanto un ataque directo a Stephan Schmidheiny: «En algunos países su staff encontró materiales sustitutivos. Pero donde los ingredientes alternativos eran demasiado caros o de mala calidad, Eternit siguió utilizando amianto hasta el final de los años 80, es decir, por lo menos veinte años después de que su peligro para la salud había sido ampliamente reconocido».

La empresa, según el periodista suizo, siempre se defendió «afirmando que todas las posibles medidas de protección habían sido adoptadas», pero por parte de los trabajadores italianos, incluidos los que emigraron hacia las fábricas suizas, llegó un seco e incontrovertible desmentido. ¿Y entonces, qué transparencia? Demasiadas preguntas inquietantes quedan todavía sin respuesta: ¿Dónde ha acabado el millar de trabajadores expuestos a los polvos del mineral cancerígeno en los establecimientos de compañías controladas por la familia Schmidheiny en Europa, Oriente Medio, África y América Latina? Y, finalmente —es la pregunta provocativa—, si jugara realmente la carta de la glasnost, ¿por qué Eternit hubiera intentado de todos modos oponerse a la rogatoria con la cual la fiscalía de Turín había pedido el libro de matrícula de los empleados en Niederurnen y sus documentos personales custodiados por el SUVA?

El túnel

Esto es, por lo tanto, el acta de acusación que sale de Casale Monferrato y recoge la demanda de justicia de los trabajadores de las demás fábricas italianas del grupo Eternit. Los abogados, los sindicalistas, los ciudadanos comprometidos en la batalla no esconden para nada que va a ser un proceso difícil. Ya en el pasado intentaron llamar a la puerta de algún magistrado, directamente a la fiscalía de Casale Monferrato, pero —como recuerda el abogado Bonetto con una sonrisa sarcástica y amarga al mismo tiempo— los

dirigentes de aquella oficina jurídica eran los primeros que no creían en la posibilidad de llevar a Eternit al tribunal: «Abogado, tómese las cosas con calma –le habían dicho claramente una vez– porque el proceso nunca se celebrará». Y ahora, en cambio, todo hace prever que pronto la cúpula del coloso industrial y financiero estará llamada a responder por acusaciones muy graves en un debate público que algunos, como siempre pasa en casos como éstos, ya definen «del siglo».

Porque en Turín la batalla del movimiento de Casale ha encontrado el respaldo añadido del fiscal Raffaele Guariniello, un magistrado que dedicó su vida profesional a la iniciativa judicial que tutela la salud en el ambiente de trabajo. Exactamente él ya produjo, como juez de primera instancia, en años que hoy suenan pioneros, la primera jurisprudencia italiana sobre el amianto, además de sobre miles de otras situaciones de amenaza para la salud o para la vida de los trabajadores. Él parece creer en la oportunidad de investigar en la dirección indicada por las propias víctimas; es más, su despacho ya estaba trabajando desde hacía tiempo sobre documentos relacionados con el amianto y con Eternit, por esto la instrucción acaba en su escritorio.

Pero una pista que lleva directamente a las esferas de la multinacional suiza la ofrece, paradójicamente, la misma cúpula de la empresa. Probablemente por distracción o por infravaloración. El desliz suizo abre la vía que partiendo de la fiscalía de Turín lleva hasta las oficinas de Niederurnen, llega junto a la primera fase del pluridecenal tira y afloja judicial entre Casale Monferrato y Eternit, aquella relacionada con la causa por la quiebra de la empresa. Cuando, por fin, se reconoce la primera cantidad de dinero destinada a los extrabajadores, el cheque por el cual Eternit SPA, quebrada en 1986, paga a los abogados a través del Banco del Gottardo. «¿Por qué los suizos pagan si nuestros adversarios fueron los italianos?», se preguntan los abogados del sindicato. Y, efectivamente, detrás de aquel cheque se esconde la primera revelación de la verdadera relación entre Eternit SPA y Eternit AG: aquel dinero, de hecho, llega de las cajas de Stephan Schmidheiny. Los mismos abogados italianos todavía no lo saben

en aquel momento, pero todo el grupo helvético parece realmente depender, también a nivel internacional, de una única cúpula. Serán más tarde las investigaciones de Guariniello las que vienen a confirmar y a consolidar esta intuición y a dar mayor consistencia a la gran sospecha: en Casale y en Génova los dirigentes de Eternit siempre se movieron casi como simples títeres de los propietarios suizos.

Para los promotores del pleito del amianto de Casale lanzarse en esta aventura judicial es como coger un largo túnel oscuro, hay euforia pero también mucha ansiedad. El miedo fundado es el de encontrarse con la desilusión de quien ha puesto sobre la mesa todas las cartas y las ve quemadas por un adversario que juega con sus propias reglas y que nunca pierde. Es reconfortante saber, en esta fase, que las cartas las esté trabajando el fiscal Guariniello, porque por fin la sensación que los abogados consiguen transmitir a cada nueva asamblea de los familiares de las víctimas es la de una oficina judicial que utiliza realmente todos los medios a su disposición para hacer un hueco en la cortina de humo de la proverbial discreción suiza y superar el muro que en algunos casos las mismas instituciones helvéticas levantan para custodiar los secretos de Eternit. La batalla más dura, para el fiscal, es la que se juega sobre los documentos del SUVA, el ente suizo que gestiona la providencia relacionada con los accidentes en el trabajo. Frente a las peticiones de la fiscalía de Turín se oponen objeciones de peso cada vez mayor, hasta el extremo del «secreto de estado».

Sería suficiente esto para explicar cuál será el potencial empleado por los Schmidheiny, en términos de influencia política, para defenderse de las incursiones italianas en sus negocios. Pero la tenacidad de Guariniello permite llegar en 2006 a un veredicto por fin favorable por parte de la Corte federal suiza. Los papeles del SUVA pueden encaminarse hacia Italia. Son documentos importantes, porque cuentan en detalle la vida laboral de centenares de italianos –la gran mayoría de la provincia de Lecce– emigrados a Suiza para ganarse la vida en las dependencias de Eternit, en Niederurnen y en Payerne.

Vueltos a casa para disfrutar de la jubilación y de la casa construida ahorrando, muchos de ellos han descubierto estar enfermos de mesotelioma pleural y al cabo de pocos meses han dejado este mundo. A partir de estas historias empezó la primera serie de investigaciones sobre Eternit por parte de la fiscalía de Turín y es también en estos papeles donde los fiscales encuentran mayores pruebas de la estrecha relación de dependencia de los establecimientos italianos del grupo helvético con la casa madre.

Pero el obstáculo del SUVA no es el único pasaje difícil en una investigación que tiene que escarbar, remontándose años atrás, en los sitios más secretos de un coloso industrial en un país notoriamente «reservado» cuando se trata de empresas. Pero al final Guariniello consigue juntar un legajo que se compone de más de 220.000 páginas, es decir, 150 archivos que llenan dos habitaciones que estaban acondicionadas exclusivamente para albergar los documentos de la investigación Eternit, incluidas las actas de las reuniones de la SAIAC, o sea, del cartel internacional que desde los años 30 reunió a los productores mundiales de amianto para ejercer un control casi total sobre el precio y sobre las informaciones relacionadas con la mortal fibra mineral.

No faltaron, en estos años de investigaciones, los contactos con la «contraparte», es decir con los abogados de los indagados. En cierto momento, en el verano de 2006, parece incluso que se hubiera casi alcanzado un acuerdo para una sustanciosa indemnización a los familiares de las víctimas por parte de Stephan Schmidheiny y del barón De Cartier, pero todo se esfuma porque, en el curso de un encuentro entre abogados, llega la noticia del indulto que el Parlamento italiano está a punto de votar, aligerando de esta forma también la posible posición judicial de los tres señores del amianto. Parecía conseguido, y en cambio había que volver a afilar las armas procesales.

Guariniello no descuida nada y consigue también verbalizar las declaraciones de Thomas Schmidheiny y de algunos fidelísimos, que se presentan en Turín para ser interrogados. Sólo es cuestión de paciencia y mucho trabajo. Y los resultados llegan. A principios de

agosto de 2007 de la fiscalía de Turín salen los avisos de cierre de las investigaciones, síntesis de años de búsqueda para reconstruir delitos y responsabilidades entre Casale Monferrato, Niederurnen, Rubiera y Bagnoli.

El primer elemento, el que golpea como un puño en el estómago, es el número de las víctimas acreditadas: 2.969.

2.969 personas afectadas por enfermedades directamente relacionadas con la inhalación de fibras de amianto, mesotelioma pleural en primer lugar. Y no se trata sólo de personas que han trabajado en los establecimientos italianos de Eternit o de trabajadores emigrados de nuestro país, a partir de los años 50, para ir a ganarse un futuro en las fábricas helvéticas o alemanas de la multinacional del cemento-amianto. Hay otros muchos ciudadanos, sobre todo de Casale, epicentro de los estragos del polvo, donde según el legajo judicial las víctimas de la fibra killer (asesina), de las que tienen que responder los propietarios del coloso helvético, son 2.272 y entre ellos por lo menos 482 nunca han pasado la puerta del establecimiento Eternit o, por lo menos, este es el número de aquellos indicados en los documentos procesales sin tiempos de prescripción, nexos de causalidad y de todos aquellos aspectos formales que hacen una muerte diferente de la otra, el final de una vida debida a la fatalidad o la voluntad divina y aquella provocada por un destino decidido por alguien en esta tierra.

Esto cuentan, en el lenguaje típico de los procedimientos penales, las 105 páginas del aviso de cierre de las investigaciones –con las graves acusaciones de desastre medioambiental doloso y omisión dolosa de normas antiaccidentes– dirigidas el 1 de agosto de 2007 sólo a dos personas: uno lleva el aparatoso nombre de Louis Marie Ghislain de Cartier de Marchienne, es decir, el barón belga que tuvo el control de Eternit italiana en los años incriminados; el otro es Stephan Schmidheiny, es decir, uno de los dos herederos del imperio helvético del amianto. Son ellos, escriben el fiscal Guariniello y los suplentes Sara Panelli y Jean Franco Colace, «en calidad de responsables efectivos de la gestión de la compañía», quienes deben responder de aquellas graves imputaciones.

Al cabo de tres años de investigaciones los fiscales están convencidos de haber reconstruido la cadena de mando y el papel de los propietarios –cubiertos por una espesa red empresarial– por medio de una minuciosa reconstrucción de documentos Eternit que comprenden también cartas de Stephan Schmidheiny a los administradores del grupo en las que aparecerían explícitas disposiciones acerca de la organización del trabajo, de los sistemas de protección de la salud de los trabajadores, órdenes sobre la posibilidad de eliminar o no el amianto del ciclo de producción. «Mi cliente es un objetivo equivocado –declara su abogado defensor–, nunca gestionó los establecimientos italianos y siempre impulsó medidas de seguridad en el ámbito de todo el grupo, dando cuerpo a importantísimas inversiones». Resumiendo, anticipa la línea de defensa, pero tendrá que explicar el porqué de la frecuente correspondencia entre Stephan y algunos dirigentes de la fábrica de Casale, donde los investigadores han encontrado intercambio de informaciones y directrices acerca de la actividad industrial.

Sale del proceso en cambio Thomas Schmidheiny, cuya posición ha sido eliminada: su papel en la cúpula de la multinacional familiar no habría comportado el mismo grado de implicación de los dos indagados, por lo menos en lo que atañe a las decisiones que están en el centro de la investigación. Aquellas que, según las acusaciones, habrían provocado la muerte de millares de personas. Y teniendo en cuenta el imperio de 20.000 empleados esparcidos en una veintena de establecimientos en todo el mundo, considerando las minas donde durante decenios se ha extraído el mineral fibroso que ha hecho la fortuna de por lo menos tres generaciones, el macabro recuento de los lutos podría asumir proporciones incluso mayores.

La fiscalía aplica también una ley recién aprobada, la 231 del 25 de agosto de 2007, para llamar al banquillo de los acusados –además de a las dos personas físicas indagadas– también a las sociedades suizas y la belga (Anova Ag, Etex Group y otras) que legalmente controlaron la actividad industrial que sembró polvo y muerte. De hecho, la norma prevé que cuando los administradores de una sociedad cometen un delito de los que las mismas sociedades obtienen provecho, estas últimas pueden ser llamadas a responder penalmente y ser san-

cionadas en base a los daños provocados, con multas, embargos, retiro de autorización y licencias o prohibición de desarrollar sus actividades. En resumen, más allá de la responsabilidad civil, la compañía llega a ser un sujeto autónomo dentro del proceso.

El caso Eternit representa el debut absoluto, en Italia, de este tipo de instrumento de ley y no es para nada un aspecto marginal del proceso que la fiscalía de Turín quiere celebrar, porque la responsabilidad de los sujetos jurídicos conlleva consecuencias muy graves. Sólo en términos de multas, por ejemplo, en caso de muerte se prevén cantidades que llegan hasta 1.500.000 euros considerando los números de los que se trata en el legajo relacionado con la multinacional helvética. Estas cifras ya podrían resultar un incentivo para la búsqueda de un acuerdo extrajudicial con las partes afectadas.

Pero no es el único escenario nuevo abierto por esta norma. El encausamiento de las sociedades podría efectivamente resultar muy importante desde el punto de vista civil. Y sobre todo –comentan cargados de esperanza los promotores del pleito del amianto de Casale– «que golpear directamente a la compañía podría revelarse especialmente eficaz para los que tienen el objetivo de ganar definitivamente la partida planetaria en contra del amianto, porque atacan directamente la razón de ser de los sujetos económicos; hay que hacer antieconómicas ciertas actividades que a golpe de sanciones y limitaciones empresariales podrían revelarse el mejor desincentivo para este tipo de empresas. Aquella que antepone el beneficio a la salud y a la vida humana».

El porvenir

5. El futuro

Llega el otoño en el Monferrato, y aquella de 2007 es una estación repleta de citas para el frente antiámianto. Nos encontramos varias veces en el Salón Tartara de Casale, en la plaza Castello, reunidos en asamblea para discutir unas novedades importantes que llegan desde el Palacio de Justicia de Turín, desde Suiza, pero también desde otros lugares del mundo. Son encuentros con mucha participación, además de los irreductibles de la controversia amianto se vuelven a ver también personas que en los últimos tiempos habían quedado más apartadas. Todos los asientos están ocupados, las sencillas palabras con las que Bruno Pesce intenta sintetizar el estado de la situación son asimiladas una a una por una platea atenta como a menudo no ocurre ni en las iglesias durante las mejores homilias del obispo. Son rostros de otros tiempos muchos de los que sondean cada guiño del exsindicalista; rostros que revelan cromosomas campesinos, mejillas vigorosas, narices pronunciadas, ojos intensos.

Pero ni una sola vez podemos pasar sin notar las ausencias: algunos ya no están, porque la enfermedad –aquella enfermedad– se los ha llevado para siempre, otros no pueden moverse, porque están en tratamiento y no son pocos los hijos de los protagonistas de medio siglo de pulso con Eternit llegados aquí en representación de sus padres. Por lo demás bastaría una secuencia de instantáneas de las asambleas reunidas durante tres décadas para captar los signos del tiempo: alrededor de la mesa, con Pesce, no faltan nunca los principales motores humanos del movimiento de Casale –Nicola Pondrano, Romana Blasotti Pavesi, Sergio Bonetto, Daniela Degiovanni y los demás– con algunas señales más en el rostro, algunos cabellos grises de más, algún achaque nuevo, pero siempre con la misma idéntica energía y el mismo discernimiento, siempre dispuestos a dar respuestas inmediatas y nunca titubeantes acerca de los próximos movimientos, los próximos objetivos.

Llegados a este punto, 22 años después de que «los suizos» hayan cerrado las verjas de su venenosa fábrica y se hayan largado, el horizonte hacia donde orientar las miradas es una sala de tribunal. La perspectiva de ver en el banco de los imputados a los propietarios

del establecimiento donde han sido sacrificadas tantas vidas, los señores del amianto de medio mundo, no es cosa pequeña para esta gente. «Espero de verdad que llegue pronto el momento en que podré mirar a los ojos a los responsables de tantas masacres», recalca con seguridad Romana Blasotti Pavesi, con la irrepetible mezcla de fuerza y dulzura que sabe infundir en cada acto. Es esta la síntesis más eficaz de la sed de justicia que mueve a tantas personas ya no tan jóvenes, que siguen ocupándose de cuestiones que nunca hubieran considerado, en lugar de dedicarse a sus propios nietecitos, o de trabajadores, padres, maridos, esposas, hijos y los mismos nietos que se presentan en el Salón Tartara cada vez como a una de las citas importantes de su vida. Ahora que el procurador Guariniello ha cerrado su investigación, ahora que son conocidas las acusaciones en contra de los presuntos responsables de todo lo que ha ocurrido en Casale y en otros sitios, ahora que se empiezan a conocer las bases de las cargas probatorias que se les imputan, la esperanza de llegar a ese proceso es verdaderamente fuerte.

Pero la batalla no habrá terminado allí, en la sala, antes bien habrá un nuevo inicio, el enésimo, no menos difícil que los precedentes: habrá que dejarse ver, estar allí, en la sala, testigos silenciosos de la propia demanda de justicia. «Vosotros sois los ladrillos del muro que desde hace años intentamos levantar en contra de los responsables de esta masacre –explica consternado el abogado Bonetto dirigiéndose a los familiares de las víctimas–, por eso tenéis que estar físicamente presentes en Turín cuando llamen al banco de los imputados a los responsables de Eternit. Muy despacio –concluye quizás extrañado él mismo por la realidad que está describiendo– estamos atisbando el final del largo túnel en el que hemos entrado hace tantos años sin saber dónde nos conduciría».

El aplauso que estalla liberatorio y las cabezas asintiendo enfáticamente demuestran que todos están de acuerdo con esta elección: «Hace falta exigir justicia para todos los que han muerto por esa porquería». Y en seguida se planea la organización de los autobuses para Turín y de los turnos de presencia en la sala que albergará el proceso a sus potentes adversarios.

Pero cuando Bruno Pesce, casi desconcertado, comunica otra noticia sorprendente, una noticia de las que normalmente deberían inducir a celebraciones, cala el silencio, afloran las dudas y se impone de nuevo el sentido del futuro, a pesar del pasado doloroso. Thomas Schmidheiny, ya absuelto y por eso fuera del proceso, ha decidido donar 3 millones de euros a la comunidad de Casale. No es un acontecimiento del todo inesperado, pues durante demasiado tiempo la contraparte helvética ha agitado manojos de billetes virtuales para después hacer desaparecer la mano y el dinero delante de un grupo de ciudadanos que no estaban dispuestos a moverse ni un milímetro de su propio intento de obtener justicia. Ahora que para el mayor de los hermanos Schmidheiny el final de las hostilidades procesales ha llegado formalmente por la supresión de su posición debido al aviso de conclusión de las investigaciones de la procuraduría de Turín, es precisamente ahora cuando la intención de indemnizar de alguna forma a la gente de Casale se concreta en esos 3 millones de euros.

Desde la asamblea sube un murmullo, alguien teme que sea un movimiento para ablandar la disputa. Pero Pesce, Pondrano, los abogados, Romana, no dudan: no cambiará una coma en las elecciones del comité, antes bien, dado el caso aquel dinero servirá para cubrir también los muchos gastos legales del proceso. Serán municiones para armarse en contra de los dos imputados.

Y entonces se extiende otra hipótesis, maliciosa, de la que en definitiva importa poco, pero siempre es mejor intentar comprender: quizás esté aconteciendo un conflicto familiar entre los dos millonarios suizos, ¿y por eso un hermano financia de esta forma la batalla judicial de los habitantes de Casale en contra del otro hermano? Thomas Schmidheiny, que evidentemente sigue con atención todo lo que se hace y se dice entre el Salón Tartara y la Cámara del Trabajo de Casale, niega: «Es sólo un gesto humanitario, sin ningún otro objetivo», subrayan sus portavoces. Thomas ama Italia, repiten con énfasis, conoce la situación del Monferrato, sabe perfectamente qué ha sucedido durante estos años de polvo y de muerte. Ha ido varias veces a visitar la ciudad –se dice– y se ha dado cuenta de que la situación no es normal, es efectivamente «tóxica». Por culpa de su fábrica, por eso se siente obligado a hacer algo él mismo. Y para el que las revistas

especializadas colocan en la posición número 146 de los hombres más ricos del mundo (su hermano menor está «sólo» en el número 222 de la misma lista) la iniciativa sólo puede ser económica. Pero Stephan está al corriente, sabe todo y lo comparte, asegura el *entourage* de Thomas, no se está librando ninguna guerra fratricida.

Tras haber decidido aceptar el dinero, después de tantos rechazos a ofertas anteriores indignas de ser tomadas en consideración, los coordinadores de la controversia amianto tienen las ideas claras sobre cómo emplearlo. Un millón y medio va al hospital Santo Spirito de Casale para la adquisición de aparatos diagnósticos adecuados para hacer frente a la epidemia tumoral que no se vislumbra vaya a aplacarse; 800.000 euros servirán para cubrir las indemnizaciones que quedaron pendientes en el ámbito de la curaduría por la quiebra de Eternit; 250.000 euros se asignan a la asociación Vitas, que asiste a no pocos enfermos terminales de la zona; 100.000 euros se destinan a financiar la investigación en oncología; 400.000 euros van a las asociaciones que representan a las víctimas en el proceso en contra de Sthephan Schmidheiny y el barón De Cartier.

Para que no haya equivocaciones, al donante se le comunica anteriormente en qué se va a utilizar su dinero y se dicta a quién hay que endosar cada talón.

En definitiva, los «resistentes» de Monferrato tienen las ideas claras, lo confirman las manos levantadas para aprobar por unanimidad la elección de los líderes y los comentarios de algunos veteranos de esta lucha en contra del invisible gigante helvético. «Ese dinero hay que invertirlo para hacer justicia –comenta en caliente la señora Anna María Scaiola, que todavía hoy tiembla recordando cuando salía de trabajar de Eternit llevando el delantal impregnado de polvillo para correr a amamantar a su hija–, nosotros podemos tirar con la pensión». Lo dice también Luisa Minazzi, que como concejala de Medio Ambiente del ayuntamiento siempre se ha empeñado y se ha prodigado en primera persona en sustentar la campaña cultural, política, administrativa y legal en contra de los señores del polvo y que ahora tiene que luchar en contra del «tumor de Casale», porque la mortífera ruleta del mesotelioma ha decidido golpearla.

Y, como ella, todos piden fundamentalmente tres cosas: justicia, descontaminación ambiental, investigación médica.

Por el momento ya circulan en la ciudad imágenes de lo que surgirá en el lugar donde estaba la fábrica, completamente arrasada y sepultada bajo un sarcófago de hormigón: el proyecto «Eter-not» del Ayuntamiento de Casale prevé una recalificación ambiciosa del barrio Ronzone, algo así como 6 millones de euros. Según el proyecto presentado por el alcalde, Paolo Mascarino, el área antes ocupada por el establecimiento industrial devendrá en una zona verde de más de 36.000 m² entre la ciudad y el río. Mientras tanto prosiguen los trabajos de saneamiento y la monitorización del aire y del agua.

La estrategia del caracol

Cierre de la fábrica, leyes contra el amianto y en apoyo de quienes han estado expuestos, procesos a los dueños del imperio del fibrocemento, dinero desde Suiza para sostener todos los ámbitos en los que el comité de Casale actúa. Uno tras otro, los objetivos de la controversia amianto se logran, lentamente –ya que se han necesitado más de treinta años de esfuerzos– pero llegan. La paciencia constante a lo largo de este tiempo parece compensar. La unión entre sindicalistas, trabajadores, médicos, abogados, administradores públicos, ambientalistas, familiares de las víctimas y ciudadanos asustados ha producido resultados excepcionales, considerando además que Casale no supera los 40.000 habitantes y no tiene el clásico santo en el paraíso, el político en activo, el eterno ministro que asfalta autopistas a domicilio o concede prebendas a su circunscripción electoral. La lucha contra el amianto ha sido decididamente una lucha colectiva, ha sido la obstinación de la estrategia del caracol –síntesis perfecta entre la paciente constancia de Bruno Pesce y la más impetuosa de Nicola Pondrano– a mover montañas que parecían inalcanzables. Y ellos dos, Bruno y Nicola, son personas conocidas, respetadas y apreciadas en la ciudad. Hasta por algunos exdirigentes de Eternit que después han decidido afiliarse a la CGIL.

En medio está el rol asumido por el patronato INCA, es decir, el de la tutela individual de los trabajadores frente a los riesgos, el

desarrollo de conocimientos y competencias para conquistar un justo reconocimiento de las víctimas. «El rol del sindicato tiene que ser en primer lugar el de tutelar a cada trabajador –observa Pesce– y para eso es necesario unir, entrelazar el rol de los delegados que se ocupan de la seguridad con los representantes sindicales, las organizaciones de rama y las confederaciones. Así se puede intervenir para la prevención de los riesgos con mayor conocimiento y no sólo, como todavía ocurre casi siempre, cuando ya el desastre se ha producido».

Otro asunto delicado que aflora en el caso de Casale es la exigencia de unir la atención a la cuestión ocupacional con la salvaguardia de la salud. «Si se separan estos intereses, o peor se contraponen –explican los dos sindicalistas promotores de la lucha contra Eternit–, nos encontramos con la derrota en ambos frentes, porque el trabajador es el eslabón débil de la cadena». ¿Entonces qué se puede hacer? Y la receta llega del Monferrato. «Se necesita conquistar un dominio de los procedimientos de transformación que tutele y libere al trabajador del chantaje ocupacional, la sociedad entera tiene que sentirse corresponsable en garantizar un trabajo seguro y limpio a sus propios hijos».

Así quedan inamovibles en el horizonte de los habitantes de Casale empeñados en esta lucha los objetivos para el «después», para el futuro; cuando el proceso haya terminado, se habrá hecho justicia, las víctimas serán resarcidas y la verdad afirmada de una vez por todas. Hay que salvar el mayor número de vidas posible, porque todo hace temer que los casos de mesotelioma causados por el amianto no se reducirán en muchos años todavía en una zona tan contaminada por el polvo asesino. Por eso la cuestión de la respuesta médico-científica a esta plaga es una de las prioridades puesta por el comité: oncología, hospital de día, asistencia a los enfermos terminales, cuidados paliativos, screening en el territorio, investigación. Todo esto tiene que nacer, crecer, potenciarse, coordinarse en la que en un tiempo fue tierra de viñedos y trufas y hoy se conoce como la «capital mundial del amianto». Casale tiene que llegar a ser un punto de referencia para todos los que trabajan sobre el mesotelioma, afirman los promotores de esta lucha, no es un capricho sino

una necesidad, y quizás también una oportunidad impuesta por la historia de los últimos cuarenta años y, probablemente, también de los próximos veinte.

Pero no termina aquí. Porque el razonamiento hacia atrás, a lo largo del recorrido que conduce desde un mineral fibroso a la muerte de millares de personas, impone otra reflexión: si es la presencia de amianto en tantos edificios de la zona la que provoca la perpetuación de este desastre, entonces hay que quitarlo.

El saneamiento es por lo tanto otra de las urgencias por la que luchan los infatigables «rebeldes» del Monferrato. «Ese es el futuro –dice una afligida Romana Blasotti Pavesi, cada vez que se toca el tema–, significa proteger la vida de los niños de Casale, hasta de los que todavía no han nacido».

Pero no es una cosa sencilla, porque para manejar el amianto hacen falta cautelas y procedimientos muy específicos, de otro modo nos arriesgamos a provocar ulteriores desastres.

Entonces se necesitan de la financiación de la iniciativa pública e incentivos a particulares, exige coordinación entre autoridades administrativas a todos los niveles territoriales y nacionales.

Pero todavía no hemos terminado. No se debe a ambición o megalomanía, sino a un razonamiento instintivo que el paso sucesivo de este remonte a lo largo de la hilera de la muerte en polvo conduce al origen de todo: al mineral. En efecto, el grupo de Casale no renuncia tampoco a emplearse en la lucha mundial contra la utilización del amianto. A partir de esos países que todavía permiten su empleo en la industria y su extracción: China, Brasil, Canadá y toda África, donde desde siempre los mineros de los yacimientos de amianto azul mueren como moscas. Y jóvenes. En esto también el grupo de Casale ha llegado a ser una referencia a nivel internacional, gracias a la repercusión de la larga campaña contra Eternit, el logro de resultados judiciales, políticos y de información que se les han escapado a los otros grupos de ciudadanos tocados por la desgracia del polvo y que han intentado reaccionar. Desde Francia,

desde Canadá, pero también desde Alemania y Suiza llegan continuas y cada vez más numerosas peticiones de encuentros y ofrecimientos de apoyo, porque Casale Monferrato ha llegado a ser una referencia a nivel mundial de esta lucha. Existe una propuesta francesa que podría revelarse como el banco de pruebas para el naciente movimiento transnacional: crear una especie de «multinacional de las víctimas», participar masivamente, desde todos los países, en una manifestación en Turín el día de la apertura del proceso contra los señores de Eternit y transformar esa ocasión en un «día mundial de la cólera contra el amianto».

Pero además de la cólera, en Casale, todos querrían volver a encontrar la paz. Para darse cuenta de esto basta con pasear un poco por este bonito pueblo extendido sobre las colinas. Llegando al puente sobre el Po, bordeando durante un tramo las riberas antes de llegar al centro, se tiene ya la sensación de que a pesar de todo algo queda de la antigua aldea campesina piamontesa. Y una vez se llega a la plaza Castello, sobre todo en días de sol cuando desde allí parece de verdad que podemos abrazar la ciudad entera, se respira todavía más claramente el enorme deseo de volver a ser sencillamente la capital del Monferrato, lugar de gastrónomos, tierra de buenos vinos.

En definitiva, lo que hay es un gran deseo de vivir y nada más; de dejar atrás, pero sin olvidar nunca, la maldición de esa fábrica y las más de dos mil personas que faltan a la cita. Esto se comprende en seguida escuchando también a una señora como Romana Blasotti Pavesi, que tendría todas las razones para estar enfadada con el mundo entero (y seguramente también con una buena porción del más allá), definirse, «a pesar de todo, una persona con suerte porque he vivido muchas cosas buenas». Es bonito observarla caminar por las calles de la ciudad que la ha adoptado hace ahora más de sesenta años y verla fundirse en una sonrisa encantadora y encantada delante de un niño. «Me gustan con locura los niños pequeños –dice con esa franqueza que no puede ocultar–, cuando veo uno, dejo de razonar y sólo quiero ponerme a jugar».



Giampiero Rossi (en el centro), junto a Laurie Kazan (Ban Asbestos) y Ángel Cárcoba (CCOO)



Franco Basciani, trabajador de Eternit, muestra una fotografía del encausado Schmidheiny. Al fondo, una relación de trabajadores de nacionalidad italiana víctimas del amianto en Suiza



Romana Blasotti y Bruno Pesce en la sede de la CGIL de Casale Monferrato, 17 de marzo de 2010



Encuentro en Casale Monferrato, 17 de marzo de 2010

Cronología

- 1901: El austríaco Ludwig Hatschek patenta una mezcla de cemento y amianto y la bautiza bajo el nombre de “eternit”, del latín *aeternitas*, es decir eternidad.
- 1903: El comerciante Alois Steinmann adquiere la patente y dirige la producción en Eternit conjuntamente con la Schweizerische Eternitwerke Ag de Niederurnen, en Suiza.
- 1906: Adolfo Mazza adquiere la licencia para Italia e instala el establecimiento Eternit en Casale Monferrato, donde iniciará la producción en los años sucesivos.
- 1946: El belga De Cartier de Marchienne entra en la compañía propietaria de la Eternit italiana.
- 1947: El INAIL reconoce por primera vez un caso de asbestosis como enfermedad profesional.
- 1961: Primera gran protesta de los trabajadores de Eternit de Casale Monferrato con el bloqueo del puente sobre el Po para reclamar la salubridad del ambiente de trabajo.
- 1964: Difusión de los primeros estudios científicos que demuestran la nocividad del amianto y los riesgos mortales en seres humanos.
- 1972: La familia Mazza cede su cuota del control de la Eternit italiana a la familia suiza Schmidheiny.
- 1981: Primera causa judicial promovida por la CGIL y el INCA de Casale por el reconocimiento de la enfermedad profesional por amianto.
- 1984: Informe pericial de la Universidad de Pavía que individualiza los graves riesgos para la salud en la fábrica Eternit.

- 1986: Quiebra y clausura de la fábrica Eternit de Casale Monferrato.
- 1992: Aprobación de la ley 257 que sanciona la prohibición del amianto en Italia.
- 1993: Sentencia de casación, con la confirmación de la condena por la muerte de un solo trabajador y la prescripción de los otros casos.
- 2004: El comité del proceso amianto de Casale presenta un voluminoso manifiesto-denuncia contra los propietarios de Eternit por la muerte de otras dos mil personas.
- 2007: La procuraduría de Turín concluye la investigación por desastre ambiental doloso contra Stephan Schmidheiny y Louis de Cartier de Marchienne.

Agradecimientos

Gracias a Lisa Bartola por haberme escuchado, a Rafaele Minelli, Enrico Moroni, Humberto Saccone y a todo el INCA-CGIL nacional por haber creído en la utilidad de contar esta historia.

Gracias a Sonia Cappelli por haberme regalado el título de este libro. Gracias al abogado Sergio Bonetto y a todos mis amigos casaleses (en particular a Bruno Pesce y Nicola Pondrano, y también a Enrico Fava, Italo Formica, Sergio Roggero, Alessadro Tomasso, Doris Vizia del INCA y a todos con quienes me he encontrado en estos meses) por la cortesía y la paciencia con que han colaborado. Gracias a Antonella Calcaterra, Lillo Garlisi, Cosimo Palazzo, Ileana Sciara, Giuseppina Guendalina Pacine por haberme ayudado cuando no tenían necesidad. Un agradecimiento especial se lo debo a Romana Blasotti Pavesi, por la disponibilidad, la cordialidad y el afecto.

La segunda edición de este libro, promovido por la Fundación 1º de Mayo y la Secretaría Confederal de Salud Laboral de CCOO, impreso en los talleres de Unigráficas GPS, Madrid, en Munken Print ahuesado 90 gr los interiores y Carta Integra 235 gr la cubierta, se ha terminado el 8 de abril de 2011.